

Caminando  
con



Elena G.  
*de*  
White

Su lado humano

GEORGE R. KNIGHT

CAMINANDO CON

*Elena G. De White*

Su lado humano



CAMINANDO CON

*Elena G. de White*

Su lado humano

GEORGE R. KNIGHT

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA  
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste  
Buenos Aires, República Argentina

Título del original: *Walking with Ellen White*, Review and Herald Publ. Assn., Hagerstown, MD, E.U.A., 1999.

Dirección editorial: Fernando Zabala (APIA)

Traducción: Ernesto Giménez (APIA)

Diseño de la tapa y diagramación del interior: Ideyo Alomía (APIA)

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición

MMX – 4M

Es propiedad. *Copyright* de la edición original en inglés © 1999 Review and Herald Publ. Assn. © 2009 Asociación Casa Editora Sudamericana.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-617-6

George R. Knight

Caminando con Elena G. de White : Su lado humano / George R. Knight / Dirigido por Fernando Zabala - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2010.

154 p. ; 21 x 14 cm.

Traducido por: Ernesto Giménez

ISBN 978-987-567-617-6

1. White, Elena G. de, Biografía. I. Fernando Zabala, dir. II.

Ernesto Giménez, trad. III. Título.

CDD 928

Se terminó de imprimir el 19 de enero de 2010 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

# Contenido

## *Primera parte* PERFIL PERSONAL

### *Capítulo 1*

ELENA G. DE WHITE NO TENÍA TAN MAL HUMOR  
COMO MUCHOS SE IMAGINAN / 17

*El humor en el hogar de los White*  
*Un poco de humor de aquí y de allí*  
*Entonces, ¿por qué parecía tan seria?*

### *Capítulo 2*

AMANTE DE LA BELLEZA Y TAMBIÉN UN POCO DE LA AVENTURA / 27

*Recrearse entre montañas*  
*Amante del mar*  
*No todas las aventuras son igual de agradables*  
*Belleza de una variedad más prosaica*

### *Capítulo 3*

CONTORNOS DE UNA PERSONALIDAD / 37

*Perseverante en la adversidad*  
*Dedicada a sus metas*  
*Moderada frente a la inflexibilidad*  
*Bondadosa por naturaleza*  
*Lejos de ser perfecta*

### *Capítulo 4*

MÁS CONTORNOS DE UNA PERSONALIDAD / 47

*Tímida pero polemista*  
*Estricta, pero comprensiva y redentora*  
*Respetuosa y sensible*

*Capítulo 5*

VECINA Y AMIGA / 57

*Sus vecinos en Australia  
Una vecina solícita con todos*

*Capítulo 6*

DESCRIPCIÓN PERSONAL, FORMACIÓN  
ACADÉMICA Y FAMILIA PATERNA / 65

*Aspecto físico  
Formación académica y amor por los libros  
Familia paterna*

*Segunda parte*  
**ASUNTOS FAMILIARES**

*Capítulo 7*

MATRIMONIO / 73

*Una relación sana  
Hasta los mejores matrimonios tienen problemas  
Viudez y años posteriores*

*Capítulo 8*

ELENA G. DE WHITE COMO MADRE / 83

*Dedicada a sus hijos  
Un hijo descarriado y la pena de una madre  
La vida en casa de los White  
También abuela*

*Capítulo 9*

FINANZAS Y MAYORDOMÍA / 99

*Los años desesperados  
Ahorrativa toda su vida  
Administradora ante Dios*

*Tercera parte*  
**TRAYECTORIA ESPIRITUAL**

*Capítulo 10*  
CONVERSIÓN Y BÚSQUEDA DE SEGURIDAD / 107

*Primeras luchas con Dios*  
*Seguridad en Cristo*

*Capítulo 11*  
MUJER DE FE Y ORACIÓN / 115  
*Vivir la vida de la fe en un mundo real*  
*"Padre mío"*

*Cuarta parte*  
**OBRERA DE LA IGLESIA**

*Capítulo 12*  
LA IMAGEN DE MENSAJERA DE DIOS  
QUE TENÍA DE SÍ MISMA / 123  
*¿No era profetisa?*  
*Comprometida a dar el mensaje de Dios*  
*Una miembro de iglesia fiel*

*Capítulo 13*  
CONFERENCISTA / 133  
*Una voz enérgica*  
*La promoción de la temperancia y sus auditorios más nutridos*

*Capítulo 14*  
EVANGELISTA Y OBRERA A NIVEL PERSONAL / 141  
*Trabajar por los demás*  
*Llamamientos al corazón desde el corazón*

*Capítulo 15*

SOBRELLEVAR LA FRUSTRACIÓN  
Y ENFRENTAR LA OPOSICIÓN / 147

*Frustrada por sus “amigos”*

*Ver el lado positivo de las experiencias negativas*





# Una palabra al lector

**E**STE LIBRO es el cuarto y último de la serie sobre Elena G. de White. *Conozcamos a Elena G. de White* trató sobre su vida, sus escritos y los temas que los constituyen; *Cómo leer a Elena G. de White* abordó los principios de interpretación y aplicación de sus consejos; y *El mundo de Elena G. de White* nos ayudó a entender la situación social, religiosa e intelectual del tiempo en el que vivió. Otro libro relacionado, *Historia resumida de los adventistas del séptimo día*, pone al alcance del lector el contexto adventista para entender la vida y la obra de Elena G. de White. El presente libro examina a Elena G. de White desde cuatro perspectivas: La primera parte nos da un perfil personal; la segunda, considera su vida familiar; la tercera, nos da una muestra de su espiritualidad; y la cuarta, presenta a Elena G. de White como obrera de la iglesia.

CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE intenta mostrar el lado humano de un personaje histórico que era más parecido a nosotros de lo que muchos piensan. El libro presenta a Elena G. de White como alguien que tuvo pruebas, desilusiones, victorias y logros. Roger Coon afirma que demasiadas personas ven a Elena G. de White como la “Virgen María vegetariana”, en vez de alguien con quien poder identificarse. CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE la baja del

pedestal para mostrarla como una persona común y corriente que vivió en un mundo que era cualquier cosa menos ideal.

El libro no pretende exponer un panorama completo de la vida de Elena G. de White. Más bien, selecciona una serie de anécdotas con las que se pretenden ilustrar aspectos concretos de una vida muy compleja. CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE ni siquiera se propone presentar lo que sería un análisis meticuloso del tema que trata. Por el contrario, he seleccionado deliberadamente solo aquellas “instantáneas” de los aspectos de Elena G. de White que pasan normalmente desapercibidos para la mayoría de sus lectores. Así, podremos apreciarla mejor como ser humano e identificarnos más íntimamente con sus mensajes.

Habiendo dicho esto del propósito del libro, creo conveniente indicar que estoy convencido de que tal vez Elena G. de White no se sentiría cómoda del todo con el escrutinio del que ha sido objeto desde su muerte. Muchos de sus contemporáneos del siglo XIX la conocían tal como era; pero, lamentablemente, esa opción ya no está abierta a nosotros desde su muerte en 1915. En consecuencia, por así decirlo, “nos tenemos que aguantar con las instantáneas”. Sin embargo, el hecho de que viviese una vida con problemas y oportunidades muy similares a los que surgen también en nuestras vidas nos ayudará en el futuro según vayamos avanzando con ella en los consejos que da tanto a individuos como a la iglesia en su conjunto. Desde la perspectiva que ella tenía, lo que debe recibir nuestra mayor atención es el mensaje que dio. Por eso, deberíamos considerar nuestro estudio de los aspectos de interés humano de su vida un medio para lograr un fin, no un fin en sí mismo.

Hasta ahora no había más que otro libro dedicado completamente al mismo tema: *Ellen G. White, The Human Interest Story*, de Arthur L. White. Aunque CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE aborda algunos de los temas de este libro de Arthur L. White, el nuestro tiene otro enfoque. Por ello, los libros tienden a ser complementarios, en vez de una repetición de lo mismo. Donde se ha creído necesario, CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE utiliza casos personales. En todos se revela la identidad de los protagonistas, menos en un caso relacionado con un problema moral serio. En este caso particular, he preferido no mencionar el nombre de un pastor,

## *Una palabra al lector*

pues no es necesario para la comprensión del punto en consideración. Sin embargo, he dado suficiente información para que quien lo desee pueda identificarlo fácilmente.

Al igual que con los otros libros de esta misma serie, el objetivo de CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE no es presentar material nuevo, sino hacer que el material resulte asequible. Aunque ciertamente contiene algunos puntos de vista novedosos, se basa en el trabajo realizado por otros investigadores del tema. Me gustaría expresar mi agradecimiento por los planteamientos que he aprendido de Merlin Burt, Roger Coon, Paul Gordon, Allan Lindsay, James R. Nix, Tim Poirier, y del fallecido Arthur L. White. Tim Poirier y su secretaria Laurie Blumenschein merecen una mención especial por haberme ayudado a reunir los numerosos documentos que tuve que consultar para completar el estudio. Además, todos los estudiosos de Elena G. de White tenemos una deuda eterna con James R. Nix por las entrevistas personales que realizó en la década de 1960 a la nuera de Elena G. de White y a varios de sus nietos.

También quiero expresar mi agradecimiento a Bonnie Beres, que digitalizó el texto, a Merlin D. Burt, Paul A. Gordon, Jerry Moon, James R. Nix, Tim Poirier y Kenneth H. Wood por haber leído el manuscrito y ofrecido valiosas sugerencias para mejorarlo; a Gerald Wheeler y Jeannette R. Johnson por encargarse del manuscrito durante el proceso de su publicación; y a la administración de la Universidad Andrews por su apoyo financiero y por concederme tiempo para investigar y escribir.

Es mi oración que este libro sea una bendición para todos los que buscan una comprensión más acertada de la vida y los escritos de Elena G. de White.

George R. Knight  
Universidad Andrews  
Berrien Springs, Michigan, EE.UU.



# Dedicatoria

Dedicado a la memoria  
de ARTHUR O. COETZEE:  
Administrador, alumno, amigo.





Perfil  
personal

*Primera parte*





## Capítulo 1

# Elena G. de White no tenía tan mal humor como muchos se imaginan

**G**UILLERMO C. WHITE tenía la costumbre inveterada de dormirse en el estrado. Cuenta la historia que en cierta ocasión le tocaba pronunciar la oración final. La predicadora, queriendo hacer una pausa a mitad del sermón, exclamó: “¿No es así, hermano White?” El dormilón Guillermo (como su madre lo llamaba) creyendo que era su turno de orar, pegó un salto y pronunció rápidamente la bendición.

Guillermo se dormía incluso durante los sermones de su madre. Una cálida tarde de un sábado de agosto en Santa Elena, California, Elena G. de White notó risas reprimidas entre el auditorio mientras predicaba. Como no había contado ningún chiste, se dio la vuelta para averiguar dónde estaba la gracia. Entonces, al darse cuenta de lo que pasaba, se disculpó con un toque de humor: “Cuando Guillermo era bebé”, dijo, “no



Guillermo White

tenía niñera, así que le pedí a un carpintero de Battle Creek que me fabricara una cuna mecedora del ancho exacto del púlpito del tabernáculo [de Battle Creek]. Yo ponía a Guillermo en la cuna antes del culto, y mientras predicaba, usaba mi pie derecho para mecerla y mantenerlo dormido. De esta forma evitaba que se despertara e interrumpiera el servicio. Por lo tanto, no culpen a Guillermo, culpenme a mi. ¡Fui yo quien le enseñó a dormir en la iglesia en sábado!” La congregación aún reía de su ocurrencia cuando la Sra. White reanudó su sermón. Mientras tanto, Guillermo seguía dormido, ajeno tanto a su madre, como al entretenido auditorio (A. L. White, entrevistado por R. Coon, agosto de 1968).

### EL HUMOR EN EL HOGAR DE LOS WHITE

Algunos han estereotipado a Elena G. de White como una persona carente de humor, pero nada más lejos de la realidad. Dores E. Robinson (quien más tarde se casó con su nieta mayor) recuerda la primera comida en su mesa cuando comenzó a trabajar para ella hacia 1890. “Yo tenía veinte años y era muy tímido. Me preguntaba cómo podría vivir y conversar con semejante santa, cuyas conversaciones tratarían enteramente de cosas sagradas. La Srta. McEnterfer [compañera de la Sra. White, y enfermera suya en sus últimos años] trajo un plato de verdura” que la Sra. White a menudo pedía con sus comidas, pues, según ella, era buena para la gente mayor, y lo colocó “delante de la hermana White, con la frase ‘Aquí está su comida de ganado, mamá White’. Me horroricé y la miré, esperando su reprimenda por tanta frivolidad. Ella echó un vistazo rápido a la mesa, y con una mirada pícaro y un gesto en su boca, respondió: ‘No creo que mi comida de ganado sea peor que tus guisantes de vaca’”, verdura que habían elegido los demás sentados a la mesa (D. E. Robinson a Ernest Lloyd, 15 de octubre de 1948).



Sara McEnterfer

La anécdota de Robinson refleja la filosofía general de Elena G. de White sobre el buen humor en la mesa. Cuando nos “reunamos alrededor de la mesa para participar de las preciosas dadivosidad de Dios”, escribió en 1886, “debemos hacer de ello una ocasión alegre. Que no sea un momento de circunspección absoluta, como si estuviésemos junto a un ataúd. Que sea, más bien, una ocasión social en la que cada rostro esté lleno de alegría y felicidad, donde solo se hablen palabras amenas” (*Carta 19, 1886*).

Aquel consejo que Elena G. de White dio un día a la hora de comer parecía dominar toda su jornada. Cuenta su nuera que ella “podía reír con entusiasmo y era verdaderamente entretenida” (*Manuscrito E. M. L. White Currow, 4 de enero de 1960*). Su nieta mayor (quien vivió cerca de su abuela durante casi 33 años) recuerda: “*Mi abuela siempre estaba alegre, incluso cuando estaba muy cansada o con dolor. Ella sí sabía lo que era llevar una vida ‘agridulce’.* Un día, leyendo el capítulo tres de Malaquías, preguntó: ‘¿Qué aprovecha [...] que andemos afligidos en presencia de Jehová?’ ‘¿Quién les dijo que anduvieran afligidos delante del Señor? El dolor a causa de nuestros pecados será intenso. Pero al ser perdonados, llevamos nuestra carga de pecado a los pies de la cruz, para nunca más tenerla sobre nosotros’. Una vez la escuché decir que si fuese posible pensar en una persona en circunstancias tan tristes que no tuviese ningún bien terrenal por el cual estar agradecido, a esa persona le quedaba aún la esperanza de la salvación, y que ésa era razón suficiente para tenerlo cantando desde la mañana hasta la noche” (*Youth’s Instructor, 23 de marzo de 1948; la cursiva es nuestra*). Como vemos, su optimismo reflejaba sus convicciones. Aunque la religión tiende a hacer severas y sombrías a algunas personas, en Elena G. de White tenía el efecto contrario.

Su esposo también tenía su lado humorístico. En cierta ocasión, Jaime le escribió a Guillermo, quien finalmente había encontrado tiempo para darse un baño. Éste era “el primero en 25 días, y me sorprendí cuando encontré mi piel tan blanca, clara y fresca como la de un bebé” (*J. White a G. C. White, 19 de julio de 1876*). En otra ocasión estaba muy molesto por la confección de tapetes que hacía su esposa a base de trapos. Él consideraba esta práctica vergonzosa, pues traía amigos a casa frecuentemente y no le gustaba que la

encontraran en medio de un montón de trapos viejos. Aunque intentó persuadirla para que dejara de hacerlos, no tuvo éxito. Como mujer de convicciones que era, no encontraba una razón válida por la que no pudiese tener una recreación lucrativa, si así lo había escogido.

Finalmente, Jaime encontró un plan que resultó efectivo. Cada vez que se acercaba a su hogar de Battle Creek, comenzaba a cantar:

“En el cielo donde todo es amor,  
No habrá allí más tapetes de trapo,  
No habrá allí más tapetes de trapo”.

La estrategia tuvo el efecto deseado, ya que Elena dejó de confeccionar tapetes y comenzó a tejer, pasatiempo que mantuvo durante el resto de su vida (A. L. White a H. J. Thompson, 25 de mayo de 1944).

Sin embargo, fue Elena quien tuvo la última palabra. “Años antes”, escribió, “cuando hacía aquellos tapetes, papá solía cantar, ‘No habrá allí más tapetes de trapo’. Sin embargo, cuando llegó el momento de venderlos para llevármelo al campo, le dije que aquellos tapetes de trapo hicieron posible que lo llevara a un lugar donde poder recuperarse” (*Manuscrito* 50, 1902).

Elena G. de White disfrutaba del lado alegre de la vida. Su nuera narra un incidente que ocurrió cuando la familia regresaba de Australia a los Estados Unidos en el año 1900. Su barco paró en Samoa, y la barquita que los llevaba hasta la costa no pudo hacer todo el recorrido.

Como las mujeres usaban vestidos largos, los lugareños se adentraron en el agua para ayudarlas a llegar a la costa. “Los nativos de Samoa”, cuenta la nuera, “eran tipos robustos que no usaban mucha ropa. Dos de los hombres se agarraron de las manos para hacer una silla con sus brazos y cargaron a mi suegra hasta la playa, donde se sentó en una gran roca.

“Otro hombre tomó a mi hija de cuatro meses [...] en sus manos y sostuvo una sombrilla sobre ella para protegerla del sol. Luego, regresó para que yo me montara sobre él. Me subí en su espalda, lo rodeé con mis brazos y mis piernas, y nos pusimos en marcha. Mamá White reía tanto al verme que no podía parar. Se rió hasta caerse de la roca” (*Adventist Review*, 7 de julio de 1983).

### UN POCO DE HUMOR DE AQUÍ Y DE ALLÍ

La Sra. White no solo se reía de los apuros de los demás, sino también de los suyos. Un caso específico involucró un “abrázame fuerte” (en inglés, *hug-me-tight*, tipo de chaleco cálido para los días fríos) que recibió por correo en 1914 desde Japón de parte de unos conocidos. Cuenta su secretaria personal que ella “se lo probó, pero en vez de ajustarse correctamente a su cuerpo, los bordes se iban hacia los lados. Me pidió que le dijera a la hermana DeVinney que apreciaba sinceramente el regalo, pero que era más voluminosa de lo que la gente pensaba” (D. E. Robinson a G. C. White, 3 de noviembre de 1914).

En ocasiones hacía comentarios graciosos acerca de la indumentaria de las personas, como cuando escribió que “cuando las hermanas hacen su trabajo no debieran usar ropa que las haga verse como espantapájaros” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 1, pág. 409); o cuando le pidió a sus nietas que no se vistieran como si fueran para un funeral; o cuando dijo que la ropa de algunos individuos sin gusto “tiene la apariencia de una bolsa [saco] que los recubre” (*Conducción del niño*, pág. 389).

A veces podía verse la chispa del buen humor en los ojos de Elena G. de White al contemplar el mundo que la rodeaba. Una de mis historias favoritas es la de la boda de Daniel T. Bourdeau en 1861, cuando Daniel tenía 25 años de edad y la Sra. White solo ocho años más que él. Jaime White realizó la ceremonia y su esposa pronunció la oración de bendición para los nuevos esposos.

Bourdeau se encontró con el problema de que la ceremonia se atrasó y tuvo que posponer su salida hacia la luna de miel para el día siguiente. Esa noche, los recién casados compartieron una habitación junto a los White en el hogar de los anfitriones.

Cerca de las nueve de la noche, Elena se retiró a su habitación. Arriba, encontró en el corredor a un novio muy nervioso que caminaba de acá para allá, con su habitación cerrada. Entendiendo la situación con solo verla, la Sra. White le dijo, “Daniel, dentro de ese cuarto hay una joven totalmente petrificada de miedo. Ve a donde ella, ámala y confórtala. Y, Daniel, trátala con gentileza, cariño y amor. Eso le hará mucho bien”. Luego, añadió con una sonrisa pícaro en su rostro, “¡Y a ti también te hará mucho bien!” (*Adventist Heritage*, verano de 1990).

El recién casado tenía más de una razón para estar nervioso. Cuenta más tarde su esposa, que cuando Daniel entró a la habitación, “me encontró contra la pared, cubierta con mi larga ropa interior de invierno. Mantuve esa actitud por seis meses” (*ibid.*). Las cosas deben haber acabado arreglándose para Daniel, ya que el matrimonio tuvo dos niños. Estamos seguros de que la experiencia les hizo “mucho bien” a ambos.

Si Elena G. de White tenía una sonrisa en su rostro la noche de la boda de los Bourdeau, no queremos imaginar qué pensaba la noche del matrimonio de Guillermo con Ethel May Lacey en 1895. Según la novia, la ceremonia se realizó durante un viaje en tren por su Tasmania natal, en Australia. La primera noche, los recién casados compartieron la recámara del tren con la Sra. White. Cuenta May que “Mamá White hizo su cama en un asiento y yo ocupé el otro asiento. El pastor White hizo su cama en el suelo” (E. M. L. White Currow, entrevistada por J. Nix, 11 de junio de 1967).

Una anécdota que sin duda la Sra. White contaba con satisfacción era la de su encuentro con un “infiel” en un tren de California. Este hombre hostil se acercaba a cada pasajero burlándose del cristianismo “pero los presentes no pudieron soportar la falta de respeto y comenzaron a retirarse. El hombre se sintió vencedor y así lo vociferó por todo el tren. Finalmente, se sentó a mi lado y se dio cuenta que yo tenía una Biblia en mi mano”. El personaje comenzó a atacarla al igual que había hecho con los demás. “Las personas estaban atentas a lo que yo le decía, pero él hablaba sin parar hasta que, según creo, se cansó”.

En ese momento Elena G. de White lo encaró. “Yo podía”, cuenta ella, “hacer que todos en el vagón escucharan. Y eso fue exactamente lo que hice”. Lo afrontó con un argumento tras otro, hasta que “finalmente, no supo que decir. Desconcertado, refunfuñó y se dio la vuelta en el asiento sin pronunciar palabra. Luego hubo más alboroto que antes en el vagón. La gente se reía de él, diciendo que había sido vencido por una mujer, pero él continuaba callado. Después, simplemente se levantó y se fue” (*Manuscrito 8b*, 1891).

Elena no solo disfrutaba contando anécdotas que hicieran reír a los demás, sino que tenía una gran agilidad mental. Un ejemplo de esto fue su respuesta a una hermana de la iglesia en cuanto a los

chismes. “Hermana White”, le decía esta persona, “tengo una vecina que insiste en repetir historias desagradables acerca de los demás. No sé cómo pararla. Le he dicho una y otra vez que no quiero escuchar ese tipo de conversaciones, pero insiste en meterse en los problemas de los demás. ¿Qué puedo hacer para detenerla? La Sra. White permaneció callada un minuto o dos, y respondió luego con una amplia sonrisa: “Bueno, si no hay forma de detenerla, puede usted ponerse a cantar la doxología” (E. W. Robinson, entrevistada por J. Nix, 25 de julio de 1967).

El encuentro con la dentista que extrajo la última muela del juicio que le quedaba en 1893 también ilustra su chispa. Consciente de que tendría que sufrir la extracción sin el beneficio de un calmante para el dolor, pues no deseaba “la influencia de drogas estupefacientes”, había visualizado la noche anterior “el proceso de extracción del diente en sueños” (*Manuscrito* 81, 1893). Cuando llegó la dentista, ésta le preguntó “¿Lamenta verme?” La Sra. White replicó, “Me complace ver a la hermana Caro, desde luego. No estoy tan segura de ver a la Dra. Caro, dentista” (*Carta* 36a, 1893). En otra ocasión vio un anuncio que invitaba a una charla de Miles Grant, adventista del primer día que era extremadamente hostil hacia sus primos adventistas del séptimo día, y especialmente hacia Elena G. de White. El anuncio, según cuenta, “fue colocado en la garra de un gato salvaje disecado en la oficina postal, el lugar apropiado” (*Carta* 21, 1874).

#### ENTONCES, ¿POR QUÉ PARECÍA TAN SERIA?

Si Elena G. de White tenía tan buen sentido del humor, ¿por qué, entonces, se veía tan seria en las fotos? Aunque, ciertamente, no hay fotografías de ella sonriendo, tampoco hay fotografías de la misma época de otras personas sonriendo. Hasta 1880, la fotografía era un proceso lento que requería de exposiciones largas y tediosas. El truco consistía en quedarse lo más quieto posible durante la pose. Esto conllevaba poner una cara seria, que era la forma más fácil de mantener los músculos inmóviles. De ahí tanta seriedad. Las técnicas fotográficas mejoraron más adelante, pero la costumbre de la cara seria permaneció por un buen tiempo antes de dar paso a los retratos sonrientes.

Existen, por supuesto, otras razones por las que las personas dudan del humor de Elena G. de White. Una de ellas es la tendencia a seleccionar las afirmaciones más severas de sus escritos. La verdad es que, dada la naturaleza de su ministerio, resulta comprensible que esto suceda. Sin embargo, aludir únicamente al lado rígido de sus escritos tal vez represente mejor a algunos de sus llamados seguidores, que a la propia Elena G. de White.

Aunque no era la mejor de los humoristas, Elena G. de White sabía acerca de las necesidades de descanso, esparcimiento y tiempo libre de las personas. En 1878, por ejemplo, le escribió a su familia que se encontraba de vacaciones en Colorado, que deseaba que estuvieran “alegres y contentos” en las montañas. Les aconsejó que sacaran el máximo provecho del viaje. “Olvídense del trabajo [...]. Disfruten todo lo que puedan esta corta temporada”.

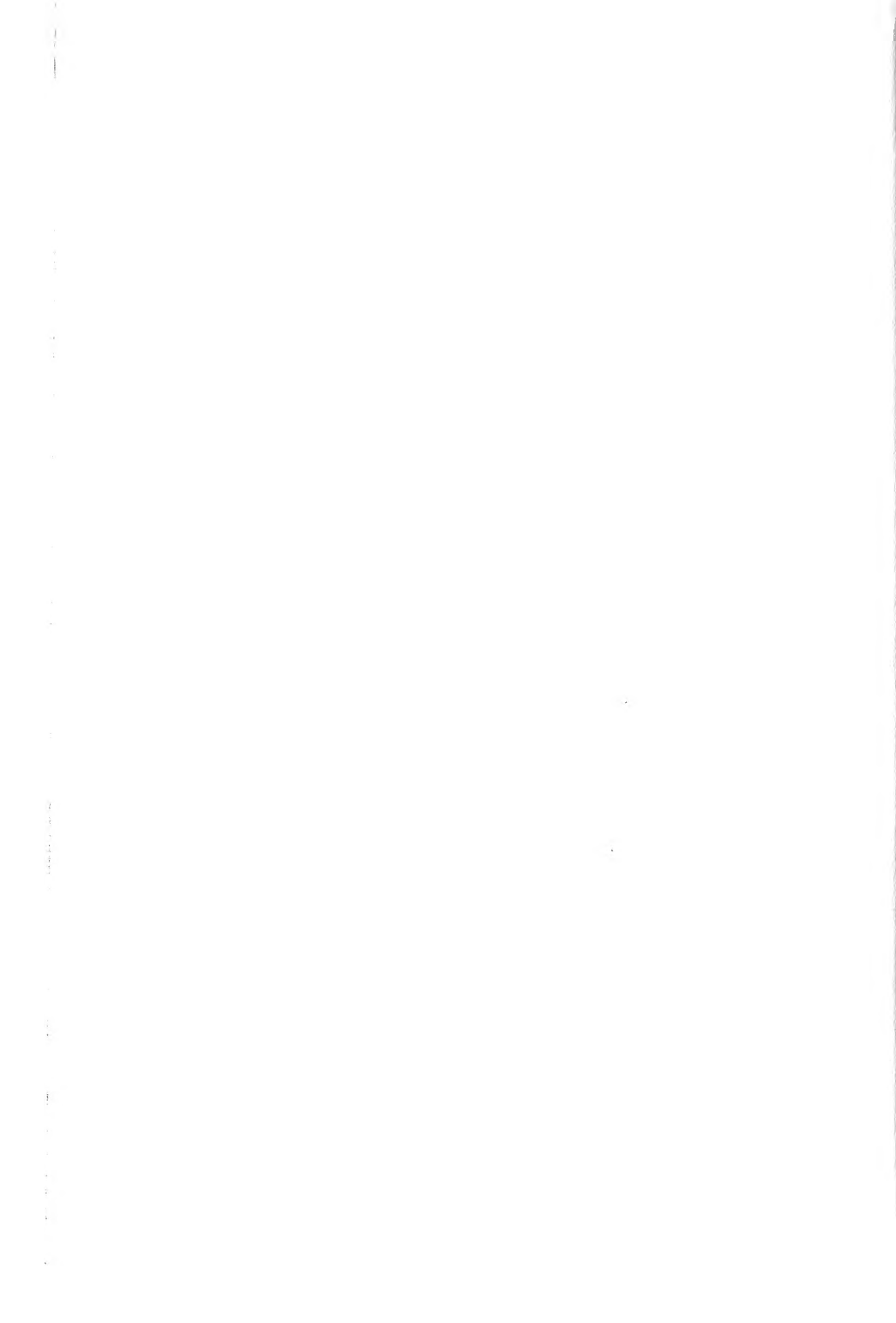
Dirigiéndose especialmente a su esposo, que era adicto al trabajo, le aconsejó: “Deshazte de toda carga [...]. Vuelve a ser un niño despreocupado”. Después le pidió que ayudara a Guillermo (de 24 años, quien “nunca había tenido niñez” a sentirse “libre como las aves del cielo [...]. Los pocos días que van a pasar juntos, desarróllense. Salgan de paseo, acampen, pesquen, cacen, vayan a lugares que no conozcan, descansen al hacerlo y disfruten de todo. Regresen a sus labores recuperados y vigorosos” (*Carta 1, 1878*).

A ella no le incomodaban las diversiones, sino exagerarlas; vivir como si se careciese de misión y como si no se tuviese un propósito dado por Dios. Por ejemplo, al escribir acerca de los juegos con pelotas, afirmó: “No condeno el ejercicio sencillito del juego de pelota; pero aun esto, con toda su sencillez, puede ser llevado a la exageración” (*El hogar adventista*, pág. 453). Desde su perspectiva, no es el hecho, sino la indulgencia excesiva, lo que crea problemas en muchas personas. Ella aplicaba este mismo principio básico del equilibrio frente al humor. “A pesar de que nunca fue frívola”, afirma su nieta Mable, “reía a menudo por incidentes en nuestro hogar o por otros asuntos a medida que se sucedían día tras día”. Ella “siempre estaba alegre”, disfrutaba pasándolo bien, ocasionalmente era “rápida a la hora de participar en conversaciones a base de frases rápidas con gracia e ingenio” y nunca pasó por “tonta” (M. W. Workman, entrevistada por J. Nix, 6 de agosto de 1967).



*Elena G. de White no tenía tan mal humor ...*

Los escritos de Elena G. de White reflejan estas observaciones. Mientras que por un lado se oponía a las bromas insensatas, por otro lado escribía que “el servicio cordial y voluntario que se rinda a Jesús produce una religión alegre. Los que siguen a Cristo más de cerca no son tétricos” (*El hogar adventista*, pág. 391). En otro pasaje afirma que “los cristianos deberían ser los seres vivientes más alegres y felices. Pueden tener la conciencia de que Dios es su padre y su amigo eterno. Pero muchos cristianos profesos no representan correctamente la religión cristiana. Parecen melancólicos como si viviesen bajo una nube” (*Mensajes para los jóvenes*, pág. 361). Refiriéndose a sí misma, escribió: “Estoy decidida a que mi vida sea lo más alegre posible” (*Carta 127*, 1903).



## Capítulo 2

# Amante de la belleza y también un poco de la aventura

**A** LA MAYORÍA de los lectores de Elena G. de White tal vez se les haga difícil imaginarla a caballo por los estrechos caminos que conducen a los puertos de montaña en Colorado. A estas personas aún les falta entender quién era realmente Elena G. de White.

### RECREARSE ENTRE MONTAÑAS

Los White realizaron su primer viaje a Colorado en 1872 (unas vacaciones de trabajo) y no sería el último. Durante varios veranos de la década de 1870, se dirigieron hacia las empinadas montañas al oeste de Boulder.

Como su vida había transcurrido entre las suaves colinas de Maine, el oeste del estado de Nueva York, y el sur de Michigan, nunca había estado entre montañas altas. La primera vez que las vio quedó impresionada.

Al final de su primera semana en las montañas de Colorado, le escribió a su hijo Edson: "El Sr. Walling [quien se había casado con su sobrina] nos llevó montaña arriba, y arriba, y más arriba. Por momentos pensamos que no alcanzaríamos la cima. Divisábamos todo el territorio alrededor. [...] La altura era impresionante, y en la

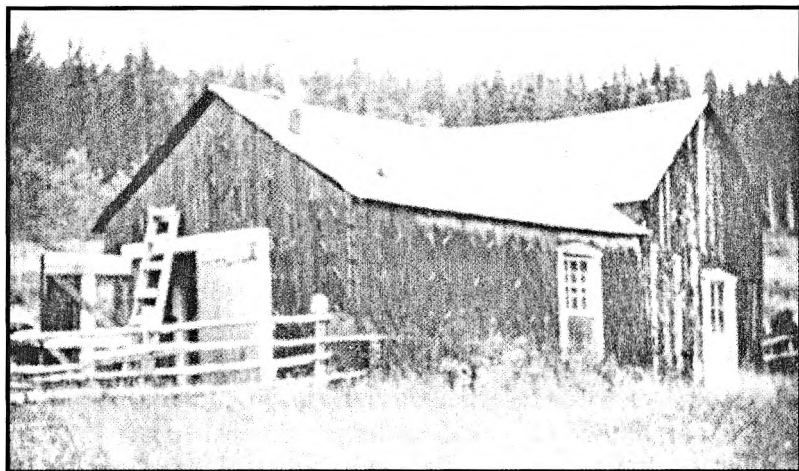
## *Caminando con Elena G. de White*

parte de abajo podía apreciarse un peligroso precipicio lleno de rocas. Si los caballos hubiesen pisado en falso habríamos caído decenas de pies.

“[...] El paisaje montañoso de Colorado”, le contó a Edson y a su esposa, quienes nunca en su vida habían visto una montaña, “no puede describirse de forma que la imaginación asocie correctamente los diferentes elementos que lo componen. ¡Es asombroso! ¡Maravilloso! ¡Escenario de antiguas y grandes montañas, unas desnudas y otras llenas de árboles! La mente se sobrecoge de forma instintiva, y profundos sentimientos de reverencia inclinan nuestro ser en humildad, a medida que la imaginación percibe un destello del poder de lo infinito. No me privaría del privilegio de ver lo que he contemplado en el escenario montañoso de Colorado.

“[...] Ayer caminé varias millas por las empinadas montañas y no pude descansar hasta pasadas las once [de la noche]. Sin embargo, me desperté esta mañana a las cinco con la mente clara y activa. Este viaje por las montañas está haciendo mucho por mi salud” (Carta 12, 1872).

Continúa su relato emocionada, refiriéndose a una excursión con mochilas que Walling estaba organizando, en la que tendrían que cruzar la cordillera frontal de las Rocosas (que ella llamaba



CORTESÍA DE LA FUNDACIÓN ELLEN G. WHITE

La propiedad de los White en Colorado donde la familia pasaba sus vacaciones

“cordillera nevada”). Su destino era Middle Park, donde en ese momento, cientos de indios americanos seminómadas pasaban el verano cazando y pescando (*Manuscrito 4, 1872; Manuscrito 9, 1873*). En relación a este viaje, escribió, “hay estanques de donde se sacan unas truchas y nos deleitábamos consumiéndolas para nuestra subsistencia. Tendremos que cruzar las montañas a caballo. Llevaremos provisiones para tres o cuatro semanas en una carreta” (*Carta 12, 1872*).

Tres semanas después volvió a escribirles a Edson y a Emma, contándoles de su preparación para la expedición. “Anoche, tu papá y yo cabalgamos seis millas [diez kilómetros] en los ponis indios para acostumbrarnos a montar”. Pero, aparte del tiempo que les tocó invertir para aprender a montar, también pudieron leer y escribir en medio del verdor del paisaje hasta la hora de la cena (*Carta 13a, 1872*).

Su viaje por las montañas hasta Middle Park duró cuatro días. La hermosura del paisaje y su creciente habilidad para cabalgar impresionaron a Elena. “Aguanté el lomo del caballo cabalgándolo como es debido”, le contaba a la familia de Edson White a principios de septiembre, “y [para] el segundo día de viaje ya podía hacerlo galopar a paso largo sin problemas. Pero ¡Ah! Cuando estaba en mi mejor espíritu, disfrutando enormemente del paisaje, la mochila en mi espalda se soltó y se enredó en las patas del caballo”. Deteniéndose, se aprestó a deslizarse por el estribo; pero, según cuenta, “el animal se asustó y me lanzó sobre su lomo. Me golpeé la espalda y la cabeza. Sabía que estaba gravemente herida, pero segura de que no me había roto ningún hueso” (*Carta 14, 1872*).

Según cuenta Jaime, Elena decidió continuar el viaje a pesar del dolor. Sus heridas, sin embargo, eran mucho más severas de lo que se pensó en un primer momento. Los ligamentos de sus tobillos se habían desgarrado, lo que le causó problemas en tobillos y caderas para el resto de su vida (*Manuscript Releases 16, pág. 126*). Este accidente puso punto final a sus días de largas caminatas. Durante los años siguientes, tuvo que depender de carruajes para sus excursiones al campo (*Carta 32, 1886*). La incapacidad de hacer ejercicio mediante caminatas contribuyó sin duda a su aumento de peso a medida que se adentraba en la segunda mitad de su vida.

El accidente, sin embargo, no disminuyó su entusiasmo por la naturaleza o las montañas. Se deleitaba por su belleza, que dirigía su atención hacia Dios y las realidades espirituales. “Me encantan las colinas y las montañas, y el eterno verdor de los bosques florecientes”, declaró en 1873. “Disfruto de los burbujeantes riachuelos de delicadas aguas que fluyen entre las rocas junto a la montaña, como si entonasen una gozosa alabanza a Dios.

[...] Aquí en las montañas, podemos presenciar la puesta de sol más espléndida y gloriosa que hemos tenido el privilegio de ver. La hermosura del sol poniente, plasmado por el gran artista maestro sobre el cambiante lienzo del cielo, despierta amor en nuestros corazones y una profunda reverencia a Dios. La excelsa hermosura de la mezcla de dorado, plata, púrpura y escarlata sobre los cielos pareciera hablarnos de la maravillosa gloria que se encierra en su interior. Al permanecer extasiados ante este cuadro natural de belleza sin igual, contemplando las glorias del cielo de las que solo tenemos un vago reflejo, nos repetimos suavemente, ‘cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman’” (*Health Reformer*, agosto de 1873).

#### AMANTE DEL MAR

Quienes tengan problemas para imaginarse a Elena G. de White atravesando puertos de montaña en un caballo de carga, también encontrarán difícil imaginarla emocionada en medio de una tormenta en el Pacífico. Un miembro de la iglesia de San Francisco, propietario de un gran velero, invitó a la Sra. White y a varios amigos a una travesía por la bahía de San Francisco y adentrándose en el Océano Pacífico. En la bahía todos parecían disfrutar del crucero, pero el mar abierto era otra historia. Elena le contó a su esposo que sus dos nueras se habían mareado, pero que ella no.

Al contrario, se lo estaba pasando estupendamente. “Las grandes olas”, escribió, “nos levantaban y nos bajaban violentamente. Experimenté una sensación de elevación suma, pero no tenía palabras que decirle a nadie. Era impresionante. El agua caía sobre nosotros. El atento capitán ordenaba y las manos se apresuraban a obedecer. El viento soplaba con fuerza. Nunca había disfrutado tanto algo en toda mi vida” (*Carta 5*, 1876).

*Amante de la belleza y también un poco de la aventura*

Dos años más tarde describió una situación similar navegando desde San Francisco hasta Portland, Oregon. De ese viaje escribió que tanto el viento como las ‘rugientes olas festonadas de blanco’ asaltaban el barco. “Permanecí en la cubierta después de que casi todos la habían abandonado por los mareos, disfrutando el espectáculo de las olas encumbrándose a las alturas en tonos verdosos y azulados, reflejando en el aire los colores del arco iris. No me cansé de contemplar esta impresionante escena, y pensé en lo fácilmente que habríamos sido sepultados por las furiosas aguas todos los que estábamos a bordo” (*Signs of the Times*, 18 de julio de 1878).

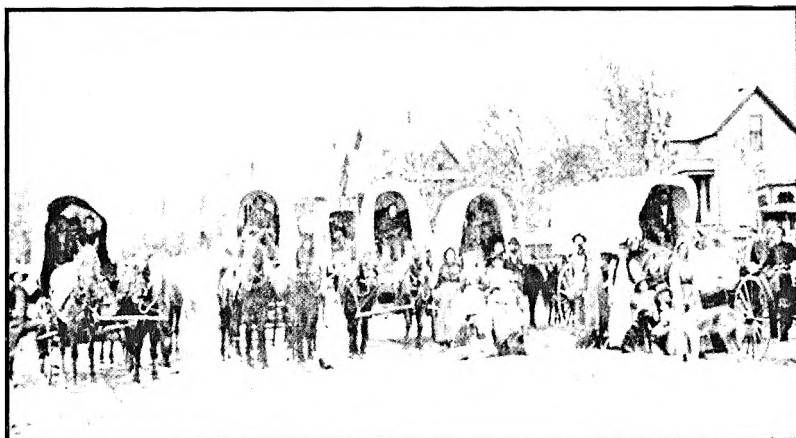
Estas experiencias le recordaron la historia de los discípulos de Cristo, cuando sintieron que estaban a punto de morir por una terrible tormenta. Recordó cómo Cristo apareció justo antes del momento del desastre y apaciguó la tormenta con las palabras “paz, calma”.

La experiencia de la tormenta la motivó a pensar en la “majestad de Dios y de sus obras [...]. Él tiene los vientos en su mano. Él controla las aguas. Bajo la mirada de Dios, éramos seres finitos, meras motas sobre las aguas del ancho y profundo Océano Pacífico. Sin embargo, ángeles del cielo fueron enviados desde su excelsa gloria para cuidar a ese pequeño velero que se balanceaba sobre las aguas. ¡Ah, las maravillosas obras de Dios, tan lejos de nuestra comprensión! De una mirada, él observa en lo alto de los cielos y en el centro del mar.

[...] ¿Puedes creer —le preguntó a su marido— que yo estaba tranquila y feliz mientras veía todas estas cosas asombrosas? Me alegra haber ido a navegar. Ahora puedo describir mejor” que nunca las escenas bíblicas (*Carta 5*, 1876).

**NO TODAS LAS AVENTURAS SON IGUAL DE AGRADABLES**

Pero no todas las aventuras de Elena G. de White fueron igual de agradables. Un episodio negativo tuvo que ver con una agrupación de carromatos que Jaime organizó en la primavera de 1879 para transportar a adventistas necesitados desde el norte de Texas hasta las Montañas Rocosas de Colorado para su reubicación. El grupo consistía en ocho carromatos, la carreta de los White (de dos asientos con resortes) y 31 personas.



*Agrupación de carromatos con la que los White viajaron desde Texas*

El viaje tuvo un comienzo tormentoso. Elena G. de White narra que al tercer día acamparon en una pradera, pero antes de que pudieran hacer la zanja de drenaje de su tienda, sobrevino una tormenta “y en diez minutos había varias pulgadas de agua adentro”. Ante esta circunstancia, los preparativos para dormir, como era de esperar, fueron menos que satisfactorios. La mayoría amanecieron “resfriados y con problemas intestinales”.

La Sra. White le confesó a Guillermo y a su esposa: “Preferiría asistir a veinte congresos al aire libre, con todo lo que conllevan, a sabiendas de que estoy haciendo un bien por las almas, que estar aquí viajando por el campo. El paisaje es hermoso, y los cambios y la variedad para ser disfrutados, pero tengo mucho temor de no estar haciendo lo que debo”.

Aparte de sentir que no estaba haciendo lo correcto participando de la brillante idea de su esposo, el grupo enfrentó varios peligros reales. “Tenemos que estar bien armados al pasar por territorio indio. Dispusimos las carretas en círculo y colocamos los caballos dentro. Dos hombres vigilan y son relevados cada dos horas. Llevan armas en sus hombros. Sin embargo, tenemos menos temor de los indios que de hombres blancos que pudiesen emplear a los indios para crear una estampida entre los caballos, las mulas y los ponis” (Carta 20a, 1879).



## *Afuante de la belleza y también un poco de la aventura*

Jaime, por su parte, lo estaba pasando fenomenal. “Tu padre”, le escribió Elena a Guillermo, “monta a caballo buena parte del tiempo. Está disfrutando mucho del viaje” (*Carta 36, 1879*). Pero Elena no compartía el mismo espíritu. “Yo he estado enferma todo el viaje”, escribió el 20 de mayo. “He perdido nueve kilos. No hay descanso, ni siquiera para la pobre Marian [Davis]; hemos trabajado como esclavas. Durante media noche estuvimos cocinando una y otra vez.

[...] Cada sábado le dirijo la palabra al campamento, pues nadie parece asumir esa responsabilidad. También hablo las tardes de sábado o domingo en pueblos y aldeas. Estoy agotada, siento como si tuviera cien años de edad” (*Carta 20, 1879*). Algunos de los que se acercaban a escucharla eran indios americanos. “Ellos escuchaban”, nos dice, “con el mayor interés”.

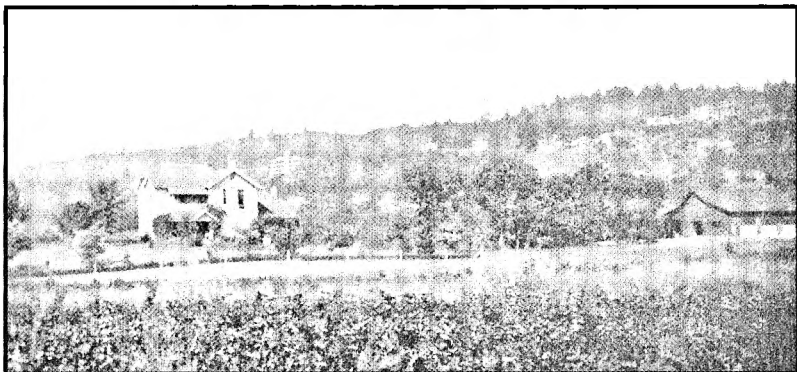
“El paisaje”, observó Elena, “es bello. El campo es hermoso. Hay flores de toda variedad en abundancia” (*ibíd.*). Pero la belleza no lo era todo para ella. “Fui a Texas en contra de mi voluntad. Me quedé en contra de mi convicción y mis deseos”. Continúa diciendo que consintió emprender el viaje después que se le garantizó “que ninguna ocupación o carga se pondría sobre mí, pero al final no pude evitarlas. No he tenido tiempo de llevar un diario o de escribir una simple carta. Desempacar, empacar, darse prisa, cocinar, poner la mesa, ha sido la rutina diaria” (*Carta 20, 1879*).

Sin lugar a dudas, la Sra. White se alegró al saber que ella y su esposo no completarían el viaje a Colorado. Convencida de que debían poner rumbo al congreso al aire libre, dejaron la caravana en Kansas.

Aunque desconocemos cómo se sintió Jaime al abandonar su aventura, suponemos que no le fue del todo mal, ya que su esposa estaba feliz. Y eso debe haber significado algo para el héroe de este viaje puesto que, si nos atenemos a la correspondencia y al diario de ella, no se había quedado particularmente callada en cuanto a su desazón.

### BELLEZA DE UNA VARIEDAD MÁS PROSAICA

A Elena G. de White siempre le gustaron las flores. Aparentemente heredó esta afición de su madre, quien “amaba las flores” y las cultivaba para adornar “con ellas el hogar para que resultara placentero para sus hijos”. Para Elena, la belleza de las flores tenía



CORTESÍA DE LA FUNDACIÓN ELEN G. WHITE

El hogar de Elena G. de White en Elmshaven

implicaciones espirituales. “En cada arbusto, pimpollo y flor, reconocí una expresión del amor de Jesús. Estas hermosas cosas parecían hablar con mudo lenguaje del amor de Dios”. Las flores le recordaban el amoroso cuidado de Dios, según se ilustra en Mateo 6 (*Testimonios para la iglesia*, tomo 1, pág. 24).

Como madre Elena procuró inculcar el mismo gusto en sus hijos. El 11 de abril de 1859 anotó en su diario: “He pasado casi todo el día haciendo un jardín para mis hijos. Estoy dispuesta a hacer el hogar tan plácido como pueda para ellos, para que su casa sea el lugar más dulce de todos” (*Review and Herald*, 27 de febrero de 1936).

La jardinería fue uno de los pasatiempos con los que más disfrutó a lo largo de su vida. El 10 de febrero de 1896, con casi 70 años de edad, anotó en su diario: “Me levanté a las cuatro y media de la mañana. A las cinco estaba cavando el suelo, preparándolo para sembrar mis flores. Trabajé sola durante una hora. Entonces, Edith Ward [una joven que vivía con ella] y Ella May White [su nieta] se me unieron y plantamos las flores. Después sembramos 28 tomates, hasta que sonó la campana que anunciaba el culto matinal y el desayuno” (*Manuscrito* 62, 1896). Una de las razones por las que le gustaba tanto California era porque hasta finales de septiembre los jardines continuaban creciendo como si fuese “pleno verano” en Michigan (*Carta* 16, 1872).

Ya entrada en años, y principalmente a causa de sus tobillos, viajar en calesa llegó a ser su medio de contacto con la naturaleza. Elena

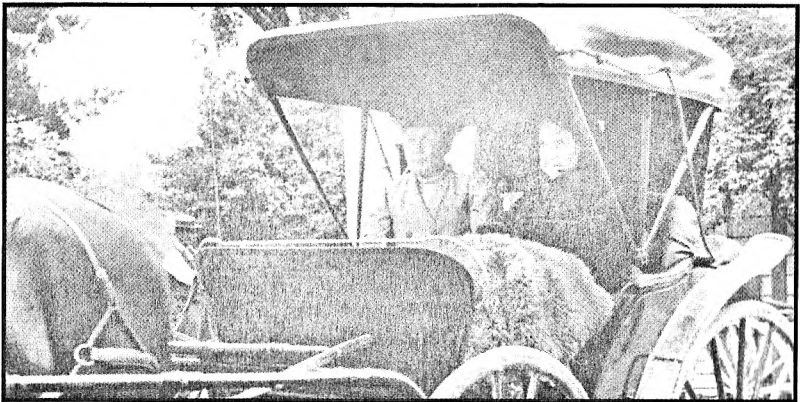
*Amante de la belleza y también un poco de la aventura*

G. de White era una amante de lo rural y se preguntaba cómo podía vivir la gente en lugares como la ciudad de Nueva York. “Cuando miro a mi alrededor y contemplo el hermoso paisaje que nos rodea”, escribió en 1903 desde su hogar de Elmhaven, al norte de California, “doy gracias a Dios de no estar en una ciudad” (*Carta 122, 1903*).

Los paseos diarios en calesa se convirtieron en su principal pasatiempo durante la última mitad de su vida. No solo la ayudaban a descansar un poco de la escritura y de sus demás deberes, sino que le permitían atender sus asuntos económicos y conocer a sus vecinos. Hacía de aquellos paseos algo especial, explorando nuevos caminos, llevando un almuerzo para comer durante el viaje o invitando a otras personas a ir con ella (incluyendo a sus nietos).

En 1904 tuvo el privilegio de encontrarse al presidente Theodore Roosevelt en un paseo por la zona de Washington D.C. “Hace unos días”, le contó a su hijo Edson, “la hermana Hall, Sara, y yo salimos a dar un largo paseo por Rock Creek Park. Es un lugar hermoso. Pocas veces he visto caminos tan elegantes [...]. Por aquí pasea el presidente [...]. En nuestro paseo, nos encontramos con él y nos saludó al pasar” (*Carta 357, 1904*).

Esta anécdota nos muestra cuán humana, como nosotros, era Elena G. de White. Obviamente estaba emocionada por el encuentro. En el próximo capítulo, examinaremos su lado humano con más detalle.



CORTESÍA DE LA FUNDACIÓN ELEN G. WHITE

*Sara McEnterfer y Elena G. de White listas para su paseo matinal en la calesa*



## Capítulo 3

# Contornos de una personalidad

**L**OS DOS CAPÍTULOOS previos demuestran que Elena G. de White era alguien a quien le gustaba divertirse, pero sin llegar a ser frívola. Una mujer dispuesta a disfrutar de la vida y sazonarla con un poco de aventura; que además de amar la naturaleza, veía en ella el amor y cuidado de un Dios benévolo. Ahora la veremos como una persona de fe, preocupada e interesada por el prójimo. Los próximos dos capítulos completarán el cuadro, dándonos a conocer aspectos de su personalidad que nos ayudarán a tener una idea de la “forma” y la “textura” de la personalidad de Elena G. de White.

### PERSEVERANTE EN LA ADVERSIDAD

Una de las características de la Sra. White fue su perseverancia. Era una mujer que no se daba fácilmente por vencida. Este rasgo personal la distinguió durante toda su vida y fue esencial para el cumplimiento de su misión.

Un ejemplo de su perseverancia fue su fructífera tentativa, en julio de 1889, de llegar a un congreso al aire libre en Williamsport, Pennsylvania, en el que estaba convencida que debía predicar. Mientras más se acercaba a Pennsylvania, más preocupantes eran las noticias que recibía de la histórica inundación de Johnstown que

había devastado gran parte del centro del estado. De hecho, al llegar a Elmira, Nueva York, los funcionarios del ferrocarril aconsejaron a los pasajeros que desistieran del viaje, pues había puentes caídos, derrumbamientos y seguía subiendo el nivel de las aguas. Pero ni la Sra. White ni sus compañeros de viaje fueron disuadidos fácilmente. Con la esperanza de que el informe hubiese sido exagerado, estaban decididos a seguir hasta donde les fuera posible.

Desgraciadamente, los informes eran fidedignos, y la tormenta aún no se disipaba. Su tren se detuvo a dos kilómetros y medio de Canton, Pennsylvania, porque una sección de los rieles estaba destruida. Pasaron el sábado en el tren y pudieron llegar a Canton al día siguiente, gracias a que se colocaron nuevos raíles. Pero esto no fue de gran ayuda, pues, en los 64 kilómetros restantes entre Canton y Williamsport, las aguas habían derribado no menos de 18 puentes. A excepción del grupo de Elena G. de White, todos los pasajeros decidieron regresar a Elmira, aunque pronto supieron que otro derrumbamiento del terreno había cortado la vía.

Quienes viajaban con ella le aconsejaron que sería una locura continuar el recorrido, ni siquiera en carruaje, pues todos los puentes se habían caído y en muchos lugares la vía estaba totalmente destruida. Finalmente, encontraron un joven que creía posible llegar a Williamsport a pie, si tomaban la senda de la montaña en vez del camino del valle. “Me pareció una empresa arriesgada, pero decidimos emprenderla. El martes por la mañana, con un buen equipo, un carruaje y dos hombres, nos pusimos en camino”. Gran parte de la vía ya no existía, y encontraron a grupos de obreros reparándola y erigiendo puentes en diferentes lugares. Ella y Sara McEnterfer acordaron “regresar si encontramos un obstáculo imposible [...] pero no antes”.

El camino parecía infranqueable donde había que cruzar ríos crecidos cuyos puentes se habían derrumbado. En consecuencia, tuvieron que “caminar millas y millas”. Esto fue particularmente difícil para la Sra. White, porque, según sus propias palabras, “hace unos años tuve fracturas en ambos tobillos, y desde entonces los tengo débiles. Antes de salir de Battle Creek” para este viaje, “sufrí un esguince en uno de mis tobillos y me vi obligada a usar muletas, pero en esta circunstancia no he sentido debilidad [...] me he movido sin problemas por las rocas accidentadas y resbaladizas”.

Su aventura terminó finalmente el miércoles a las tres de la tarde, cuando llegaron a Williamsport cuatro días después de lo planeado. La devastación de la que fueron testigos, nos cuenta, "va más allá de mi capacidad de descripción". Le recordó la segunda venida de Cristo (*Review and Herald*, 30 de julio de 1889).

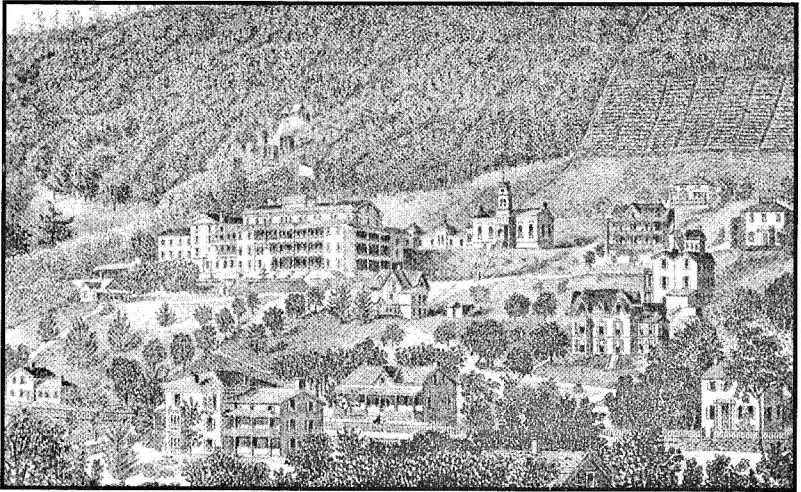
A pesar de las dificultades del viaje, se sentía feliz de haber perseverado porque "el Señor tenía un trabajo para mí en Williamsport" (*ibíd.*, 13 de agosto de 1889). Fue esa convicción lo que la había inducido a aceptar el viaje y a perseverar en llevarlo a cabo. Su perseverancia la ayudó a enfrentar los muchos obstáculos que se le presentaron en la vida, incluyendo la oposición de la que fue objeto tanto dentro como desde fuera del adventismo.

#### DEDICADA A SUS METAS

Tanto como perseverancia, fue dedicación lo que Elena G. de White mostró por su trabajo, familia y amigos. La calidad de su dedicación se hizo evidente en sus esfuerzos por sanar a su esposo, después de que éste sufriera una severa apoplejía con parálisis el 16 de agosto de 1865; fue tan fuerte, que los médicos dijeron que nunca habían visto un caso semejante que pudiera recuperarse.

Pero Elena G. de White pensaba de otra manera. Los siguientes 18 meses se dedicó totalmente a luchar por la recuperación de la salud de Jaime. Desconfiando de la forma en que se practicaba la medicina tradicional en ese entonces, lo llevó a "Nuestro Hogar en la Ladera" en Dansville, Nueva York, institución de reforma de la salud dirigida por el Dr. James Jackson.

Aunque la Sra. White coincidía con muchas de las ideas adoptadas por los reformadores de Dansville, difería en otras, de acuerdo a las instrucciones que había recibido en visión. En particular, discrepaba con un consejo de Jackson que afirmaba que los inválidos debían evitar toda clase de pensamiento constructivo y actividad útil. Recomendaba en su lugar entretenimientos como "bailar, jugar a la baraja o ir al teatro" (*Review and Herald*, 20 de febrero de 1866). Además de esto, los reformadores de Dansville sugirieron que Jaime estaba enfermo porque era "intensamente religioso". Esa posición, afirmó Elena, "No puedo, ni voy a admitirla" (*Manuscrito 1*, 1867). Elena, por el contrario, creía que la fe en Dios, una mente activa y



*Instituto de reforma de salud "Nuestro Hogar en la Ladera" en Dansville, Nueva York, a donde los White asistieron después de la apoplejía de Jaime*

el trabajo útil (en vez de meras distracciones) era lo que Jaime necesitaba para recuperarse.

En consecuencia, retiró a su esposo de la institución de Dansville y lo trasladó a Greenville, Michigan, donde tenían una pequeña granja. Allí podría poner en práctica lo que consideraba el plan de reforma pro salud del Señor. "Con frecuencia", escribió acerca de su experiencia, "los hermanos acudían a nosotros en busca de consejos. Mi esposo no quería ver a nadie. Prefería retirarse a otra habitación cuando llegaba alguien. Pero, con frecuencia, antes que él se diera cuenta de que había llegado alguien, llevaba al visitante adonde él estaba, y le decía: 'Esposo, aquí hay un hermano que ha venido a realizar una consulta, y como tú puedes contestarla mucho mejor que yo, lo he traído para que hables con él'. Por supuesto que en ese caso no podía irse. Debía permanecer en la habitación y contestar la pregunta. En esa forma y en muchas otras, hice que ejercitara la mente. Si no hubiera logrado que hiciera trabajar la mente, en poco tiempo habría fallado por completo" (*Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 353).

Otra táctica que Elena utilizó para ayudar a su esposo a recuperarse implicaba el ejercicio físico. Jaime caminaba un poco cada día, pero una fuerte tormenta de nieve le dio la excusa perfecta para



dejar de hacerlo. Entonces, Elena fue donde una vecina y le pidió un par de botas prestadas. Con ellas, caminó medio kilómetro en la espesa nieve. Cuenta que al regresar, “le pedí a mi esposo que saliera para caminar. Me contestó que no podría hacerlo en semejante tiempo. ‘Oh, sí; tú puedes hacerlo —repliqué—. Con seguridad puedes andar sobre las huellas que yo dejé’. Era un hombre que respetaba mucho a las mujeres; de modo que cuando vio las huellas que yo había dejado, pensó que si una mujer podía caminar en la nieve, él también podría hacerlo. Esa mañana salió a caminar como de costumbre” (*ibíd.*, pág. 354).

En otra ocasión envió a Guillermo a comprar tres azadones y tres rastrillos para que ambos, junto a Jaime, pudieran plantar su jardín de primavera. Cuando le entregó a Jaime uno de los azadones, él objetó, pero finalmente lo tomó. “Yo tomé el restante”, nos narra, “y salimos a trabajar; y aunque me saqué ampollas en las manos, marqué el paso para ellos en el cavado de la tierra. El padre no pudo hacer mucho, pero de todos modos se ejercitó con el movimiento del azadón. Mediante métodos como éste procuré colaborar con Dios en el restablecimiento de la salud de mi esposo” (*ibíd.*).

Una de sus estrategias más ingeniosas ocurrió durante la recogida del heno. Jaime había decidido pedir ayuda a sus vecinos. Sin embargo, la Sra. White se movilizó primero y le pidió a sus vecinos que buscaran excusas para no ayudar.

La falta de cooperación desmoralizó a Jaime. Elena, por supuesto, sentía lo contrario. “Demostrémosles a esos vecinos”, le animó ella, “que podemos hacer el trabajo solos. Guillermo y yo rastrillaremos el heno y lo pondremos en la carreta si tú lo cargas y diriges el equipo”. Jaime preguntó cómo harían el almiar [pajar]. Elena se ofreció a hacerlo “si su esposo le pasaba el heno, mientras Guillermo rastrillaba para otra carga” (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 357).

Esta actividad fue el inicio de la recuperación del afligido Jaime White. “Después de 18 meses de cooperación constante con Dios por restablecer la salud de mi esposo”, relató Elena, “lo llevé a casa” en Battle Creek. “Mi esposo vivió una cantidad de años después de su restauración, y durante ese tiempo llevó a cabo la mejor obra de su vida. ¡No constituyen esos años adicionales de utilidad una re-

compensa incalculable por los 18 meses pasados en cuidados afanosos?" (*Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 355).

Su tenaz dedicación, aunada a un ingenio oportuno y al tacto, llevaron a Elena G. de White a ser la persona integral que conocemos.

#### MODERADA FRENTE A LA INFLEXIBILIDAD

Con esa clase de perseverancia, uno podría esperar que Elena G. de White fuese severa, rígida e inflexible ante sus objetivos. Pero ése no era el caso, como veremos a continuación.

Consideremos, por ejemplo, el asunto de la dieta. La dieta provee una ilustración pertinente, ya que es una de las áreas en la que muchos de sus supuestos seguidores se apartan de ella en lo que a moderación respecta. Aunque ciertamente tenía algunas ideas firmes en este tema, también escribió: "Los otros miembros de mi familia no comen las mismas cosas que yo. No me erijo en un criterio para ellos, sino que dejo que cada uno siga sus propias ideas acerca de qué es lo mejor para él. No ato la conciencia de ninguna otra persona a la mía. Una persona no puede ser criterio para otra en materia de alimentación. Es imposible hacer una regla para que todos la sigan" (*Consejos sobre el régimen alimenticio*, pág. 590).

También afirmó: "No pretendemos que la reforma pro salud sea una camisa de fuerza en la que cortamos o estiramos a las personas para que se ajusten a ella. Una sola persona no puede ser la norma para todos los demás. Lo único que pedimos es un poco de sentido común. No seamos extremistas. Si nos vamos a equivocar, es preferible que lo hagamos del lado de las personas, y no donde no podamos alcanzarlos" (*Sermons and Talks*, tomo 1, pág. 12).

En la posición contraria a Elena G. de White se encontraban quienes se apoderaban de "la luz presentada en los testimonios sobre la reforma pro salud y convirtiéndola en una prueba". Tales individuos, "seleccionan declaraciones hechas con respecto a algunos artículos del régimen alimentario que son presentados como objetables, declaraciones escritas como advertencia e instrucción para ciertas personas que han entrado o estaban entrando en el mal camino. Ellos se espacian en estas cosas y las hacen tan estrictas como es posible, intercalando sus propios rasgos de carácter peculiares y objetables en esas declaraciones y presentándolas con gran fuerza; ha-

cen de ellas una prueba, y las dirigen adonde producen solo daño" (*Mensajes selectos*, tomo 3, pág. 325).

En cambio, y a pesar de que su posición era clara y firme en cuanto a esto, Elena G. de White declaró que la ingestión de carne, incluso de cerdo, no era un asunto determinante de fe (*Carta 14*, 1897; *Consejos sobre el régimen alimenticio*, pág. 419; *Manuscrito 15*, 1889). Cuando le tocó vérselas con el "ala dura" de la iglesia, mostró el mismo estilo moderado de sus escritos. Sabemos que, entre otros, le tocó lidiar con los adventistas que abandonaron el negocio de las granjas porcinas hacia 1860 (*Review and Herald*, 24 de marzo de 1868) con A. T. Jones que había tomado medidas extremas contra la lectura de la Biblia en las escuelas públicas en la década de 1890 (*Carta 44*, 1893), o con S. N. Haskell a comienzos de 1900, a quien le aconsejó que la suya no era la única forma de alcanzar a los habitantes de Nueva York, y que debía permitirle a su principal antagonista ministerial hacer evangelismo según creyera conveniente, pues Dios le daba talentos diferentes a cada persona (*Carta 158*, 1901).

#### BONDADOSA POR NATURALEZA

Elena G. de White, como veremos con más detalle en el capítulo cinco, mostraba una sincera compasión hacia quienes se encontraban en necesidad. Este sentimiento se manifestó de forma especial durante su primera visita a una prisión de máxima seguridad. Allí, se sorprendió al ver lo jóvenes que eran algunos de los prisioneros. Conmovidada por su situación, le escribió a su esposo: "Traté de imaginar que estos muchachos eran mis hijos, para conversar con ellos con el corazón amoroso de una madre" (*Carta 32*, 1878).

La Sra. White se mostraba comprensiva cuando las personas cometían errores. Sara McEnterfer narra la historia de su primera experiencia envasando frutas en conserva. Se encontraba acompañando a Elena en el congreso al aire libre, cuando le llegó la noticia a la Sra. White de que su cosecha de duraznos estaba madura y necesitaba ser envasada inmediatamente si quería salvarla. Elena G. de White era enemiga de cualquier clase de desperdicio, por lo que Sara se ofreció voluntaria para ir a envasarla.

El problema era que nunca había envasado conserva en su vida. Sin embargo, sabía cómo hacerlo, así que comenzó a envasar varias

docenas de jarras de dos litros de duraznos. Era una hermosura verlas en los estantes, y, de inmediato, la Sra. White la felicitó por su buen trabajo. Todo siguió bien durante diez días, hasta que comenzaron a oírse unas extrañas explosiones una tarde procedentes del sótano. Al investigar, encontraron las jarras reventadas y la fruta esparcida. Pronto Sara descubrió que había olvidado colocar la junta de goma debajo de las tapas de las jarras. Como cabía esperar, inmediatamente sintió temor de dar cuenta del desastre a su patrona. Sin embargo, al saber del percance, la Sra. White le dijo: "Sara, la escuela de la vida es difícil, pero las lecciones nunca se olvidan" (*Manuscrito* Alma E. McKibbin, 15 de febrero de 1956).

En otra ocasión, Elena G. de White recordaba cuando unas niñas que cuidaba en su casa aprendían a tejer. "Una de ellas me preguntó, 'Mamá Elena, ¿al aprender a tejer contigo te estoy ayudando?' Yo tenía que deshacer cada puntada que ella había hecho, pero le repliqué, 'Claro que me estás ayudando, mi niña'. ¿Por qué debía responderle así? Porque estaba aprendiendo. Cuando no hacían las puntadas correctamente yo deshacía todo el trabajo, pero nunca las condenaba por sus errores. Les enseñé pacientemente hasta que aprendieron a tejer correctamente" (*Review and Herald*, 23 de junio de 1903).

Su compasión se extendía hasta los animales. En 1895, notó que cierto hombre era "tosco, muy rudo para tratar a las reses. Yo hubiera preferido alguien más delicado y afable para cuidar a mis animales" (*Carta* 157, 1895). Ella Robinson, su nieta mayor, recuerda un día en que vieron a un hombre que golpeaba un asno mientras iban en la calesa de la Sra. White. Elena detuvo la marcha y le dijo, "Amigo, ¿ha perdido usted la razón? ¿No ve que esa pobre criatura está dando lo que puede para transportar esa pesada carga sobre su lomo?" Curiosamente, el hombre se disculpó por sus acciones y retiró parte de la carga" (*Youth's Instructor*, 16 de marzo de 1948; citando la *Carta* 26a, 1868).

#### LEJOS DE SER PERFECTA

A pesar de todos estos rasgos positivos, Elena G. de White nunca pretendió ser más que un simple ser humano con toda su carga de errores. Algunos de sus errores tuvieron que ver con la relación con su esposo, otro aspecto que examinaremos más ampliamente en

el capítulo siete. Las mayores diferencias se presentaron entre 1870 y 1880, después de las múltiples enfermedades de Jaime, que suscitaban tensiones desconocidas hasta ese momento en su relación. Como veremos en el capítulo siete, la situación se tornó tensa para ambos, hasta el punto que llegó a arrepentirse de algunas de las palabras y acciones que surgieron durante esa circunstancia.

El 18 de marzo de 1880, por ejemplo, Elena le escribió a Jaime: "Cada día me arrepiento más ante Dios por mi dureza de corazón y porque mi vida no ha estado en conformidad con la vida de Cristo. Lloro por mi intransigencia y por mi vida, pues no ha sido un buen ejemplo para los demás [...]. Perdóname por las palabras de impaciencia que han salido de mis labios [...]. Deseo forjar un sendero recto para mis pies, tener control sobre mi espíritu y mantener mi corazón en el amor de Dios" (*Carta 5*, 1880).

Cuatro años antes había escrito: "Anhele un corazón humilde, un espíritu paciente y tranquilo [...]. Quisiera que mi ser se amparara en Jesús y que mi egoísmo fuera crucificado. No pretendo ser infalible, ni mucho menos tener perfección de carácter cristiano. No estoy libre de errores en mi vida. Si hubiese seguido más de cerca a mi Salvador, no tendría que lamentar tanto mi falta de semejanza a su amada imagen" (*Daughters of God*, pág. 272).

La gente tiende a pensar que los profetas son más que humanos, pero no es así. M. J. Nelson cuenta su primer día como ama de llaves para Elena G. de White. La Sra. White aprovechó la oportunidad para aclararle a la Sra. Nelson que no esperara mucho de ellos. "Hermana Nelson", le dijo, "usted ha llegado a mi casa y va a ser como otro miembro de mi familia. Tal vez vea cosas en mí que no apruebe. Yo puedo cometer errores, al igual que mi hijo Guillermo. Podría suceder que al final ambos nos perdamos". Entonces la Sra. White la animó a permanecer fiel a Dios y a la iglesia a pesar de las imperfecciones que pudiese ver en su hogar (M. J. Nelson, entrevistada por Arthur L. White en 1939).

Al igual que los profetas de la Biblia, Elena G. de White era un ser humano. Tenía la misma clase de problemas y dependía únicamente de la gracia (el favor y el perdón inmerecido de Dios), aceptada mediante la fe, para su salvación.



## Capítulo 4

# Más contornos de una personalidad

**L**A GENTE ES COMPLEJA. La mayoría llevamos vidas llenas de tensiones y ambivalencias que nos empujan en direcciones opuestas a la vez. Elena G. de White no fue la excepción. En este capítulo veremos cómo luchó contra una timidez natural que era una traba en su deber para con Dios. También veremos cómo afrontó la necesidad de ser firme, pero, a la vez, instrumento del perdón y de la gracia. El capítulo concluye mostrando su deseo de ser respetuosa y cautelosa frente a ciertas situaciones difíciles.

### TÍMIDA PERO POLEMISTA

Elena era tímida por naturaleza. Hasta los quince años “nunca había orado en público, y tan solo unas cuantas tímidas palabras habían salido de mis labios en las reuniones de oración” (*Notas biográficas de Elena G. de White*, pág. 36). Pero su timidez se convertiría en un problema después de su primera visión de diciembre de 1844, que apoyaba la validez del mensaje millerita que llevó al gran chasco del 22 de octubre.

Una semana después tuvo una segunda visión, en la que, según cuenta, el Señor “me mostró las pruebas que yo iba a tener que sufrir, y me dijo que yo debía ir y relatar todo cuanto él me había revelado.

Se me mostró que mis trabajos tropezarían con recia hostilidad, que la angustia me desgarraría el corazón; pero que la gracia de Dios bastaría para sostenerme en todo ello". La visión la dejó "sumamente conturbada", y una serie de excusas asaltaron su mente: su salud era pobre, tenía solo 17 años, era pequeña y frágil, "y naturalmente tan tímida y apocada que me era muy penoso encontrarme entre personas desconocidas".

En consecuencia, oró para que Dios quitara de ella esa carga y la transfiriera a otra persona más capaz. Pero el llamado del deber continuaba resonando en sus oídos: "Comunica a los demás lo que te he revelado". Esto "parecía imposible", escribí; "tan solo de pensarlo me estremecía de terror". Incluso "deseaba la muerte para librarme de la responsabilidad". Al aumentar su preocupación, fue perdiendo la dulce paz en el Señor que había logrado (*ibíd.*, págs. 76, 77).

Al final, rindió su voluntad a Dios y buscó depender del poder divino para cumplir su misión. Pero aun así no fue fácil. La timidez y sensibilidad naturales de Elena la tentaron a modificar sus mensajes a fin de obviar las partes más comprometedoras. "Fue una pesada cruz para mí", escribí, "tener que contarles a las personas lo que se me había mostrado en relación a sus faltas. Me angustiaba ver a estas personas preocupadas o afligidas. Cuando se me obligaba a darles los mensajes, si me era posible los suavizaba y los entregaba de la forma más favorable posible. Luego, me retiraba a llorar en soledad, en agonía de espíritu". Elena se preguntaba por qué no podía ser como los demás cristianos, que solo deben preocuparse por sí mismos.

En este contexto, recibió una visión en la que vio a un grupo de personas que eran "la expresa imagen del horror y la desesperación. Todos se me acercaban", relata, "tomaban sus ropas y las frotaban en la mía. Miré mi vestido y vi que estaba manchado de sangre [...]. El ángel me levantó sobre mis pies y me dijo, 'ésta no es tu situación ahora, pero la escena ha sido pasada delante de ti para que sepas lo que podría pasar si rechazas declarar lo que el Señor te ha revelado. Si eres fiel hasta el final, comerás del árbol de la vida'" (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, págs. 222, 223).



Fueron estas vívidas escenas y una conciencia sensibilizada lo que forzó a Elena G. de White a asumir la sagrada responsabilidad que Dios le había encomendado. Pero no fue una tarea fácil, especialmente durante los primeros 30 o 40 años de su ministerio. En 1874 le escribió a J. N. Loughborough: "Durante años he sentido que si yo hubiera podido escoger lo que me gustaba y al mismo tiempo agradar a Dios, habría preferido morir antes que tener una visión, porque cada visión coloca sobre mí la gran responsabilidad de presentar testimonios de reprobación y de amonestación, que siempre han estado en contra de mis sentimientos, causándome en el alma una aflicción inexpresable" (*Mensajes selectos*, tomo 3, pág. 40).

Vemos entonces que Elena G. de White era una persona común y corriente, como la mayoría de nosotros. También ella necesitaba de la poderosa gracia de Dios para poder cumplir sus responsabilidades cristianas. Si consideramos su reticencia, es aún más asombroso que haya logrado ser tan polemista a lo largo de su ministerio.

Se enfrentaba con creyentes y no creyentes si éstos amenazaban o rechazaban la verdad. En junio de 1878, por ejemplo, había repartido algunas publicaciones adventistas a varios pasajeros durante una travesía en barco de San Francisco a Portland. No había pasado mucho tiempo cuando, en respuesta a sus folletos, apareció un pastor asegurándole a un grupo de pasajeros que era imposible guardar la ley. "La Sra. White", pontificó el ministro, "solo habla de ley, ley, ley. Piensa que nos salvamos por la ley y que nadie puede ir al cielo a menos que se guarde. Yo, sin embargo, creo en Cristo. Él es mi Salvador".

Para entonces, la Sra. White se encontraba en un lugar donde no podía ser vista por los pasajeros. Pudo haber evitado fácilmente un conflicto de carácter público. Sin embargo, ante semejante falacia, no podía quedarse callada y dejar que tales aseveraciones quedaran sin corregirse. Así que prefirió afrontar abiertamente al ministro, anunciando que éste había hecho una "afirmación falsa. La Sra. White nunca ha tomado esa posición. Voy a hablar por mí misma y por nuestra gente". Entonces, procedió a hacer una extensa exposición sobre la relación de la ley y el evangelio, finalizando con una exhortación al ministro para que "no vuelva nunca a afirmar" que los adventistas "no dependen de Jesucristo para su salvación". A

pesar de esto, el pastor Brown susurró a sus correligionarios que él lo sabía todo acerca de los adventistas, queriendo decir que ella no estaba diciendo toda la verdad. Esto último irritó a Elena, quien replicó que Brown no solo había representado erróneamente a los adventistas, sino que no tenía idea de lo que estaba hablando (*Signs of the Times*, 18 de julio de 1878).

Ella podía ser igual de directa con los de dentro de la denominación. En todos sus escritos, encontramos ejemplos en donde tuvo que enfrentarse con otros adventistas, pero ilustraré esto con algunas experiencias. En 1851 le tocó lidiar con un hermano que tenía un problema serio. Acerca de este caso escribió: "Recibí entonces un mensaje no menos solemne que cualquier otro que haya recibido en mi vida. Al día siguiente fuimos a ver a Henry Allen. Dios me había entregado un mensaje cortante para él que no debía ni podía maquillar. Nunca había recibido un mensaje tan cortante para alguien". Allen, desgraciadamente, no se "desmoronó", ni confesó, ni rectificó, como se esperaba que lo hiciera. En consecuencia, y bajo el espíritu de 1 Corintios 5, la congregación "evitó relacionarse con él hasta que renunciara a sus opiniones acerca de las uniones espirituales [tenía una relación con una mujer que no era su esposa] y rectificara". Al parecer, no tuvo éxito con Allen, pero el incidente sí ayudó a la congregación. Cuenta Elena que "dejaron a la iglesia mejor que como la habían encontrado" (*Carta 2a*, 1882).

Otro ejemplo ocurrió en 1882, cuando amonestó al dirigente Urías Smith por una situación en la que él no estaba de parte de los principios correctos. "No me sorprende que tales cosas ocurran en Battle Creek", le escribió, "pero me duele verlo a usted, mi muy estimado hermano, implicado en este asunto y en el lado equivocado, con los que no están siendo guiados por Dios" (*Carta 2a*, 1882).

Muchos de sus mensajes de amonestación buscaban abrirles los ojos a las personas ante sus errores o necesidades, y, de esta manera, enderezar sus actitudes hacia Dios y el prójimo. Éstas no eran experiencias placenteras para ella ni para el receptor del mensaje. Cierta dama le dijo a la Sra. White en 1868: "Usted me ha matado. Me ha matado completamente. Usted me ha matado". Elena G. de White le respondió: "Eso era exactamente lo que esperaba que hiciera el mensaje que tenía para usted" (*Carta 6*, 1868).

¿Y por qué, se preguntará usted, era tan franca? La respuesta tiene dos partes. Jaime White nos ofrece la primera: "Al principio, la Sra. White inició su ministerio público tímidamente. Si se sentía segura, era gracias al Espíritu Santo. Si hablaba con libertad y poder, era gracias al poder de Dios" (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 127). Esto también se aplicaba a sus consejos privados. Ella solo pudo superar su timidez natural gracias a su convicción de que era portadora de un mensaje espiritual para las personas y para la iglesia.

Elena G. de White nos ofrece la segunda parte de la respuesta, al afirmar que muchos individuos tenían una religión puramente intelectual, pero sus corazones no habían sido purificados. Acerca de esta clase de personas, escribió, "Hablo claramente. No pienso que esto desanimará a un verdadero cristiano; no quiero que ninguno de vosotros llegue al tiempo de angustia sin una esperanza bien fundada en su Redentor. Resolved conocer lo peor de vuestro caso. Averiguad si tenéis una herencia en el cielo. Tratad verazmente con vuestra alma" (*Testimonios para la iglesia*, tomo 1, pág. 152).

El conflicto entre su timidez y su deber de amonestar, aparentemente, existió en Elena G. de White en cierta medida durante toda su vida. Solo fue capaz de resolverlo y continuar su obra al comprender su misión a la luz de la eternidad.

#### ESTRICTA, PERO COMPENSIVA Y REDENTORA

Otro dilema que Elena G. de White tuvo que enfrentar durante su ministerio fue el del límite entre la firmeza y el perdón. Muchos de los casos donde se presentaba este problema, aparte de ser complejos, la dejaban perpleja.

Un ejemplo de cómo afrontaba ella esta disyuntiva se dio en el adulterio de uno de los principales ministros adventistas del siglo XIX, quien reemplazó a Jaime White como editor de la revista *Signs of the Times* desde 1881 hasta 1886.

Hasta finales de 1885 ella le escribió repetidamente al pastor por este problema. En respuesta, él hacía promesas que nunca cumplía. Sin embargo, en noviembre de aquel mismo año, este pastor participó en un proceso disciplinario contra otro ministro que tenía muchas menos faltas que él, siendo muy severo con éste. Elena G.

de White le escribió una carta en la que le decía que a él no le gustaría que Dios lo tratara como él lo había hecho con su hermano ministro. “Me parece”, le escribió, “que usted debería ser el último hombre en ejercer la crítica y la severidad hacia cualquiera” (*Carta 10, 1885*).

Dos meses después le escribió a George I. Butler, presidente de la Asociación General, confesándole que estaba muy confundida en cuánto a cómo actuar en este caso, pero que quería cumplir con su deber. Por entonces se había puesto en contacto con la amante del pastor, asegurándole que deseaba mantener el asunto lo más en privado posible, a pesar de que ya se estaba haciendo público como resultado de sus acciones (*Carta 73, 74, 1886*). También le envió otra carta de amonestación al ministro.

Él le respondió el 18 de marzo afirmándole que su carta lo había conmovido y que le había sorprendido mucho que ella aún tuviera “una pizca de comprensión” hacia él. Procedió a confesarle su proceder pecaminoso, y una vez más manifestó su decisión de poner su vida en orden. La carta, según cuenta, le dio valor para enfrentar la situación, y añade: “Deseo sinceramente que Dios no me rechace de su obra” (*Del hermano X a Elena G. de White, 18 de marzo de 1886*).

La correspondencia subsiguiente entre Elena y otras personas da a entender que el pastor siguió teniendo problemas, y que debía dejar California para ser tal vez asignado a la obra recientemente inaugurada de la iglesia en Europa. Sin embargo, nadie pudo afirmar con certeza si su arrepentimiento fue verdadero. La Sra. White compartía esa duda. Ella deseaba verlo partir hacia Inglaterra, pero se preguntaba si era “apto para ir” (*Carta 117, 1886*).

Butler, mientras tanto, estaba listo para “purificar el campamento”, eliminando de él al pastor, junto con otros que, según él, tenían problemas similares. Se preguntaba en voz alta si la iglesia debía retirarle las credenciales ministeriales a este hombre (*George I. Butler a Elena G. de White, 23 de agosto de 1886*).

Elena G. de White respondió que el caso le preocupaba y que la Asociación General debía decidir si se le renovaban las credenciales o no. Ella sabía que sus talentos podían ser usados en Europa, pero se preguntaba: “¿Qué decisión podemos tomar acerca de su

caso? Deberíamos tener evidencias de que él ha aclarado sus asuntos con Dios. No queremos considerar livianamente el pecado y decir al pecador: 'Todo está bien contigo'. No quisiéramos conectar al pastor X con la obra aquí, a menos que él esté conectado con Dios [...]. No podemos dejar pasar livianamente este asunto. La plaga del pecado está sobre él" (*Testimonios acerca de conducta sexual, adulterio y divorcio*, págs. 209, 210).

Dos semanas después, le envió otra carta al presidente de la Asociación General apelando a él para "salvarlo, si es posible". "Necesitamos un hombre con sus capacidades y su experiencia, pero no con su debilidad [...]. Satanás está luchando fuertemente por su alma. Su barca ya casi ha naufragado. ¡Ah! Si dejara que Jesús tomase el mando, él enderezaría su barca para que no zozobrara. No debemos dar cabida al diablo" (*Carta 84*, 1886).

En el congreso de la Asociación General de diciembre de 1886, el presidente Butler le contó a Elena G. de White que el prominente pastor había confesado, pero hasta donde Butler y S. N. Haskell sabían, el arrepentimiento no era lo suficientemente sincero (George I. Butler a Elena G. de White, 16 de diciembre de 1886). En algún momento de los cuatro meses siguientes, Butler y Haskell apartaron al descarriado colega de su cargo. Esto fue demasiado para Elena G. de White, quien le escribió a Butler: "Han neutralizado al hombre en un momento en que no tiene otra oportunidad en su vida" y en el que "no podrá recuperarse". Ella no veía "luz en esas cosas" (*Carta 42*, 1887).

Una semana después le dijo a Butler que lo mejor era dejar que el pastor fuese a Europa. "Bajo las actuales circunstancias" escribió, "él nunca se recuperará. Hace unos meses tuve un sueño que lo mostraba restaurado, con la bendición de Dios descansando sobre él; pero no llegó a esa posición gracias a su ayuda, o la del pastor Haskell; pero, si hubiera dependido de ustedes, o la actitud que usted adoptó hacia él, este hombre se hubiese quedado en la oscuridad, y su luz se habría extinguido" (*Carta 16*, 1887).

El sueño de Elena G. de White de confesión y restauración debe haberse cumplido. En una anotación de su diario de junio de 1887, la encontramos orando junto al pastor en Noruega. No por casualidad, su sermón trató acerca de la ley y el evangelio (*Manuscrito*

34, 1887). Su actitud conciliadora y comprensiva se impuso en el corazón de este hombre por encima de la actitud condenadora de los del ala dura de la iglesia.

Esto no significa que la Sra. White haya sido tolerante con el pecado. En absoluto. Lo denunciaba enérgicamente. Pero cuando alguien confesaba y se arrepentía de su error, ella se ponía del lado de la misericordia y la restauración. Esa misma actitud se repitió una y otra vez en casos similares.

### RESPECTUOSA Y SENSIBLE

Elena G. de White era una mujer de convicción, que nunca abandonaba una batalla que involucrara principios religiosos en los que las almas estuvieran en juego. Por otra parte, tenía la tendencia a ser cautelosa en su trato con las personas, así como respetuosa y sensible de sus derechos y sentimientos.

Su sensibilidad se puso de manifiesto durante una acción legal en su contra ejercida por William B. Walling, esposo de su sobrina. Durante su visita a Colorado en 1873, Walling le insistió a la Sra. White que cuidara a sus hijas durante unos meses. Pero esos meses se convirtieron en años, durante los cuales la Sra. White crió y educó a las niñas como si fueran suyas. Durante todo ese tiempo, Walling no hizo ningún esfuerzo por ponerse en contacto con sus hijas, ni en persona, ni por correo. Luego, después de 18 años de negligencia, y cuando las niñas ya se habían convertido en mujeres jóvenes, Walling quiso que regresaran para cuidar y mantener su casa. Ellas, naturalmente, prefirieron quedarse con la tía Elena. En medio de esa tensión, Walling puso una querrela contra la Sra. White por valor de 25 mil dólares, por haberle privado del afecto de sus hijas.

El litigio se extendió durante casi cuatro años, con la evidencia siempre a favor de Elena G. de White. Pero a pesar de su posición favorable, ella decidió alcanzar un acuerdo extrajudicial. Este acuerdo no fue un asunto trivial. Pagó dos mil dólares al abogado por honorarios profesionales y mil quinientos al Sr. Walling. Eso era mucho dinero, si consideramos que una persona ganaba unos dos dólares diarios. Según ella misma cuenta, “representó una buena cantidad para nosotros”.

## *Más contornos de una personalidad*

Tal vez usted se pregunte por qué llegó a semejante acuerdo. Por el amor que sentía hacia sus sobrinas y por sensibilidad hacia los sentimientos de ellas. “Yo pude haber ido a juicio,” escribió, “pero eso habría llevado a las niñas a una situación en la que habrían tenido que testificar en contra de su padre. El asunto se habría convertido en un problema interminable. La madre también habría sido llamada a testificar [...]. No sabemos las mentiras que podrían haberse dicho bajo juramento o la desgracia que hubiese traído todo esto sobre nosotros” (*Carta 128, 1896*).

Como dijimos, la Sra. White fue una persona compleja que podía ser tremendamente polemista, pero serlo a la vez con motivos subyacentes redentores y de respeto. La vida nunca fue fácil para ella. Al igual que nosotros, tenía que vivir su día a día bajo la multitud de tensiones que forman parte de esta vida, en un mundo nada perfecto.





## Capítulo 5

# Vecina y amiga

**E**LENA G. DE WHITE en verdad sentía afecto por sus semejantes. Ella disfrutaba de estar en compañía, y deseaba lo mejor para las personas; no solo en lo espiritual, sino en todo lo demás, incluyendo su bienestar físico.

Parte de su llamamiento, según lo entendía, consistía en servir a los necesitados a su alrededor. A unos les proporcionaba alimentos y dinero; a otros, un sitio donde vivir; y a otros, simplemente, una palabra de apoyo.

### SUS VECINOS EN AUSTRALIA

Pero no siempre todo vecino es bueno. Algunos pueden llegar a ser un irritante para el alma. A Elena G. de White, como a muchos de nosotros, le tocó lidiar con ambas clases.

Cerca de su hogar en Cooranbong, Australia, donde la iglesia construía la Escuela de Avondale para Obreros Cristianos, le tocó convivir con una colonia de vecinos particularmente perniciosos. Según el agente Berry, superintendente de la policía local al inicio de la residencia de los White en Cooranbong, los adventistas “no pudieron encontrar un lugar peor para establecer una escuela”. En las inmediaciones del sitio vivían unos 250 descendientes de tres

familias convictas. “No hay nada lo bastante caliente o pesado que ellos no puedan llevarse por la noche”, afirmó el buen agente. La nieta Ella recuerda que “los merodeadores exploraban el jardín de la abuela hasta donde podían. Robaban las provisiones de su cobertizo. Los alimentos preparados para el sábado, dispuestos en la lechera, desaparecían durante la noche. Platos, cacerolas, todo se lo llevaban” (*Youth's Instructor*, 30 de marzo de 1948). Elena G. de White hace referencia únicamente a un robo serio, pero cuenta que, recién llegados al sitio, tenían que mantener todo bajo llave a causa de la amenaza constante (*El ministerio de la bondad*, págs. 345, 346).

Estos desagradables vecinos, además de ladrones, eran ignorantes, supersticiosos, borrachos y poco dados al trabajo. El problema era cómo responder. Elena G. de White pidió a su familia y a los hermanos de la iglesia que no se quejaran. Más bien, que fueran lo más bondadosos posible con ellos.

Se dio un primer acercamiento gracias a los talentos de Sara McEnterfer, que era una enfermera experimentada, y de los otros miembros del equipo de la Sra. White. Contar con una enfermera en el hogar fue de gran ayuda, ya que el médico más cercano se encontraba a más de 30 kilómetros de distancia.

Durante sus paseos vespertinos en calesa por el campo, las dos mujeres buscaban personas a quienes ayudar. Un día, encontraron a un niño de ocho años que se había cortado el tobillo con un vidrio roto. Sus padres habían viajado 33 kilómetros con él hasta Newcastle, donde un médico lo curó con manteca y les recomendó que le aplicaran cataplasmas de pan y leche en la herida. Sin embargo, el médico no quiso explicarles cómo hacerlo. Esto trajo como consecuencia que la infección se extendiera a toda la pierna. La amputación parecía inevitable, y el niño llevaba una semana llorando de dolor día y noche.

En medio de esta terrible circunstancia, la Sra. White y Sara entraron en escena. Sara aplicó fomentos fríos y calientes en la pierna infectada durante dos horas, para luego vendar la herida. Al día siguiente, repitió el mismo proceso y aplicó cataplasmas de carbón en la herida para drenar el veneno. Aparte, las mujeres se enteraron que el tío del niño también tenía una herida grave.

Acabaron por llevar a ambos pacientes a casa de los White, donde la señorita McEnterfer pudo cuidar de ellos diariamente. En tan solo diez días fueron dados de alta bajo la mirada asombrada de sus vecinos. La noticia de que la Sra. White y sus amigos adventistas tenían habilidades especiales para ayudar a las personas se difundió rápidamente, pero lo que más les sorprendía era que la Sra. White no cobraba por sus servicios. Al poco tiempo, comenzaron a llegar personas de varios kilómetros a la redonda preguntando por Elena G. de White y su enfermera. De hecho, su hogar llegó a ser una especie de hospital hasta que la comunidad adventista logró adquirir un edificio para ese propósito. Sus actividades médicas misioneras, escribió ella, derribaron “completamente el prejuicio en aquel lugar” (*Youth's Instructor*, 30 de marzo de 1948; *El ministerio de la bondad*, pág. 358).

Obviamente, no todos los casos que acometió la Srta. McEnterfer tuvieron un final feliz. Un caso específico involucró a un hombre inconsciente que agonizaba a causa de la pulmonía cuando su familia vino por ayuda. Sus tratamientos revivieron al paciente. Sin embargo, la familia llamó después a un médico que vino en tren desde Newcastle. Este médico aprobó el tratamiento dado por Sara, pero también dio su visto bueno cuando la familia preguntó si le podían dar licor al paciente para mantenerlo con fuerzas. Pronto aquella anárquica familia comenzó a compartirse la botella, adormeciendo sus propios sentidos. En medio de su embriaguez, emborracharon también al paciente, quien falleció esa noche (Ella White Robinson, entrevista n° 3, por C. Osborne). Tal era la mentalidad de las personas con quienes la Sra. White y su equipo tenían que relacionarse en la campaña de Avondale.

Además de velar por sus desquiciados vecinos en Australia, la Sra. White tenía que atender sus necesidades diarias. A mediados de la década de 1890, una severa depresión económica golpeó a la nación y a una buena parte del resto del mundo.

“Hay familias”, escribió, “que han perdido el empleo que tuvieron durante veinte años. Un hombre y su esposa tienen una familia numerosa que nosotros hemos estado ayudando. Yo pago los gastos escolares de cuatro niños. Vemos muchos casos que debemos ayudar. Son hombres excelentes, a los que hemos ayudado. Tienen familias

numerosas, pero son los pobres del Señor. Un hombre era carroceros, ebanista y carpintero de carretas, y un caballero de elevada categoría a la vista de Dios, que lee el corazón de todos. Durante tres años, proporcionamos ropa de nuestra familia a esta familia. Trasladamos a esta familia a Cooranbong. Esperamos ayudarles a conseguir un hogar este invierno. Les permito vivir en mi galponcito, y ellos le han puesto tejado de metal y han vivido allí un año. Todos aman a este hombre, su esposa e hijos. Debemos ayudarlos. Tienen a un padre y una madre a los que deben sostener. Hay tres familias que están en esta misma situación en los terrenos del colegio, y ¡oh, si tuviéramos dinero para ayudarles a construir una sencilla casa de madera, cuán contentos estarían! Uso cada penique que tengo en ayudarles” (*El ministerio de la bondad*, pág. 357).

Ella hizo un gran esfuerzo por socorrer a los miembros de su iglesia que sufrieron el impacto de la depresión. En 1894 escribió: “Compramos madera de nuestros hermanos que son agricultores y tratamos de dar empleo a sus hijos e hijas, pero necesitamos un abundante fondo de caridad del cual disponer para evitar que estas familias mueran de hambre. [...] Compartí las provisiones de mi hogar con familias de esta clase, yendo a veces hasta unas 11 millas [18 kilómetros] de distancia [una buena distancia a caballo o en carruaje] para aliviar sus necesidades” (*ibíd.*, pág. 347).

En ocasiones, el hogar de los White ponía a un lado sus actividades literarias y se unía para ayudar a los menos afortunados. En 1897 describió una noche en la que “celebramos una reunión de Dorcas en nuestro hogar y mis empleadas, que ayudan en la preparación de mis artículos para las revistas, cocinan y cosen, cinco de ellas quedaron en pie hasta medianoche cortando tela para vestidos. Confeccionaron tres pares de pantalones para los niños de una familia. Dos máquinas de coser estuvieron trabajando hasta medianoche. Pienso que nunca hubo un grupo más feliz de trabajadoras que lo que fueron esas niñas anoche” (*ibíd.*, pág. 353).

Dado que siempre deseaba ayudar a los demás, cada vez que viajaba a ciudades donde había fábricas textiles, si su economía se lo permitía, apartaba un tiempo para visitarlas y comprar sobrantes de tela y productos con pequeños defectos. Cuando regresaba a Cooranbong, separaba cuidadosamente sus compras. Entonces, si veía llegar a una

## *Vecina y amiga*

mujer a la iglesia con un vestido raído, se las ingeniaba para invitarla a su casa. Durante la visita, solía decir, “Recientemente tuve la fortuna de obtener una buena pieza de tela que podría ser suya, si usted la acepta”. Entonces traía la tela, sugiriendo que si la invitada le daba permiso, haría que su costurera la cortara e hiciera un vestido para ella. En la última etapa de su vida, cuando le fue más fácil costearlo, nunca regaló sus prendas usadas a los pobres, pues reconocía su necesidad de dignidad. Más bien les ofrecía ropa nueva y remendaba la vieja para ella y su familia (*Youth's Instructor*, 23 de marzo de 1948; *El ministerio de la bondad*, pág. 349; Ella White Robinson, entrevistada por James Nix, 25 de julio de 1967).

Al igual que con su obra médica, la noticia de que Elena era una vecina generosa con los necesitados se difundió con rapidez. En consecuencia, pudo escribir, “no tenemos que ir a buscar a los necesitados, ellos nos buscan” (*El ministerio de la bondad*, pág. 350).

Pero Elena G. de White no solo era generosa ofreciendo alimentos y vestido a los menos afortunados, sino que a menudo también tenía a unos cuantos desamparados viviendo bajo su techo. Cuando las dos hijas adolescentes de Guillermo llegaron a Cooranbong desde los Estados Unidos en 1895, encontraron a seis o siete personas más en la mesa junto a su familia y el equipo. Elena G. de White los tenía en su casa a causa de su indigencia. Además, cuidaba de no hacerles sentir incómoda su estancia. Ella buscaba una ocupación útil para cada persona y les pagaba un salario fijo. Muchos de sus “empleados” eran jóvenes que enviaban sus ganancias a casa para ayudar a sus padres y hermanos desempleados (*Carta* 128, 1896; *Youth's Instructor*, 16 de marzo de 1948).

Aparte de su sensibilidad ante las necesidades físicas de la comunidad, la Sra. White también buscó elevar espiritualmente a sus vecinos. Pero sentía una responsabilidad especial por quienes se resistían a entrar a un salón, o a un hogar, para un servicio religioso. Elena G. de White decidió entonces sortear el problema llevando el servicio hasta ellos. “Los domingos”, le escribió a George I. Butler, “vamos a distintos lugares en el campo y hablo al aire libre, porque el prejuicio contra la verdad es tan grande que la gente no consiente” en asistir a la iglesia adventista local (*El evangelismo*, pág. 313).

A veces se dedicaba a los niños. En ocasiones llevaba a su familia de merienda por las colinas circundantes. Después de comer, contaba historias a sus nietos o conversaba de temas interesantes. Esto atraía a los niños del vecindario. Pronto, según cuenta su nieta Mabel, los niños rodeaban a Elena G. de White. Después, comenzaban a llegar los padres y las historias continuaban, a veces acompañadas de un órgano portátil y de cantos. De esta forma lograba alcanzar a sus rústicos vecinos. Durante estas incursiones campestres, muchas veces llevaba utensilios agrícolas como rastrillos y azadones para obsequiarlos a las familias desempleadas (Mabel White Workman, entrevistada por James Nix, 6 de agosto de 1967). Además de ayudar a las personas, ella quería derribar los prejuicios. Su generosidad trajo como consecuencia el fin de las suspicacias y la práctica eliminación del problema de los robos en la comunidad.

Aunque Elena se sentía satisfecha por la notable mejoría de las condiciones de la comunidad, también era una persona realista que hacía uso de su sentido común. De esta forma, dejó que sus granjeros tuvieran un perro guardián que cuidara del huerto y el jardín. Tiglat-pileser (llamado como uno de los reyes más poderosos del feroz imperio asirio de la Biblia), “era el terror de los malhechores, pero nunca lo teníamos cerca de casa, donde sus ladridos pudiesen atemorizar a los niños o interferir con la entrada y salida de los visitantes” (*Youth’s Instructor*, 30 de marzo de 1948).

#### UNA VECINA SOLÍCITA CON TODOS

La política de buena vecindad de Elena G. de White durante su estancia en Australia en la década de 1890 no representaba nada nuevo para ella. Al contrario, seguía la misma línea de acción de las actividades que realizó durante toda su vida. Recordaba en 1903 que, antes de la fundación del sanatorio de Battle Creek en 1867, “mi esposo y yo íbamos de casa en casa ofreciendo tratamientos médicos. Bajo la bendición de Dios, salvamos la vida de muchos que estaban sufriendo” (*Carta 45*, 1903). En otra ocasión recordaba: “Después de mi casamiento, se me instruyó que debía prestar interés especial a los huérfanos de padre y madre, tomando a algunos bajo mi propio cuidado durante un tiempo, y luego buscando hogares para ellos. De esa manera, daría un ejemplo a otros de lo que debieran hacer.

“Aunque estaba llamada a viajar con frecuencia y aunque tenía mucho que escribir, he tomado a niños de tres y cinco años de edad, los he cuidado, educado y preparado para puestos de responsabilidad. He tenido en mi hogar, de vez en cuando, a muchachos de diez a dieciséis años de edad, dándoles un cuidado maternal y preparación para el servicio” (*El ministerio de la bondad*, págs. 337, 338).

Su diario más antiguo, escrito en 1859, describe gráficamente cómo cuidaba de otros y cómo estas actividades formaban parte integral del hogar de los White. Refiriéndose a cierta familia pobre, escribió: “Los hemos ayudado un poco. Pagamos un dólar, la mitad del costo de un par de botas, para un hermanito. Yo pagué un dólar y 50 centavos por un par de zapatos para la madre. Mi esposo le dio un dólar en efectivo. Enrique le dio diez centavos, Edson diez centavos, y el pequeño Guillermo diez centavos. Mi esposo le dio 25 centavos adicionales para comprar un detallito para el enfermo. Nos desprendimos de una considerable cantidad de ropa usada” para esta familia.

El primero de marzo, después de ayudar a un conocido, expresó: “¡Ah, si todos supieran lo hermoso que es ayudar a los pobres, hacer el bien a los demás, darles un poco de felicidad! Señor, abre mi corazón para hacer todo lo posible para aliviar las cargas de quienes están a mi alrededor” (*Review and Herald*, 27 de febrero de 1936).

Muchas de las amistades de Elena G. de White comenzaron en su mesa. Dada su posición y la de su esposo, siempre estaban listos para atender visitantes imprevistos. Hacia 1870 anotó: “Sirvo bien mi mesa en todas las ocasiones. [...] No me toma desprevenida el hecho de tener que sentar a mi mesa de uno a seis invitados inesperados” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 2, pág. 433). Aunque en ocasiones la preparación extra de alimentos podía suponer un inconveniente, la Sra. White parecía disfrutar sinceramente de las personas. Su nieta afirma que a ella “le encantaba tener visitas. Se sentaban con ella a la mesa” y “siempre tenía algo que decir” (Ethel May Lacey White Currow, entrevistada por James Nix, 11 de junio de 1967).





## Capítulo 6

# Descripción personal, formación académica y familia paterna

**L**OS PRIMEROS CINCO CAPÍTULOOS los hemos dedicado principalmente a la personalidad de Elena G. de White. El presente capítulo intentará perfilar un tanto la imagen que nos hacemos de su persona facilitando vislumbres de su apariencia física, su educación y algunos antecedentes familiares.

### ASPECTO FÍSICO

Aunque existe un buen número de fotografías de Elena G. de White, hay muy pocas descripciones verbales acerca de su apariencia física. En octubre de 1888, el *Minneapolis Journal* la describió como una mujer de 61 años, con el cabello “ligeramente grisáceo. Su rostro es particularmente moreno, de tez oscura, con una ceja más baja que la otra y labios gruesos. Una desgracia en su niñez la dejó con el rostro desfigurado, pero al escucharla hablar, nos olvidamos de las feas marcas que el accidente dejó en ella”. Una semana antes, el mismo periódico la había descrito como una “mujer sencilla, hogareña, que predica en el púlpito con todo el fuego y la fortaleza de un hombre” (*Minneapolis Journal*, 20 de octubre de 1888).

MAR 10 1909

Please fill out at once, and return in accompanying envelope.

### Biographical Information Blank

To be preserved by the General Conference as a matter of permanent record.

1. Full name *Ellen Gould White* Usual form *Ellen G. White*  
(Do not write initials)
2. Date of filling this blank *March 5, 1909*
3. Present address *Sanitarium, near St Helena, Napa Co., Cal.*
4. Date and place of birth *Koshoni, Maine, Nov. 26, 1827*
5. Names and nationality of parents *Robert Harmon, Eunice Harmon*  
*both American*
6. Mother's maiden name *Eunice Gould*
7. Place or places where earlier years were spent *New England, New York*  
*and Michigan, U. S. A.*
8. Educational advantages in public or private schools (give dates) *Attended public school in*  
*Portland, Me., until nine yrs. old. spent short time in private school when 12 yrs. old.*
9. Educational advantages in denominational schools (give dates) *None in schools, but the broad*  
*education that comes to an evangelist in the work of soul-winning.*
10. What degrees, if any, have you received, and from what school or schools, and when? *None*
11. Date of conversion *Probably in March, 1840*
12. When, where, and by whom baptized? *Latter part of 1840, at Portland, Me., by Methodist minister.*
13. Were your parents, or either of them, Seventh-day Adventists when you were born? *No. D.D.'s did not get with*
14. To what denomination or denominations did your parents belong? *Methodist*
15. To what denomination or denominations did you belong before accepting present truth? *Methodist*
16. By what means particularly were you brought into the truth? *Study of the Bible, listening*  
*to gospel preachers, and by revelation.*
17. When, where, and in what capacity did you begin laboring in the cause? *In Maine, 1846, laboring for*  
*young friends; 1844-45 began public labors, relating visions, etc.*

## *Descripción personal, formación académica ...*

El *Minneapolis Tribune* también hizo una breve descripción de Elena G. de White. “Llevaba puesto”, observó el reportero, “un sencillo vestido negro, sin nada que rompiese su sobriedad, excepto un minúsculo collar blanco alrededor del cuello y una pesada cadena metálica [un reloj] que colgaba de su muñeca. Permaneció a un lado del púlpito con sus brazos extendidos, como apelando a quienes estaban frente a ella. Durante su alocución, muchos de los pastores tenían lágrimas en sus ojos, y al mencionar algún mensaje profético especial, proferían un largo y profundo ‘Amén’” (*Minneapolis Tribune*, 21 de octubre de 1888).

S. P. S. Edwards, un adventista, la describió como “corpulenta, mas no obesa. Sus rasgos, redondeados y llenos; su cabello oscuro, siempre separado y peinado hacia atrás, terminando en una trenza anudada detrás del cuello. Miraba siempre a los ojos, a menos que estuviese leyendo”. De acuerdo a Edwards, Elena G. de White no era ni guapa, ni poco atractiva, pero “frecuentemente se dibujaba una dulce sonrisa que hacía hermoso su rostro. Sus grandes ojos se agrandaban más cuando estaba seria o emocionada, pero al sonreír se empequeñecían”. Su voz era plácida pero “tremendamente potente” (S. P. S. Edwards, manuscrito sin fecha).

La descripción que hizo Elena G. de White de sí misma en un formulario biográfico para la Asociación General en 1909 confirma algunas de las informaciones anteriores. Allí describió su tez como “más bien oscura”, y, para entonces, su cabello era bastante gris. Consignó una estatura de 5' 2" (1,58 metros) y un peso de 140 libras (63 kg). O sea, tenía algo de sobrepeso. Este fue un problema que se agravó por su incapacidad de hacer ejercicio como lo habría deseado, a causa de sus tobillos débiles y los problemas con su cadera. La enfermera que la atendió durante sus últimos años admitió que tenía sobrepeso, pero no tanto como aparentaba en las fotografías. Ella atribuyó la diferencia de percepción al tipo de ropa que usaba (Arthur L. White a R. M. Smith, 4 de noviembre de 1970).

En cuanto a su salud, Elena G. de White enfrentó diversas enfermedades durante su vida. Lo interesante, sin embargo, es que su salud tendía a mejorar con la edad. Sin embargo, a pesar de sus periódicas enfermedades, dedicó toda su vida a su ministerio público y sus escritos.

#### FORMACIÓN ACADÉMICA Y AMOR POR LOS LIBROS

A la pregunta del formulario biográfico “¿Qué titulación o titulaciones académicas, en su caso, posee, y a qué colegio(s) ha asistido y cuándo?”, Elena G. de White respondió con el enigmático “Ninguno”. En respuesta a una pregunta previa, había puesto que asistió “a la escuela pública de Portland, Maine, hasta los nueve años de edad” y que estuvo por un tiempo breve en una escuela privada a los veinte años.

Sus respuestas, aunque sinceras, esconden la tragedia que puso fin a su educación oficial. A los nueve años, Elena fue golpeada en la cara por una piedra lanzada por una compañera. Durante varias semanas estuvo al borde de la muerte, pero acabó recuperándose. Sin embargo, la herida le impidió continuar estudiando. “La más terrible lucha de mi niñez” escribiría más tarde, “fue la de verme obligada a ceder a mi flaqueza corporal, y decidir que era preciso dejar los estudios y renunciar a toda esperanza de obtener una preparación” (*Notas biográficas*, pág. 21). Más tarde entendería que la desgracia de su apariencia desfigurada tenía un propósito divino. Cincuenta años después del accidente, escribió que aquello “que por tanto tiempo pareció tan amargo y difícil de soportar, resultó ser una bendición encubierta. Esa cruel circunstancia fue el medio que me hizo levantar los ojos a los cielos. Quizá nunca habría llegado a conocer a Jesús sin el dolor que nubló mis primeros años y que me llevó a buscar alivio en él” (*Review and Herald*, 25 de noviembre de 1884).

Su incapacidad de asistir a la escuela puede que interrumpiese su educación oficial, pero no le impidió educarse de manera extraoficial durante el resto de su vida, gracias a mucha lectura e incontables viajes. A lo largo de su vida, acumuló una biblioteca personal de más de mil tomos.

Su hijo Guillermo nos cuenta que, a pesar de su amplia lectura, “ella sentía más agudamente los resultados de su falta de preparación escolar. Se admiraba del lenguaje en que otros escritores habían expuesto a sus lectores las escenas que Dios le había presentado a ella en visión, y encontró que era tanto un placer como una conveniencia y economía de tiempo utilizar el lenguaje de ellos, en forma total o parcial, para presentar las cosas que sabía por revela-

ción, y que anhelaba transmitir a sus lectores" (*Mensajes selectos*, tomo 3, págs. 525, 526). La Sra. White se estremecía de tener que "empequeñecer el gran plan de salvación al usar palabras ordinarias" (*ibíd.*, pág. 130).

#### FAMILIA PATERNA

Elena y su gemela Elizabeth (Lizzie) nacieron en Gorham, Maine, el 26 de noviembre de 1827, siendo las menores de ocho niños. Más tarde, su padre, sombrerero de profesión, se llevó la familia a Portland, Maine, donde Elena creció hasta que se casó.

Ambos padres aceptaron el mensaje millerita y más tarde se convirtieron en adventistas del séptimo día. Aparentemente, mantuvo una buena relación con ellos durante su vida, y al llegar a la ancianidad vivieron con ella por un tiempo. En 1861 le escribió a Lucinda Hall, su mejor amiga, que su padre y su madre se encontraban junto a ella y su esposo, y que así podría cuidar de ellos. "Ellos se responsabilizan de su habitación", escribió, "pero comen con nosotros. No imaginas qué carga me he quitado de encima desde que puedo vigilar a estos dos niños viejos. Mamá hace todo lo que le pido y sigue cada sugerencia que hago. La visto tan hermosa como puedo, y cuando peino su cabello, tiene el aspecto de una encantadora y venerable señora mayor. Papá también trata de complacernos en todo. Cuando lo arreglamos, se ve realmente guapo" (*Carta 27*, 1861).

De los siete hermanos de Elena, todos llegaron a adultos. Pero ella, a pesar de ser la más enfermiza, vivió varias décadas más que ellos, con la única excepción de su hermana María, que vivió solo tres años menos. De los siete, solo dos se convirtieron en adventistas guardadores del sábado. Éstos fueron Roberto, quien fue muy cercano a Elena, pero murió en 1853 a la edad de 27 años; y Sara, quien fuera madre de Frank E. Belden. Frank llegó a ser un prominente compositor adventista, legando a la iglesia temas como "Vendrá el Señor, nadie sabe la hora", "Al contemplarte, mi Salvador" y "No hay un nombre en esta tierra". María, su tercera hermana, aparentemente aceptó las creencias adventistas, pero nunca llegó a bautizarse.

Hasta donde sabemos, la mayoría de sus hermanos permanecieron en la iglesia Metodista. La excepción principal fue Lizzie, quien

nunca profesó religión alguna después de que en 1843 la Iglesia Metodista expulsara a la familia por sus creencias milleritas. Elena sentía una pesada carga por su hermana, a quien no esperaba ver en el cielo. Aunque Lizzie había trabajado junto a Elena y Sara para reunir dinero para la predicación del mensaje millerita, su propia casa era una casa “sin oración” (*Carta 50*, 1874). A pesar de que Elena y Lizzie se escribían con frecuencia, y de que Elena la visitaba cada vez que podía, su relación no era tan cercana como cabría esperar de unas gemelas. Pese a su falta de interés por la religión, Lizzie asistió por lo menos una vez a un congreso al aire libre con Elena, e incluso subió al estrado con ella mientras predicaba. En ese momento, Elena sintió una pizca de esperanza por Lizzie y escribió, “sus simpatías están con nosotros, aunque no toma partido abiertamente” (*Carta 50b*, 1874).

Sin embargo, a pesar de que Elena le hizo uno de sus llamamientos más conmovedores, Lizzie nunca tomó la decisión anhelada. Durante la muerte de la hija de Lizzie, por ejemplo, Elena describió a pequeñitos reuniéndose con sus madres la mañana de la resurrección. “Pero muchos niñitos no tienen madres allí. Procuramos en vano escuchar el canto de triunfo entonado con arrobamiento por la madre. Los ángeles reciben a los niños sin madres y los conducen hacia el árbol de la vida. [...] Dios permita que la querida madre de ‘Eva’ pueda estar allí” (*Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 297).

El llamamiento más intenso de Elena a su gemela ocurrió pocos meses antes de la muerte de Lizzie en 1891. Fue una de las súplicas más conmovedoras de todo su ministerio. Desafortunadamente, parece que no obtuvo resultado. En el capítulo 14 lo veremos en detalle. Mientras tanto, apartaremos nuestra atención de la familia paterna de Elena G. de White y la dirigiremos al hogar que ella y Jaime fundaron.



Asuntos  
familiares



*Segunda parte*





# Capítulo 7

## Matrimonio

UN JUEZ de paz casó a Jaime White y a Elena G. Harmon en Portland, Maine, el 30 de agosto de 1846, aunque nadie habría podido predecir esa unión unos meses antes. De hecho, Jaime escribió en octubre de 1845 que el matrimonio era “una artimaña del diablo” y que una pareja adventista que anunciase matrimonio “negaba su fe” en el próximo regreso de Jesús (*Day Star*, 11 de octubre de 1845). Más tarde afirmó que ese punto de vista era compartido por la “mayoría de nuestros hermanos”, pues “tal decisión pareciera contemplar años de vida en este mundo” (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 126).

Usted se preguntará qué causó un cambio tan radical en sus puntos de vista. La respuesta es que a finales de 1845 y principios de 1846, Jaime y Elena se dieron cuenta que el tiempo que pasaría antes del retorno de Cristo sería más largo de lo que habían pensado en un principio; y que mientras tanto, ella tenía una obra especial de advertencia que cumplir ante los creyentes. En consecuencia, ella comenzó a viajar más frecuentemente para presentar su mensaje. Pero esto trajo un problema. No podía viajar sola, y ninguno de los varones de la familia podía acompañarla. Se presentó una solución temporal cuando un joven ministro de nombre Jaime

White se ofreció a acompañarla junto a una o dos damas más. El arreglo, sin embargo, la hizo objeto de críticas. Al final, según cuenta Elena, Jaime dijo que “debía marcharse y dejarme ir con quien yo pudiera, o nos casábamos. Dijo que había que hacer algo. Así que nos casamos” (*Manuscrito 131*, 1906).

Esta solución pragmática complació a ambos, y al mismo tiempo contribuyó al progreso de su misión. Jaime comenta que “Dios tenía una obra para ambos, y vio que podíamos asistirnos grandemente en esa obra. Ella tenía que presentarse ante el público y necesitaba un protector. Por otra parte, al haber sido escogida por Dios como una fuente de luz y de verdad para las personas, sería de gran ayuda para mí” (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 126).

#### UNA RELACIÓN SANA

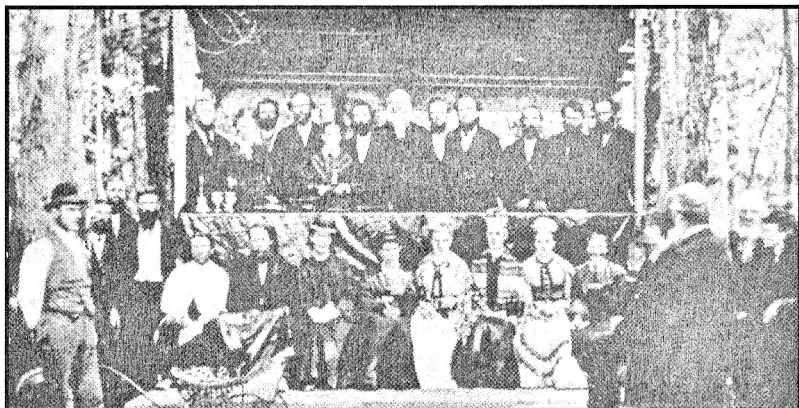
Jaime y Elena se amaron y apreciaron mucho durante su vida de casados, dando todo de sí por ayudarse y confortarse mutuamente. Pero, igual que toda relación entre dos seres humanos, distaba de ser perfecta y no dejaba de tener problemas. La mayoría de nosotros podría identificarse fácilmente con las alegrías y tristezas de su vida matrimonial.

Compartieron una relación muy tierna, que encontró su expresión natural en la correspondencia que se enviaban. A comienzos de octubre de 1860, solo tres semanas después del nacimiento de su cuarto hijo, Elena le escribió a Jaime (que se había marchado hacía unos días a un compromiso): “Puedes estar seguro de que echo de menos tus pequeñas visitas a mi habitación, pero el saber que estás haciendo la voluntad de Dios me ayuda a sobrellevar la falta de tu compañía” (*Carta 10*, 1860). Unos días después le contaba que su nuevo hijo pesaba cinco kilos y que su salud estaba mejorando. “Pero”, añade, “tu lugar en la mesa sigue vacío” (*Carta 12a*, 1860).

El 19 de noviembre se regocijaba al saber que su ausencia estaba por terminar. “En una semana regresas. Estaremos muy contentos de tenerte en casa otra vez”. La carta continúa contando que el bebé estaba gordo y sano, que pesaba casi siete kilos y que prometía ser un “niño muy fuerte”. Luego, la cuidadosa madre añade: “Te voy a contar algo: come tanto que te va a costar mantenernos a los

dos [...]. Mi apetito es bueno, y la comida me sienta bien” (*Carta 14*, 1860).

Pero, aparte de la ternura que se expresaban, ambos se admiraban mutuamente como personas. En 1874 le escribió a Jaime: “Tengo en alta estima tu capacidad” (*Carta 41*, 1874). Años después de su muerte, afirmó: “Es el mejor hombre que jamás anduvo con un par de zapatos de cuero” (*Manuscrito 131*, 1906). Hacia el final de su vida, él escribió que Elena había sido su “corona de alegría” (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 125).



CORTESÍA DE LA FUNDACIÓN ELLEN G. WHITE

*Elena G. de White con los presentes en el estrado del congreso adventista al aire libre de Eagle Lake, Minnesota, en 1875 o 1876*

Ellos se admiraban mutuamente tanto como personas, como por su obra por la causa de Dios. Juntos, formaron un equipo y trabajaron armoniosamente durante su relación. Refiriéndose a su ministerio conjunto, Jaime escribió: “Nuestras reuniones se hacían habitualmente de tal manera que ambos participábamos. Yo daba una charla doctrinal; y después la Sra. White, haciendo uso de su estilo, realizaba una exhortación más amplia en la que tocaba los corazones de la congregación [...]. Aunque yo presentaba las evidencias y sembraba la semilla, a ella le tocaba regarla. Y Dios la hacía crecer (*ibíd.*, pág. 127).

Al comentar acerca de sus responsabilidades literarias, Elena dijo: “Mientras vivió mi esposo, él actuó como ayudante y consejero

en el envío de los mensajes que me eran dados. Viajamos mucho. A veces se me daba luz durante la noche, a veces durante el día delante de grandes congregaciones. La instrucción que recibía en visión era fielmente redactada por mí cuando tenía tiempo y vigor para esa obra. Después examinábamos juntos el asunto. Mi esposo corregía los errores gramaticales y eliminaba repeticiones innecesarias. Entonces era cuidadosamente copiado para las personas a quienes iba dirigido o para el impresor” (*Mensajes selectos*, tomo 3, pág. 99).

De modo que Jaime y Elena no solo vivían juntos, sino que trabajaban juntos. Casi siempre estaban de acuerdo en la mayoría de los asuntos. Cuando no era así, solían darse la libertad de seguir sus propias convicciones.

Elena, sin embargo, era consciente de la necesidad de ser comprensivos el uno con el otro. El 6 de junio de 1863, por ejemplo, escribió: “Se me mostraron algunas cosas en relación a nuestro matrimonio [...]. Vi que ninguno de los dos comprendía la profundidad y la agudeza de las pruebas del corazón del otro. Cada corazón es particularmente sensible; por lo tanto, cada uno debe tener especial cuidado en no causarle ninguna tristeza o prueba al otro. Vendrán pruebas, pero fortalecidos en el amor mutuo, con profunda comprensión mutua, y unidos en la obra del Señor, podremos resistir con nobleza y fidelidad. Si las soportamos, las pruebas solo serán para bien” (*Manuscrito 1*, 1863).

### HASTA LOS MEJORES MATRIMONIOS TIENEN PROBLEMAS

Quienes lo han experimentado, saben que hasta un buen matrimonio tiene sus momentos difíciles. Esto se acentúa más si las partes tienen personalidades independientes y cada uno tiene una posición de responsabilidad. En esto, el matrimonio de Jaime y Elena fue como los demás. Ellos también tuvieron sus momentos difíciles y la oportunidad de aprender que las “pruebas” desarrollan la “paciencia” (ver Romanos 5:3).

Sin embargo, más allá de las preocupaciones y tensiones que puede haber vivido, la relación de los White tuvo su propia configuración de dificultades. Una de ellas fue que su hogar no siempre ofreció la privacidad que toda pareja necesita. Esto fue especialmente cierto durante sus primeros años de casados, cuando su casa ten-

dió a ser una especie de “gran estación central” para los trabajadores adventistas que trabajaban con ellos o que se encontraban de paso. El período de Battle Creek también tuvo sus problemas particulares. Con Jaime como líder de la denominación y Elena desempeñando su papel profético, resultaba extremadamente difícil encontrar el espacio y el descanso que ambos necesitaban como individuos y como pareja. Esta fue una de las razones por la que su refugio de Colorado resultó tan importante. Según nos cuenta Elena, cuando consideraron comprar una granja al norte de las colinas de California, buscaban “contar con un lugar de retiro en donde pudiésemos salir de casa sin ser vistos por nuestros vecinos” (*Carta 40, 1877*). El asunto se convirtió en un dilema entre su sentido del deber de estar en Battle Creek, el gran centro de la iglesia adventista, y su necesidad de escapar de las presiones del lugar.

Pero además de la necesidad de descanso y privacidad, la relación de los White sufrió también los efectos de la mala salud de Jaime desde 1865 hasta su muerte en 1881. Durante este período, experimentó hasta cinco episodios de apoplejía, siendo el primero muy grave.

Elena había aconsejado repetidamente a Jaime que se tranquilizara, pero él era un individuo de un talento y una energía tremendos y nunca tuvo las fuerzas para hacerlo, pese a saber que debía. Tenía lo que conocemos hoy como tendencias de “adicción al trabajo”. Su energía y dedicación fundamentaron cada rama de los programas del adventismo, incluyendo la administrativa, las publicaciones, la médica y los sistemas educativos. Sin su empuje y liderazgo, no existiría la Iglesia Adventista del Séptimo Día como hoy la conocemos. Pero la consecuencia de su exceso de trabajo fue que a los 44 años ya había desgastado su cuerpo, y se encaminó hacia su primera apoplejía con parálisis.



ACR. TESIA DE LA FUNDACION ELLEN G. WHITE

*Jaime White predicando con una lámina*

Esta circunstancia, aunada a su incapacidad de confiar en los demás, tomarse las cosas con calma y delegar su autoridad, marcaron el resto de sus días. Los problemas que habían surgido durante sus primeros años se pronunciaron después de 1865. Jaime comenzó a sufrir de depresiones recurrentes, se volvió desconfiado y en ocasiones hacía afirmaciones o acusaciones sin sentido. Esto afectó la relación con sus colegas y con su familia. Sin embargo, a pesar de sus problemas periódicos, continuó haciendo grandes contribuciones a la denominación y alcanzaba más logros que tres o cuatro hombres juntos. Aunque en cierto sentido todo lo que hacía era bueno, su incapacidad de aplacar su ritmo de trabajo agravó algunos de los rasgos que en ocasiones perturbaban sus relaciones.

La convicción de que los mensajes de su esposa provenían de Dios no siempre lo ayudaba en su actitud hacia ella. Ocasionalmente, ella tenía palabras duras para él en relación a ciertos asuntos, como la manera en que sus desmedidos hábitos de trabajo le hacían daño, o cómo él dejaba que su desconfianza y su depresión mermaran su rendimiento (ver *Cartas* 40, 40a, 34, 38, 1874). Es normal que haya momentos en que los hombres rechacen los consejos de sus esposas. Jaime White no fue la excepción.

Una fuente adicional de problemas era el trato que le daban a Edson, su hijo mayor sobreviviente, quien (como veremos en el próximo capítulo) tenía serios problemas. Jaime tomó una actitud dura hacia su hijo, negándose a ayudarlo a salir de sus aprietos. Elena, por otra parte, mostraba una actitud más conciliadora que molestaba a su esposo. En una ocasión bromeó: "Tu madre se ve a gusto y tranquila. No tengo dudas de que durante la ausencia de Edson lo pasaremos espléndidamente" (Jaime White a Guillermo C. White, 7 de junio de 1876).

Los momentos más tensos en su relación se dieron en 1874 y 1876. En ambos casos, Jaime se volvió desconfiado y exigente. Elena sentía que la estaba subestimando y que le restaba actitudes hacia su trabajo, lo que interfería con el deber hacia Dios que ella tenía. Perpleja, pues él siempre había sido la principal fuente de apoyo para su obra y sus deseos, encontraba difícil entender los cambios que habían ocurrido en él a causa de sus episodios de apoplejía. "No he perdido mi amor hacia mi esposo", le escribió a su

mejor amiga (Lucinda Hall), "pero hay cosas que no logro explicar" (*Daughters of God*, pág. 271). Una semana antes le había confesado "no puedo sino temer al cambiante humor de Jaime, a su susceptibilidad, sus censuras, la manera en que me juzga" (*ibíd.*, pág. 267).

En el momento en que expresó esos sentimientos, Jaime se encontraba en el este asistiendo a congresos al aire libre y sesiones directivas. Ella, por su parte, escribía en California acerca de la vida de Cristo. Él la había presionado repetidamente para que fuese a trabajar con él, pero ella sentía que era la voluntad de Dios quedarse donde estaba. "Si voy al este", le confiaba a Lucinda, "la felicidad de Jaime podría convertirse en quejas y fricciones. Estoy completamente insatisfecha con la situación, y no voy a ir a donde exista el menor riesgo de que eso ocurra [...]. Debo trabajar como Dios lo desea [...]. Dios, en su misericordia, nos ha dado una obra individual a cada uno, y la haremos separadamente. Él está feliz. Yo estoy feliz. Y esa felicidad podría cambiar si nos juntamos [...]. Gran parte de la utilidad de mi vida se ha perdido [...]. No puedo confiar en el juicio de Jaime en relación a mis deberes. Él pareciera querer dictar lo que debo hacer, como si yo fuese una niña" (*ibíd.*, págs. 266, 267).

Dos días después le escribió de nuevo a Lucinda. "No me atrevo a partir al este sin estar segura de que Dios quiere que vaya. Estoy absolutamente dispuesta a ir si hay luz en esa dirección, pero el Señor sabe qué es lo mejor para mí, para Jaime y para la causa de Dios. Mi esposo ahora está feliz, bendita noticia [...]. Si mi presencia es una traba para su felicidad, que Dios no permita entonces que entre en contacto con él. Yo haré mi obra como Dios me lo indique. Él puede hacer la suya como Dios se lo indique. No interferiremos en nuestros caminos [...]. No creo que mi esposo realmente desee mi sociedad [...]. Me culpa de una buena parte de su infelicidad" (*ibíd.*, pág. 268).

"Creo", le escribió a Lucinda unos días después, "que él estaría satisfecho si tuviera el control absoluto de mí, alma y cuerpo, pero eso no es posible. A veces pienso que no está en sus cabales, pero no sé. Que Dios muestre, dirija y guíe. Su última carta me ha decidido a quedarme de este lado de las montañas" (*ibíd.*, pág. 269).

Jaime, en medio de este dilema, pensaba igual que Elena. "Mientras pueda hacerlo", escribió él, "usaré la misma buena cabeza

que Dios me ha dado, hasta que me muestre que estoy equivocado. Tu cabeza no encaja sobre mis hombros, así que mantenla donde debe estar y yo trataré de honrar a Dios usando la mía. Me alegrará mucho saber de ti, pero no malgastes tu precioso tiempo y tus energías sermoneándome acerca de mis opiniones” (*ibíd.*, pág. 270).

Por otra parte, él también descargaba sus frustraciones sobre Guillermo. “He leído la carta de tu madre. Ella puede ir a California y encontrarse con todos los familiares que quiera. Pero espero cambios radicales antes de irme. Si tu madre dejara de culparme cada vez que Edson me ofende, y tomara una actitud firme por lo que es justo, tal vez yo consentiría en vivir en el mismo estado en el que vive Edson. Pero hasta que yo no vea un cambio radical, tanto en Edson como en ella, no espero ir a California. No pienso pedir la más mínima disculpa por mi actitud hacia él el invierno pasado [...]. Y, no obstante, tu madre me echó la culpa durante varias semanas. Estoy completamente convencido de mis puntos de vista y ella de los suyos. Así que, probablemente, este otoño ella vaya a California con sus amigas y yo a Texas” (Jaime White a Guillermo C. White, 7 de junio de 1876).

Como seres humanos, Elena y Jaime pueden haber tenido sus diferencias y conflictos, pero no hay duda de que como cristianos eran muy dedicados el uno al otro. El Espíritu Santo tocó el corazón de Elena y le escribió una cuarta carta a Lucinda, esta vez en un tono muy diferente. “*Lamento haber escrito las cartas que te envié.* Cualesquiera que hayan sido mis sentimientos, no debí haberte importunado con ellos. *Quema todas mis cartas,* y no te hablaré más de los asuntos que me confunden. El Redentor es mi refugio. Él me ha invitado a acudir a él en busca de reposo cuando el cansancio y las cargas son pesados. De ahora en adelante, no volveré a articular palabra alguna, sean cuales sean las circunstancias” (*Daughters of God*, pág. 271; la cursiva es nuestra).

Estamos agradecidos a Lucinda por no haber quemado las cartas. Éstas nos muestran una faceta de Elena G. de White que no habríamos podido obtener de otra manera.

Sin embargo, Elena no solo le escribió cartas de este tipo a Lucinda, sino también a Jaime. “Me entristece sobremanera”, le dijo, “haberte dicho o escrito cosas que te afligieran. Perdóname. En



adelante, tendré cuidado de no tocar ningún tema que te moleste o angustie [...]. Tal vez yo no vea las cosas como tú las ves, y no creo que mi posición o mi deber sea forzarte a aceptar mi punto de vista o hacer que sientas lo mismo que yo. Perdóname por las veces que he hecho esto.

“Deseo un corazón humilde y un espíritu paciente y tranquilo...

“No pretendo ser infalible, ni mucho menos tener perfección de carácter cristiano. No estoy libre de errores en mi vida. Si hubiese seguido más de cerca a mi Salvador, no tendría que lamentar tanto mi falta de semejanza a su amada imagen” (*ibíd.*, pág. 272).

Jaime White también se disculpó, pero acordaron trabajar separados el resto del verano a menos que el Señor les indicase lo contrario. Esto último debe haber sucedido, pues un par de semanas después ella estaba a su lado en el congreso al aire libre de Kansas. Aquel verano participaron en catorce congresos al aire libre. En diciembre ella terminó su escrito en Battle Creek.

#### VIUDEZ Y AÑOS POSTERIORES

Las tensiones de 1876 no fueron las primeras ni las últimas. Como todo matrimonio, tuvieron que atravesar por momentos de irritación, frustración y enfermedades. Pero, al igual que muchos otros matrimonios de éxito, el de ellos estaba sazonado con un ingrediente especial: la gracia de Dios.

Jaime murió el 6 de agosto de 1881, dos días después de su sexagésimo cumpleaños. Dos semanas antes de esa fecha, había tenido una premonición de su muerte. En ese momento, le confesó sus errores a Elena y le pidió perdón por “cada palabra o acto que te haya causado dolor. No debe haber nada que impida nuestras oraciones. Todo debe estar bien entre nosotros, y entre nosotros y Dios” (*In memoriam: A Sketch of the Last Sickness and Death of Elder James White*, pág. 47).

Elena lo extrañó profundamente. Cinco semanas después de la muerte de Jaime, buscó un poco de tranquilidad en su cabaña de Colorado. “Extraño cada vez más a tu padre”, le dijo a Guillermo. “Aquí en las montañas siento especialmente su pérdida. Es muy distinto estar aquí en las montañas con mi esposo y [ahora] en las montañas sin él. Creo que mi vida estaba tan entre-

lazada con la suya, que me va a ser imposible sentirme útil sin él” (Carta 17, 1881).

Dieciocho años después escribió: “¡Cuánto lo echo de menos! ¡Cómo anhelo sus palabras de consejo y sabiduría! ¡Cómo anhelo escuchar sus oraciones mezcladas con mis oraciones para pedir luz y dirección, para pedir sabiduría a fin de saber cómo planificar la obra!” (Mensajes selectos, tomo 2, pág. 296). Para ella, él nunca dejó de ser, como escribió en 1906, “el mejor hombre que jamás ha usado un par de zapatos de cuero” (Manuscrito 131, 1906).

S. N. Haskell predicó en el funeral de Jaime en Battle Creek. Haskell tuvo el privilegio de ser la persona que recibió más cartas de Elena G. de White, fuera de la familia de Elena. Aparte de eso, fue el único hombre que sabemos le propuso matrimonio a la viuda Elena. Ella lo rechazó, alegando que no sería conveniente para su obra literaria que tomara otro apellido, además de que contaba con Guillermo para su cuidado hasta que el Señor viniese o ella terminase su obra (H. C. Lacey a A. W. Spaulding, 2 de abril de 1947).

“Desde hace veintiún años, cuando fui privada de mi esposo por la muerte, no he tenido la más remota idea de casarme de nuevo. ¿Por qué? No porque Dios me lo haya prohibido. No; sino porque el estar sola era lo mejor para mí, para que nadie sufriera junto conmigo en la ejecución de mi obra que el Señor me confiara. Y nadie debe tener el derecho de influir en mí de manera alguna en cuanto a mi responsabilidad y a mi obra en la presentación de mi testimonio de ánimo y reproche” (Mensajes selectos, tomo 3, pág. 73).

## Capítulo 8

# Elena G. de White como madre

**C**UANDO LA GENTE piensa en Elena G. de White, piensan en la escritora, la predicadora, o la dirigente profética de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Pero muy pocos se han detenido a estudiar sus actividades diarias como madre. Ella fue una madre dedicada a sus cuatro hijos: Enrique (Henry, n. 1847), Jaime Edson (James Edson, n. 1849), Guillermo (William, n. 1854), y Juan Heriberto (John Herbert, n. 1860).

Su papel de madre fue central durante su existencia. Ella deseaba que su hogar fuera “el más placentero de todos” para sus hijos (*Review and Herald*, 27 de febrero de 1936).

### DEDICADA A SUS HIJOS

La Sra. White amaba profundamente a sus hijos y los guiaba en todas sus actividades. Pero, como era de esperarse, su principal preocupación se centraba en su vida espiritual. Esta preocupación resuena como un estribillo a través de la extensa correspondencia que mantuvo con ellos. “Muchas veces me pregunto”, le escribió a Enrique y a Edson en 1858, “¿estarán mis queridos hijos en el reino?” (*An Appeal to the Youth*, pág. 43).

Un año después le aconsejaba a Enrique: “Acuérdate de Dios en tu juventud. Ríndele una vida dispuesta, de alegre obediencia. Cuenta tus deseos al Señor y arrepiéntete sinceramente de tus pecados. Busca su perdón de todo corazón [...]. Él te bendecirá y te dará la dulce evidencia de su aceptación. Él te amará con un amor mayor que el de un padre o una madre. Queremos que seas feliz y que estés entre los redimidos” (*ibíd.*, pág. 48).

Su preocupación por su vida espiritual incluía una buena dosis de moral *al mejor estilo materno*. “Guillermo”, le escribió cuando apenas tenía 6 años, “debes ser un niño bueno. Debes vencer el espíritu de la impaciencia. Ser impaciente es no poder esperar, querer todo al momento. Debes decirte a ti mismo, *esperaré* [...]. Guillermo, si quieres ser feliz, debes saber dominar tu espíritu. Sé obediente a Jenny, ama a tus hermanos y obedece durante el día. El Señor te amará y todos te amarán (*ibíd.*, págs. 60,61).

A sus hijos mayores les escribió: “No den cabida a sentimientos quejumbrosos o crueles. Recuerden que [...] nada está oculto del ojo de quien todo lo ve [Dios]. Las buenas acciones y los buenos pensamientos serán recordados en el cielo [...]. No olviden, queridos hijos, que las malas acciones son fielmente registradas y traerán castigo a menos que haya arrepentimiento, confesión y limpieza por medio de la sangre expiatoria de Jesús” (*ibíd.*, pág. 58).

En una gran cantidad de cartas, ella hizo uso de cada arma de su arsenal para guiar a sus hijos por el sendero correcto. Aunque algunas de ellas, como la carta citada, parecieran sugerir cierta forma de legalismo, el tenor general de sus escritos deja claro que Dios ama incluso a los pecadores y que nadie puede ser obediente sin amar primero a Jesús. Sin embargo, como la mayoría de los padres, Elena utilizó cada herramienta a su disposición para dirigirse a las mentes de sus hijos, a fin de que pudieran desarrollar su entendimiento y seguir el buen camino. En sus cartas se expresa más como una madre desesperada que como una teóloga rigurosa. A pesar de ello, la teología adecuada nunca faltaba del centro de sus consejos, tal como lo vemos en el ejemplo citado. La carta continúa diciéndolo que “existe alguien que ha prometido escuchar al necesitado cuando llora. Busquen a Dios cuando estén tentados a hablar o actuar mal. Pídanle fortaleza y él se la dará. Él dirá a sus ángeles:

‘Hay un pobre niño tratando de resistir el poder de Satanás y me ha pedido ayuda. Yo lo ayudaré. Vayan junto a él’” (*ibíd.*, págs. 58, 59).

Aunque tal vez Elena G. de White no haya aconsejado a sus hijos con lo que podría considerarse un lenguaje teológico perfecto, ellos sabían que los amaba y que tenía un intenso deseo de su bienestar, especialmente de su salvación eterna.

Elena G. de White no solo se preocupaba de las necesidades espirituales de sus hijos, sino también de sus necesidades físicas y mentales, tal y como lo vemos reflejado en una carta que le envió a Edson en 1866. “Te he tejido ropa cómoda para el invierno”, escribió, “que te envío por medio del hermano Loughborough. Espero que te dé tanto placer usarla como a mí me lo dio hacerla. Me he acostado tarde y levantado temprano, antes de que todos se levanten, para trabajar en ella. Mis oraciones para que puedas estar vestido con el manto de justicia de Cristo se encuentran cosidas en estas prendas” (*Carta 5*, 1866).

A la Sra. White le encantaba pasar tiempo con sus hijos. En ocasiones leían o trabajaban juntos en el huerto, pero independientemente de la actividad, ella siempre buscaba tiempo para ellos cuando estaba en casa.

No obstante, a pesar de todo el cuidado y las lecciones de amor que sus padres les daban, los hijos de Jaime y Elena seguían siendo niños. Esto significaba que de vez en cuando el castigo estaba a la orden del día, incluso para Guillermo, quien se portaba mejor que todos. Cuenta Guillermo que a sus tres años sucumbió a la tentación de participar en los cantos de sus padres y sus amigos, después que su madre lo había llevado a dormir. Cuando su voz se unió a la de ellos desde su habitación, despertó las risas de los visitantes. Este apoyo tácito le dio más bríos para regresar en pijama a unirse a los que cantaban en el salón. Jaime lo agarró y lo metió en la cama. A los pocos minutos estaba afuera, pero fue devuelto con la orden firme de permanecer allí. Sin embargo, pronto hizo una tercera aparición, en la que, según cuenta él mismo, “mi padre me hizo cruzar la cocina, hacia los escalones de atrás, colocó su pie izquierdo en la baranda, me puso sobre su rodilla y me dio tal zurra que nunca la olvidaré” (Guillermo C. White, *Manuscrito* “Memorias del hogar en Wood Street”).

Guillermo también recuerda unos cuantos castigos severos de parte de su madre. De adulto, escribió que “la disciplina familiar de mi padre y mi madre era amorosa pero firme” (*Review and Herald*, 13 de febrero de 1936). Da la impresión que los castigos de Jaime eran un poco más fuertes que los de su esposa. En 1862, cuando Enrique y Edson tenían ciertos delirios de alistarse en el ejército al comienzo de la Guerra Civil de los Estados Unidos, Jaime rompió el tambor de Enrique con un hacha. Enrique, de dieciséis años, estaba tan furioso, que le prometió a sus hermanos que se iría lejos para alistarse como tamborilero (ver el *Battle Creek Enquirer*, 30 de octubre de 1932).

Más o menos por esa época, Elena escribió acerca de su situación y la de Jaime: “Hemos estado en peligro de exigir de nuestros hijos una experiencia más perfecta de lo justificado por su edad [...]. Nuestros hijos nos aman y pueden ser razonables. La bondad tiene una influencia más poderosa que los regaños severos [...]. Nuestras palabras y hechos debieran ser siempre perfectamente razonables para nuestros hijos, para que su reflexión no se amargue con palabras duras o dichas de manera áspera. Esto deja una herida en sus espíritus que destruye su amor por sus padres y la influencia de sus padres sobre ellos” (*Manuscrito* 8, 1862).

Elena G. de White estaba convencida de que los adultos nunca debían disciplinar a sus hijos “en una forma que sientan que los habéis castigado con ira” (*Conducción del niño*, pág. 228). Ésa pareció ser la norma que ella aplicó durante su vida. “Nunca”, escribió, “permití que mis hijos pensaran que podían molestarme en su niñez [...]. Cuando se agitaba mi espíritu o cuando me parecía que iba a perder los estribos, decía: ‘Niños, dejemos esto en paz ahora; no diremos nada más de esto ahora. Lo trataremos otra vez antes de acostarnos’. Teniendo todo ese tiempo para reflexionar, al anoecer se habían aplacado y yo podía tratarlos muy bien”. Después que todos se habían calmado, cerraban la experiencia con una oración (*ibid.*, pág. 237). No es de extrañar entonces que Guillermo afirmara en su madurez que la orientación que recibieron de su madre, aunque firme, era tan amorosa que no les quedaban deseos de resistirse.

Además de tener que aplicar la disciplina como rutina, la familia White también tuvo su ración de tragedias. En mayo de 1856

estuvieron a punto de perder al pequeño Guillermo, de 21 meses, quien se encontraba jugando a los barquitos empujando un palito de madera en un lago imaginario en una cubeta grande llena de agua sucia de fregona. La cocinera lo dejó solo por unos minutos para ir al jardín por madera; y, cuando regresó, encontró un pie saliendo del agua. Ella alzó el cuerpo, aparentemente sin vida y comenzó a gritar “¡Se ha ahogado! ¡Se ha ahogado!”

Elena le arrancó al niño de los brazos, le desgarró la ropa y comenzó a rodarlo en la grama del jardín frontal de la casa, mientras el agua le salía por la nariz y la boca. Los vecinos comenzaron a acercarse mientras prosiguió durante quince minutos el frenético rodar (forma anticuada de respiración artificial). Las personas comenzaron a gritarle a Elena que sus esfuerzos eran inútiles. Una mujer dijo, “¡Qué terrible es verla manoseando a ese niño muerto! ¡Qué alguien aparte ese niño muerto de ella!” Jaime respondió que ese era su hijo y que ella podía rodarlo cuantas veces quisiera. Finalmente, al cabo de veinte minutos, el niño dio unas leves señales de vida. El perseverante amor de la madre había sido recompensado (*Spiritual Gifts*, tomo 2, págs. 207, 208; *Review and Herald*, 9 de enero de 1936).

Pero no todas las tragedias tuvieron un final feliz. Jaime y Elena perdieron dos de sus cuatro hijos en un período de tres años. Ellos sí que entendían lo que era sufrir. El pequeño Juan fue el primero en partir. Nació el 20 de septiembre de 1860 y murió el 14 de diciembre del mismo año. “Mi querido bebé,” escribió Elena, “sufrió mucho. Durante 24 días y noches velamos ansiosamente sobre él [...]. A veces no podía controlar mis sentimientos al verlo sufrir. [...] Al sentir su respiración trabajosa y la falta de pulso, supe que moriría. [...] Seguí su respiración débil y entrecortada hasta que cesó [...]. Me dolía el corazón como si se me fuera a quebrantar”. Sus padres lo sepultaron en el cementerio de Oak Hill en Battle Creek, donde “lo dejamos hasta que el Dador de la vida venga para quebrantar las cadenas de la tumba y llamarlo a la vida inmortal” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 1, págs. 223, 224).

Tres años más tarde, los White estarían nuevamente de luto. Esta vez era Enrique, quien moría de neumonía el 8 de diciembre de 1863, a la edad de 16 años. “Cuando nuestro dulce cantor fue llevado a la tumba y ya no pudimos escuchar más sus canciones en la



Enrique White antes de su muerte

mañana, nuestro hogar quedó muy solitario” (*Notas biográficas*, pág. 183).

Afortunadamente, la vida cristiana de Enrique se había renovado en su último año. Sin embargo, él se lamentaba profundamente de que su propio ejemplo en Battle Creek no siempre hubiese sido el mejor. “¡No tomen mi vida como ejemplo!”, escribió. “Exhorto a mis amigos a que no permitan que los placeres o los logros del mundo eclipsen el amor del Salvador. Recuerden que el lecho de muerte es un lugar pobre, dispuesto para prepararnos para nuestra herencia en la vida segunda. Inviertan sus

días sirviendo al Señor. Adiós” (*An Appeal to the Youth*, pág. 28).

Enrique pidió a su madre que lo enterraran “al lado de mi hermanito Juan Heriberto, para poder levantarnos juntos la mañana de la resurrección”. “El cielo es dulce” fueron sus últimas palabras (*ibíd.*, págs. 26, 31).

Con la pérdida de dos de sus hijos, Elena G. de White experimentó lo que es el sufrimiento. Estas circunstancias la ayudaron a desarrollar una empatía especial hacia el prójimo.

#### UN HIJO DESCARRIADO Y LA PENA DE UNA MADRE

Además del llanto derramado sobre las tumbas de sus hijos, Elena también le tocó luchar con otro hijo que parecía estar inclinado a hacer el mal. Parece que Jaime Edson fue problemático desde un principio. Ella contaba a una amiga en 1854: “Tú conoces a Enrique. Bien, Edson [a los cinco años] tiene más vida e ímpetu que Enrique, así que entenderás cómo estoy de ocupada” (*Carta 5*, 1854).

La energía de Edson no habría sido un problema si no la hubiese canalizado en la dirección errónea. Las exhortaciones dirigidas a Edson llenaron su correspondencia a través de las décadas. En 1865, por ejemplo, le escribió a un Edson de dieciséis años que su “tendencia a desobedecer” y sus mentiras le causaban tanta angustia que

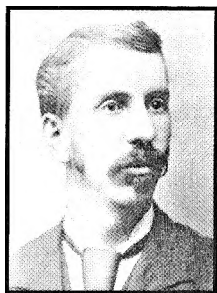


## Elena G. de White como madre

la hacían infeliz. “No solo eres desobediente, sino que haces que Guillermo [cinco años menor] también lo sea. Una espina se ha clavado en mi corazón desde que me di cuenta que no se puede confiar en ti [...]. Una tristeza inexpressable embarga nuestras mentes en relación a tu influencia sobre Guillermo [...]. Hemos notado que tu influencia está afectando al noble y veraz Guillermo. Tú haces cosas indebidas y luego le pides que guarde el secreto. Cuando se le cuestiona, él evade la pregunta respondiendo ‘No sé’, cuando en realidad sí sabe. Lo induces a mentir, a fin de mantener ocultos tus preciados y acariciados proyectos [...]. Ah, Edson, el saber todo esto está acabando conmigo y me está desanimando de tal manera que voy a tener que dejar de trabajar para la causa de Dios [...]. Tienes tan poco sentido del verdadero valor del carácter. Te veías más satisfecho en compañía de Marcus Ashley que de Guillermo, tu propio hermano inocente [...]. Él es un tesoro, y Dios lo ama, pero me temo que tu influencia lo arruinará. ¡Mi pobre Guillermo! No veo otra opción para nosotros que dejar de viajar y hacer lo que sea para salvar a nuestro hijo” (*Carta 4*, 1865). Las comparaciones con el “buen” Guillermo en esta carta, así como en muchas otras, herirían el corazón de Edson por el resto de su vida.

“Cuando te hablo”, le escribió tres años después, “pareces distante, como si mis palabras fueran vanas”. Pero Edson no solo era mentiroso y desobediente, sino también vanidoso. Una vez se compró un abrigo de 26 dólares (el equivalente a un mes de salario para un trabajador de la época) “solo para ir a la oficina [de la Review and Herald Publishing Association]”. Según Elena, su vanidad los afectaba como padres, pues la gente opinaba que les faltaba buen juicio (*Carta 15*, 1868). Edson fue un rebelde incluso en la iglesia, donde “se recuesta en una posición cómoda y se duerme, cuando debería estar escuchando la instrucción dada de la Palabra de Dios” (*Carta 21*, 1861).

Cuando Edson planteó casarse en 1869, Elena



Jaime Edson White y su esposa Emma

le aconsejó: "Tu padre se lamenta por ti. Ambos estamos perplejos, sin saber qué decir o hacer con tu caso. Ambos opinamos igual. Todavía no estás listo para tener una familia, porque tu mentalidad es aún la de un niño. En tu comportamiento eres un niño". Pero, a pesar de la desesperanza que sentía, no dejaba de abogar por él. "Querido y amado hijo", le escribió, "mi corazón sangra por ti. No puedo rendirme" (*Carta 6, 1869*).

Y no lo hizo. Decenas, por no decir cientos de súplicas le fueron enviadas a través de los años, muchas muy emotivas. Pero el 21 de junio de 1893, el pródigo hijo de 43 años recibió una carta manuscrita de su madre radicada en Australia, con una nota escrita en la parte superior: "Edson, por favor léela cuidadosamente. No la pongas a un lado ni la quemes". En la postdata le pedía que la disculpara por haber escrito la carta con sus "garabatos", pero "no quise ponerla en manos del mecanógrafo" (*Carta 123, 1893*).

La carta vino en respuesta a otra que él le había escrito a ella en mayo. En ella, él afirmaba que no era cristiano, que se sentía resentido de Guillermo, y decía que no tenía "por el momento, la más mínima inclinación religiosa", que estaba pensando en apartarse del adventismo, y que, como muestra de rechazo hacia su hermano y la iglesia, había comenzado a vivir más imprudentemente (Jaime Edson White a Elena G. de White, 18 de mayo de 1893). Como él había hecho con anterioridad al menos un alarde exterior de religiosidad de vez en cuando, las declaraciones de Edson casi la aplastaron. Se sintió abatida, pues se estaba apartando deliberadamente de todo lo que ella se había esforzado en enseñarle.

En su extensa respuesta del 21 de junio, ella describe una escena *que se presentó delante de ella*: "Tú y cuatro hombres más estaban en la playa. Parecías descuidado, despreocupado, pero en gran peligro [...]. Las olas golpeaban cada vez más cerca, para volver a enrollarse con un fuerte bramido. Los ansiosos personajes que te observaban hacían gestos y daban advertencias; en respuesta, te mostrabas presuntuoso. Alguien puso su mano en mi hombro. '¿Sabías que es tu hijo Edson? Él no puede escucharte, pero sí puede observar tus movimientos. Dile que venga de una vez por todas. Él no desobedecerá la voz de su madre'. Yo extendí mis manos e hice todo lo posible por advertirte. Grité con todas mis fuerzas, ¡no hay tiempo que

perder! ¡La resaca! ¡La resaca! Sabía que una vez que estuvieras dominado por la traicionera resaca, ningún poder humano podría liberarte. Fue dispuesta una fuerte soga y atada firmemente alrededor del cuerpo de un fornido joven que se aventuró a arriesgar su propia vida para salvarte. Sin embargo, parecías burlarte de todo el asunto. Pude ver a la inmisericorde resaca engullirte y cómo batallabas contra las olas. Me desperté como escuchando un terrible alarido tuyo. Oré más fervientemente por ti, me levanté y ahora te escribo estas líneas”.

Su intensa carta surgió a raíz de su afirmación del 18 de mayo de que él no tenía “la más mínima inclinación religiosa”. Ella no podía afirmar, le dijo, que “si mis hijos no se salvan, no me importa salvarme... ¡No! ¡No! He contemplado la felicidad, el gozo y la gloria de los bendecidos”. “A veces”, le decía, veo “cuán inútiles han sido mis esfuerzos en relación a tu bienestar. Entonces me postro por casi noches enteras, examinando cada acción en la que pensaba estaba haciendo lo correcto, y me critico a mí misma, a fin de entender dónde está el error”. Según nos cuenta, los detractores que ella tenía lo señalaban y decían que ni siquiera su propio hijo “tiene fe en los mensajes y la misión de su madre. [...] Ay de mí por haber traído al mundo alguien que está ayudando a engrosar las filas de los rebeldes y que se mantiene en desafío constante en contra de Dios” (*Carta 123*, 1893). La carta, en su versión mecanografiada, tiene una extensión de diez páginas.

El correo tardó más de un mes desde Australia, donde Elena y Guillermo estaban trabajando, hasta los Estados Unidos. Pero el 21 de junio Edson recibió la carta de su madre, convirtiéndose en un punto crucial en su vida. El 11 de agosto, Edson le confesó a su hermano: “He dado el primer paso en el camino de la vida eterna. He encontrado a mi Salvador” (Jaime E. White a Guillermo C. White, 11 de agosto de 1893). Unas pocas semanas después describió la ocasión de su conversión: “Un sábado, mientras escuchaba un aburrido sermón, decidí que debía comenzar a disfrutar de la bendición de mi Salvador en *ese momento* en vez de esperar otra oportunidad más favorable [...]. Tomé la decisión *al momento*, y ‘él me tomó a mí’ [...]. Desde entonces, *nunca me ha dejado*” (Jaime E. White a Guillermo C. White, 6 de septiembre de 1893).

Edson le escribió algo similar a su tenaz madre, informándole que deseaba iniciar alguna clase de trabajo para el Señor (Jaime E. White a Elena G. de White, 10 de agosto de 1893). En otra carta sin fecha, probablemente enviada en el mismo lote de las cartas de agosto, le comentaba a su madre que estaba contemplando ir al sur del país a trabajar entre los ex esclavos.

El 21 de octubre Elena le respondió con alabanzas y entusiasmo. “Hoy recibimos tu carta”, le dijo, “y nos alegramos mucho de que te hayas entregado a Dios de corazón. No puedo describir la felicidad que siento de que, en la simplicidad de la fe, hayas aceptado a Jesús. Y no me sorprende que hayas buscado algo que hacer inmediatamente” (*Carta 120*, 1893).

El mayor legado de Edson a la obra fue la evangelización de los negros en el sur. Sus esfuerzos demostraron ser una bendición para las personas con quienes trabajó, para la iglesia y para su madre, quien se sorprendió por su misión de fe en un campo rechazado por otros. Aunque, dado su carácter temperamental, Edson continuó teniendo sus problemas, nunca se apartó del compromiso hecho con Dios en 1893.

En muchos aspectos, su transformación fue un testimonio vivo de la angustia, el amor y la perseverancia de una madre. Ella sabía lo que era el dolor, pero nunca se dio por vencida, incluso cuando parecía que ya no había esperanza para él.

### LA VIDA EN CASA DE LOS WHITE

Los primeros años de la familia White fueron muy agitados, no solo por sus incesantes viajes, sino porque su situación financiera era tal que literalmente no tenían un lugar al cual llamar *hogar*. Durante años, la familia había estado dispersa. Esto implicaba tener que dejar a los niños mayores al cuidado de personas de confianza de la iglesia por largos períodos. La separación de sus hijos fue uno de los grandes traumas en la vida de Elena G. de White. Repetidas veces escribió de su frustración. “Con frecuencia me sentía afligida”, consignó en una ocasión, “al pensar en el contraste entre mi situación y la de otras personas que no aceptaban cargas ni preocupaciones, que podían estar siempre con sus hijos [...]. Muchas noches, mientras otros dormían, las pasé llorando amargamente” (*Tes-*

## *Elena G. de White como madre*

timonios para la iglesia, tomo 1, pág. 100). Más de una vez sintió que sus viajes estaban dando tan pocos resultados que sería preferible quedarse en casa con sus hijos. Pero su sentido de misión profética la guió, especialmente cuando entendió que Jesús había sacrificado todo por salvar a la raza humana (*Notas biográficas*, págs. 140, 115).

CORTESÍA DE LA FUNDACION ELEN G. WHITE

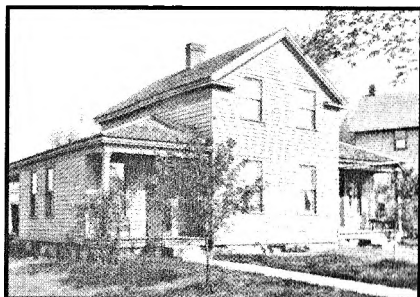


*Jaime White y cuatro miembros de su familia que le sobrevivieron*

Ante esta situación, el tiempo que pasaba en el hogar representaba un tesoro para ella. Cuenta Guillermo que, durante sus años de crecimiento, la rutina de la familia White (en los momentos en que todos estaban en casa) tuvo pocas variaciones. A las seis de la mañana todos estaban levantados. A menudo su madre había estado escribiendo por dos o tres horas durante la madrugada y la cocina había estado atareada desde las cinco de la mañana. El desayuno se servía a las seis y media de la mañana. Muchas veces

su madre anunciaba que había escrito seis o más páginas y leía algunas porciones a la familia.

A las siete todos se reunían para el culto matutino. Jaime dirigía los cantos de alabanza y la oración. Estos cultos dejaron una huella imborrable en Guillermo, especialmente el recuerdo de la solemnidad de su padre en oración. Él no 'ofrecía una oración', sino que *oraba* con el corazón y en solemne reverencia. Pedía por sus necesidades y las de su familia. También por el avance de la obra de Dios". Elena dirigía el culto cuando su esposo no estaba; y si ambos estaban ausentes, era dirigido por quien quedara a cargo de la familia. Pero "la hora del culto era observada con fidelidad, al igual que las horas del desayuno y de la cena".



*El hogar de los White en Wood Street, Battle Creek, Michigan*

CORTESÍA DE LA FUNDACION ELEN G. WHITE

Después del culto, Jaime se marchaba a la oficina de la *Review* y Elena compartía un poco más de tiempo con sus hijos, a veces en el jardín de flores, dependiendo de la temporada. Terminaba su mañana con algunas horas de escritura. Una gran variedad de actividades adicionales como coser, remendar, tejer, comprar, o visitar a los enfermos, ocupaban sus tardes.

Cuando no había reunión nocturna en la iglesia, la familia se reunía para el culto alrededor de las ocho. Durante estas devociones, Elena leía algún texto edificante y Jaime leía la Biblia y oraba (*Review and Herald*, 13 de febrero de 1936).

El sábado, como era de esperar, era un día especial para los White. Ella siempre buscaba que fuese atractivo para los niños. En ocasiones, el clima permitía encontrarlos en medio de la naturaleza o en visitas misioneras; pero cuando las condiciones no eran tan favorables, hacía una selección de la gran variedad de historias religiosas y morales recopiladas en sus escritos. Muchas de estas historias acabó publicándolas en una recopilación de cuatro tomos titulada *Sabbath Readings for the Home Circle (An Appeal to the Youth*, pág. 19).

Como abuela, siguió un patrón similar durante el crecimiento de sus nietos. Cuenta la esposa de Guillermo que con frecuencia organizaban meriendas campestres los sábados de tarde. A veces, Elena G. de White decía: "Yo les contaré historias a los niños mientras ustedes sacan la comida". Entonces, después que habíamos comido, organizaba un juego o alguna actividad enviándolos a buscar cosas en la naturaleza. Después que ellos se iban, decía, 'recostémonos y echemos una siesta mientras ellos no están, y así no molestaremos su sábado' (*Adventist Review*, 7 de julio de 1983).

#### TAMBIÉN ABUELA

De los dos hijos sobrevivientes de Elena G. de White, solo Guillermo le dio nietos. Con su primera esposa, María Kelsey White, tuvo dos hijas: Ella May (1882-1977) y Mabel Eunice (1886-1981). Desgraciadamente, María murió de tuberculosis en 1890 a la edad de 33 años. Cinco años después, Guillermo se casó con Ethel May Lacey, con quien tuvo cinco hijos: James William (1896-1954), Herbert Clarence (1896-1962), Evelyn Grace (1900-1995), Arthur Lacey (1907-1991) y Francis Edward (1913-1992).

## *Elena G. de White como madre*

Guillermo y su familia vivieron cerca de su madre durante la mayor parte de los años en que crecían sus hijos, por lo que Elena los disfrutó al máximo. Su nieta Ella se recuerda caminando de puntillas hasta la habitación donde su abuela se encontraba escribiendo. Allí, se quedaba quieta mientras ella trabajaba. Entonces, Elena la ponía a cortar imágenes de revistas con un par de tijeras de punta roma que había comprado para tales ocasiones. “Cuando veía que ya me estaba cansando de hacer eso”, narra Ella, “me daba un caramelo de menta o una manzana y me pedía que la pusiera en el estante hasta la hora de la comida”. La abuela sabía que a sus nietos les encantaban los postres. Así, cuando la cocinera les servía porciones de pastel más pequeñas que las de los adultos, “la abuelita se daba cuenta y nos preguntaba uno por uno... ‘¿podrías comerte otro trozo de pastel?’ ¡Que si podríamos! ¡Cómo amábamos a la abuela por eso!” (*Youth’s Instructor*, 16 y 23 de marzo de 1948; Ella White Robinson, entrevistada por James Nix, 25 de julio de 1967).



*Las nietas Ella  
y Mabel White con su madre,  
Maria Kelsey White*

Elena G. de White amaba a sus nietas, pero también anhelaba tener nietos varones. Después de todo, su propia familia había sido de varones. Por eso se emocionó tanto ante el posible matrimonio entre Guillermo y Ethel May Lacey, quien trabajaba en su casa. Había otra mujer que quería ser la esposa de Guillermo, pero era de carácter dominante y estaba al final de su edad fértil. May, en cambio, era veinte años menor que él. Elena no le dijo gran cosa a May sobre el asunto del matrimonio después que su hijo se declaró, pero de vez en cuando demostraba sus sentimientos, preguntándole cosas como, “¿Has decidido casarte con Guillermo?” La Sra. White se puso muy

## *Pamamando con Elena G. de White*

CORTESÍA DE LA FUNDACIÓN ELLEN G. WHITE



*Ethel May y Guillermo C. White con sus hijos gemelos Enrique y Heriberto. Detrás, de pie, están Mabel y Ella, las hijas que Guillermo tuvo con María Kelsey White*

contenta cuando May llegó por fin a la conclusión que el matrimonio era la voluntad de Dios. La futura suegra comenzó inmediatamente los preparativos de la boda.

Elena G. de White no tuvo que esperar mucho para que se cumpliese su sueño de tener nietos varones. Tan solo once meses después del matrimonio, May dio a luz a dos niños. Su suegra, según

recordaba la propia May, “estuvo en la habitación cuando nacieron. Ella solo aplaudió” y dijo “bien, bien” (Ethel May Lacey White Currow, entrevistada por James Nix, 11 de junio de 1967; *Adventist Review*, 7 de julio de 1983).

Ya mayorcitos, Elena y Sara McEnterfer los llevaban a dar un paseo diario en un carruaje. “A los niños”, escribió la Sra. White en 1897, “se les ve sanos, sonrosados y son unos compañeritos muy alegres. [...] Los niños han aprendido que cuando el caballo llega a [la] plaza, ambos corren hacia su abuela, con los dos bracitos extendidos

CORTESÍA DE LA FUNDACIÓN ELLEN G. WHITE



*La familia White en Elmshaven en 1913*



gritando 'Ji-jii, Ji-jii'. Eso es todo lo que saben decir. Se emocionan tanto por el paseo, que no tengo corazón para decir que no. Entonces, se ponen sus chaquetitas rojas y sus gorritos blancos de felpa [...]. Tienen buen carácter y no son problemáticos, pero son tan avispados que debemos vigilarlos" (*Carta 164, 1897*). Dieciséis años más tarde los gemelos le devolverían



CURTESIA DE LA FUNDACIÓN ELENA G. WHITE

*La familia White hacia 1905*

an el favor, llevando a su abuela de paseo en su primer automóvil. El comentario de Elena fue: "Es la máquina más sencilla en la que me he montado" (*Carta 11, 1913*).

Cuando los gemelos cumplieron dos años, la abuela White les trajo una carretilla azul para cargar madera. No solo la usaron con ese propósito, sino también para transportar verdura y fruta desde el jardín hasta la casa, e incluso para retirar los platos de la mesa del comedor. Su madre lo consideró un excelente regalo, pues los "mantenía ocupados" (Ethel May Lacey White Currow, entrevistada por James Nix, 11 de junio de 1967). Elena, por su parte, estaba agradecida de May por el regalo de sus nietos. "Tus hijos", le dijo, "han alargado mi vida" (Ethel May Lacey White Currow, *Manuscrito "Mi asociación con la Sra. E. G. de White"*).

Elena G. de White amaba inmensamente a sus nietos, pero estaba lejos de ser una abuela que los consintiese. No se consideraba responsable de la disciplina de los hijos de Guillermo, pero sentía que era importante apoyar a su hijo y a su esposa. La nieta Ella cuenta que un día recibió una "zurra contundente" de su padre por haber provocado un alboroto. "Después, la abuela me puso en su regazo y me consoló, explicándome que el castigo había sido *muy* necesario a fin de ayudarme a recordar que nunca debía volver a hacer algo tan maleducado" (*Youth's Instructor*, 16 de marzo de 1948).



## Capítulo 9

# Finanzas y mayordomía

**A**NTES DE PONER A UN LADO los asuntos familiares de los White, echaremos un vistazo al aspecto financiero. Después de todo, la forma en que las personas manejan su dinero dice mucho acerca de ellas.

### LOS AÑOS DESESPERADOS

Los primeros años del matrimonio de Jaime y Elena fueron de verdadera miseria económica. Al evaluar esta etapa, es importante tener en cuenta que no tenían ingresos fijos, pues el adventismo no contaba aún con un apoyo sistemático para el ministerio. De hecho, ni siquiera existía la iglesia como tal. Ellos tuvieron que trabajar duro y hacer sacrificios para poder reunir al pueblo de Dios.

En agosto de 1847, después de un año de matrimonio, vivían en habitaciones prestadas y con muebles prestados. “Éramos pobres”, dice Elena, “y preveíamos tiempos difíciles. Habíamos resuelto no depender de manos ajenas sino valernos por nosotros mismos, y tener algo con que ayudar al prójimo. Sin embargo, no prosperamos”. Jaime había estado acarreado piedras penosamente para la construcción de la vía férrea, pero no había logrado obtener lo que se le debía por su labor. Como resultado, tuvo que comenzar a cortar leña

desde la mañana hasta la puesta del sol por 50 centavos el día. Elena confiesa que ella “no murmuraba”, pero al menos estaba agradecida por la supervivencia diaria (*Notas biográficas*, pág. 114).

Un día sus provisiones se acabaron y Jaime tuvo que caminar cinco kilómetros bajo la lluvia hasta donde su patrón para conseguir algo de comida. “Mi esposo”, recordaba Elena, “recorrió las calles de Brunswick [Maine] con un saco al hombro en el que había unos pocos frijoles, cereal de maíz, arroz y harina para evitar que nos muriésemos de hambre. Cuando entró en casa cantando ‘Soy un peregrino’, le dije, ‘¿A esto hemos llegado? ¿Nos ha abandonado Dios? ¿Quedamos reducidos a esto?’ Él levantó la mano y dijo: ‘Calla, el Señor no nos ha olvidado. Nos da lo suficiente para nuestras necesidades presentes. Jesús no estuvo en una situación mejor’. Estaba tan agotada cuando él decía esto, que me desmayé [en] la silla” (*Manuscrito* 19, 1885).

Ambos esposos creían firmemente que tenían la misión de proclamarle a los milleritas decepcionados que no debían perder las esperanzas en la segunda venida, que la verdad presente para ese momento era que el séptimo día era el sábado, y que el último mensaje para el mundo antes del fin era el del tercer ángel de Apocalipsis 14: 9-12. Por poco que fuera, cuanto dinero recibían en aquellos años era invertido en viajes a reuniones evangelizadoras (como los congresos acerca del sábado de 1848-1850) y en comenzar a publicar sus descubrimientos de su estudio de la Biblia.

“Entonces”, reseña Elena, “se me mostró que el Señor nos había estado probando para nuestro bien, a fin de prepararnos para trabajar en favor del prójimo; que él había perturbado nuestra tranquilidad para que no nos arrellanáramos cómodamente en nuestro hogar. Nuestra labor había de emplearse en bien de las almas, y si hubiésemos prosperado, nos hubiera parecido tan agradable el hogar que no hubiéramos querido abandonarlo” (*Notas biográficas*, pág. 115). Jaime escribió en 1848: “Yo había pactado nuevamente con Dios que la fuerza de mi cuerpo sería utilizada en la bendita causa divina” de predicar el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14 (Jaime White al Hno.\_\_\_\_\_, 2 de julio de 1848).

Las cosas no mejoraron para los White a corto plazo. A comienzos de 1848, Jaime escribió: “Todo lo que tenemos, incluyendo

nuestra ropa, sábanas y artículos del hogar, está en un baúl que mide un metro, que a pesar de todo está medio vacío. Lo único que podemos hacer es servir a Dios e ir a donde él abra camino para nosotros” (Jaime White a los Hasting, 27 de abril de 1848).

Cuatro años después, cuando se mudaron a Rochester, Nueva York, pudieron al fin alquilar una casa y dejar de vivir con otros. Sin embargo, establecieron allí la prensa de su imprenta junto a un grupo de adventistas que los ayudaban en su trabajo.

Elena le escribió a Stockbridge Howland: “Si pudierais ver nuestro ajuar os sonreiríais. Hemos comprado dos camas viejas por veinticinco centavos cada una. Mi esposo me trajo seis sillas viejas, en las que no había dos iguales, que le costaron un dólar, y después me regaló otras cuatro, también viejas, y sin asiento, por las que había pagado sesenta y dos centavos. Pero la armazón era fuerte y con un pedazo de dril remedié la falta de asiento. La mantequilla está tan cara que no podemos comprarla, ni tampoco las papas. Usamos salsa en vez de mantequilla y nabos en lugar de papas. Tomamos nuestras primeras comidas en un bastidor de chimenea colocado sobre dos barriles vacíos de harina”. Pero luego añade, “Nada nos importan las privaciones con tal que adelante la obra de Dios” (*Notas biográficas*, pág. 156, la cursiva es nuestra). El joven Urías Smith, quien se hospedaba entonces en el hogar de los White, comentó que no tenía ninguna objeción filosófica a comer frijoles los 365 días del año, pero cuando se convirtieron en su dieta diaria pensó en quejarse (*Review and Herald*, 13 de junio de 1935).

Pasaron años antes de que los White lograran cierta estabilidad económica. No hay duda de que pudieron haberlo logrado antes; pero, como veremos más adelante, se sacrificaron constantemente para sacar adelante lo que hoy conocemos como la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Así, sus privaciones y las tendencias naturales de Elena G. de White la convirtieron en una mujer frugal, incluso cuando algunos pensaban que no había necesidad de serlo.

#### AHORRATIVA TODA SU VIDA

Elena G. de White sabía cómo ser ahorrativa en cada aspecto del hogar. Sabemos que era una compradora meticulosa que tomaba en cuenta la calidad y el precio, y que regularmente suplía la despensa

familiar con productos de su propio huerto. Pero fue en la práctica de la costura donde tal vez descolló más su capacidad de ahorro. Hay que entender, por supuesto, que ella partía con la “ventaja” que le daba la pura necesidad. Comentando acerca de un remiendo que le había hecho al abrigo de Jaime a finales de la década de 1840, cuenta que hasta remendó los remiendos, “a tal punto que era difícil reconocer cuál había sido el paño original de las mangas” (*Notas biográficas*, pág. 117).

Pero, aparte de coser la ropa de la familia y la de muchas otras personas necesitadas, ella parecía tener una verdadera pasión por tejer. A cualquier hora del día, cuando sus manos estaban desocupadas, se entregaba a su pasatiempo favorito. Cuenta su nieta que en sus últimos años aún tejía todos los calcetines de Guillermo y de otras personas. May nunca tuvo nada en contra de esta actividad hasta que un día se le ocurrió a la Sra. White enseñarle a tejer. May recibió sus lecciones en el barco desde Australia a los Estados Unidos en 1900. “Tejí un calcetín”, recuerda ella, “y nunca he vuelto a tejer otro” (Ethel May Lacey White Currow, entrevistada por James Nix, 11 de junio de 1967).

Remendar ropa vieja fue otro de los pasatiempos favoritos de Elena G. de White. A ella no le gustaba regalar ropa usada, “porque podía ser desmoralizador para quien la recibiera”. Ella, por el contrario, donaba ropa nueva y remendaba la usada para su uso personal y el de su familia (*Youth's Instructor*, 23 de marzo de 1948).

Sus nietas cuentan que Elena G. de White remendaba la ropa de la familia y confeccionaba ropa para ellas haciendo uso de sus viejos vestidos negros. Su nieta Ella recuerda que su abuela compró un trozo de orla roja para sus vestidos, “para que no parezca que van a un funeral”. Grace aclara que la parte de delante de los vestidos de su abuela solían estar en muy buenas condiciones, pues pasaba mucho tiempo sentada. De modo que guardaba las partes delanteras para rehacerlas para sus nietas (Ella White Robinson, entrevistada por James Nix, 25 de julio de 1967; *Insight*, 2 de octubre de 1993).

Pero no todos estaban tan contentos con el perpetuo ahorro de Elena. Su esposo regañó a Guillermo en 1874, y le pidió que no accedieran a “sus ideas económicas, que lo llevan a uno a ser tacaño. Velen por que todas las cosas de ella, como sus vestidos, chales,

sobrecamisas, zapatos, sombreros, etc., sean buenas. Y ustedes, traten de vestir de una manera respetable” (Jaime White a Guillermo C. White, 5 de julio de 1874).

#### ADMINISTRADORA ANTE DIOS

Elena G. de White fue persona dadivosa toda su vida, aunque ello conllevarse sacrificios. En el período millerita, por ejemplo, se sentaba apoyada en su cama (debido a su pobre salud) para coser calcetines a 25 centavos al día y contribuir así a “comprar publicaciones con que iluminar y despertar a los que se hallaban en tinieblas” (*Notas biográficas*, pág. 53).

En otra ocasión recordaba que durante años no recibieron salario alguno y, sin embargo, “éramos felices usando ropa de segunda mano; y a veces, apenas teníamos suficiente comida para recuperar nuestras energías. Todo fue invertido en la obra” (*General Conference Bulletin 1891*, pág. 184). En 1885 calculaba que junto a Jaime habían “invertido 30 mil dólares en la causa [adventista]” (*Manuscrito 35*, 1885).

Tanta generosidad, en una época en la que un dólar al día era un buen salario, demuestra que sus dones excedían cualquier remuneración que pudiesen haber recibido de la iglesia. Pero, ¿cómo pudieron hacerlo? Ambos eran autores y Jaime era un empresario con muy buenas ideas en muchas áreas. Las ganancias de tales proyectos les permitían donar continuamente a cualquier aspecto de la obra adventista que padeciese necesidades. Siempre estaban en primera línea a la hora de dar para algún aspecto nuevo de la obra adventista o para alguna institución que empezaba. Otros fondos los dedicaban al pago de deudas. Elena, por ejemplo, dedicó las ganancias de *Palabras de vida del gran Maestro* (1900) para el pago de deudas de instituciones educativas adventistas. De acuerdo a lo pactado, ella daría sus derechos de autor, las casas publicadoras sus ganancias, y los laicos su tiempo al vender el libro. Para 1903, el proyecto había logrado recaudar más de 300 mil dólares para el pago de deudas.

En 1904 Elena G. de White fue acusada de estarse volviendo millonaria, pero ella replicó con las palabras: “No poseo en este mundo ningún lugar que esté libre de deudas. ¿Por qué? Porque veo tanta obra misionera que hacer” (*Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 120). En

*Caminando con Elena G. de White*

otro momento dijo “continuaré invirtiendo” en la iglesia y en su obra “mientras tenga control de algún recurso, para que la causa de Dios no languidezca” (*Carta 46*, 1895). Otra carta escrita en 1895 resume su filosofía general acerca de la mayordomía. “No afirmo”, decía, “ser la dueña de ningún dinero que llegue a mis manos. Yo lo considero dinero del Señor por el que debo rendir cuentas” (*Carta 46a*, 1894). Ésta parece haber sido su filosofía durante toda su vida.





Trayectoria  
espiritual

*Tercera parte*



## Capítulo 10

# Conversión y búsqueda de seguridad

**L**OS INICIOS de la experiencia religiosa de Elena G. de White no fueron muy distintos a los de la mayoría de nosotros, salvo, tal vez, por la intensidad. También ella sufrió sus altibajos y sus dudas como todos. En 1909, cuando se le pidió que cumplimentara un formulario con información biográfica para la Asociación General, respondió la pregunta acerca de su fecha de conversión con “probablemente marzo de 1840”. No tenía una fecha exacta de su conversión, ya que, según dijo, se trató de un proceso más que de un hecho puntual en el tiempo.

### PRIMERAS LUCHAS CON DIOS

Su primera crisis religiosa sucedió en 1836, cuando a la edad de nueve años experimentó una enfermedad traumática después de ser golpeada en la cara por una piedra, lo que la llevó al borde de la muerte. A consecuencia de la desfiguración, “no deseaba vivir, pero tampoco me atrevía a morir, pues no estaba preparada”. Por su mente pasó la idea de morir, después de que unos amigos de la familia que los visitaban le preguntaron a su madre si había hablado con Elena acerca de la muerte. Ese comentario despertó su necesidad religiosa. “Deseé ser cristiana”, escribió más tarde, “y oré tanto como

pude por el perdón de mis pecados, hasta que sentí paz mental". Esta paz vino acompañada de un amor hacia los demás (*Spiritual Gifts*, tomo 2, pág. 9).

Sin embargo, una cosa es morir como cristiano y otra vivir como tal. Con el paso del tiempo, Elena comprendió que esa circunstancia marcaba el final de su educación y que tal vez sería una inválida de por vida. "Murmuré contra la providencia de Dios por la aflicción que me aquejaba", escribió al recordar ese terrible momento. Además de sus duras quejas contra Dios, comenzó a condenarse a sí misma por dar cabida a tales pensamientos. La dulce paz mental que había alcanzado durante su cercanía a la muerte se desvaneció. "A veces, mi sentido de culpa y de responsabilidad ante Dios pesa tanto en mi conciencia que no puedo dormir. Permanezco despierta durante horas pensando en mi perdida condición y en qué será lo mejor para mí" (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 135).

Para colmo, en marzo de 1840 Guillermo Miller visitó el pueblo, pregonando la cercanía de la venida de Cristo y la necesidad de preparación para su encuentro. Elena respondió al llamado que hizo Miller de pasar al frente, pero no encontró la paz. "Sentía en mi corazón", escribió, "que yo no lograría merecer llamarme hija de Dios [...]. Una profunda tristeza embargaba mi alma [...]. [Me] parecía que yo no era lo bastante buena para entrar en el cielo" (*Notas biográficas*, págs. 23, 24). Su carga se hizo tan grande que llegó a desear la muerte (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 138).

Pero el momento del cambio llegó en el verano de 1841, cuando Elena, de trece años de edad, asistió con sus padres a un congreso metodista al aire libre en Buxton, Maine. Allí escuchó en un sermón que depender de uno mismo o del propio esfuerzo carece de valor de cara a ganar el favor de Dios, y que "tan solo a través de una relación con Jesús por medio de la fe, puede el pecador llegar a ser un hijo de Dios creyente y lleno de esperanza". Desde ese momento, buscó de corazón el perdón de sus pecados y luchó para entregarse totalmente al Señor. "Decía yo en mi corazón", escribió más adelante, "¡Ayúdame, Jesús! ¡Sálvame o pereceré!", y añade, "mi carga me abandonó repentinamente y se me alivió el corazón" (*Notas biográficas*, pág. 25).

## *Conversión y búsqueda de seguridad*

Pero su incipiente fe tenía su lado débil. Ella pensaba que su experiencia era demasiado buena para ser real. "No me parecía tener derecho a sentirme alegre y feliz". Pero además, se angustiaba porque "no experimentaba el éxtasis espiritual que yo consideraba como prueba de que Dios me había aceptado, y sin ello no me podía convencer de que estuviese convertida" (*ibíd.*, págs. 25, 26).

En los meses subsiguientes al congreso al aire libre de Buxton, Elena fue bautizada por inmersión y se unió a la Iglesia Metodista. Sin embargo, su búsqueda espiritual de la verdad estaba lejos de haber terminado.

### SEGURIDAD EN CRISTO

Después de su bautismo, Elena experimentó un "descontento constante" con ella misma y con sus logros. Paralelamente, sentía como una ausencia del amor y la misericordia de Dios. Aunque sabía que algo iba mal en su experiencia cristiana, no estaba segura de qué era. Ella creía que su problema era una falta de santificación, algo que muchos de sus hermanos metodistas pensaban que debía manifestarse a través de alguna clase de exaltación jubilosa. Si eso era la santificación, de seguro ella no la tenía. Peor aún, algunos la manifestaban de tal manera que pensaba que su corazón no era lo suficientemente puro para recibirla. "Mi mente", recuerda ella, "se displayaba constantemente en el tema de la santidad del corazón. Anhelaba por sobre todas las cosas recibir esa gran bendición y sentir que había sido completamente aceptada por Dios" (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 148; *Notas biográficas*, pág. 31).

Desde la perspectiva de sus años más maduros, miró al pasado y declaró que en 1842 sus "ideas respecto de la justificación y la santificación eran confusas. Estos dos estados de la vida se me presentaban como cosas separadas y distintas la una de la otra; y sin embargo, no podía notar la diferencia". Ella esperaba que la santificación fuese una especie de electrificación de todo su ser (*Notas biográficas*, págs. 31, 32).

Al conceptualizar la justificación y la santificación como dos experiencias separadas, según la perspectiva metodista (o como una primera y una segunda bendición) "podía reclamar tan solo lo que ellos

llamaban justificación” puesto que aún no había experimentado el éxtasis de la segunda bendición. Concluía que “existía, por lo tanto, alguna condición más elevada que yo debía alcanzar antes que pudiera estar segura de la vida eterna”. Elena creía que la seguridad de la salvación estaba vinculada al concepto metodista de la segunda bendición o santificación. En su mente había conectado correctamente la santificación con la santidad, pero tenía ideas muy vagas acerca de lo que significaba experimentar esa santidad. Como resultado, “palabras de condenación resonaban en mis oídos día y noche, y mi clamor constante a Dios era: ‘¿Qué debo hacer para ser salva?’” (*ibíd.*, págs. 32, 33; la cursiva es nuestra).

Como agravante a su sentimiento de condenación y falta de preparación ante el retorno de Cristo, estaba su creencia en un infierno eterno. Los ministros contemporáneos “enseñaban que Dios jamás se propuso salvar a nadie, salvo a los santificados. El ojo de Dios estaba siempre vigilándonos. Cada pecado era registrado y obtendría su justo castigo. Dios mismo llevaba los libros con la exactitud de su sabiduría infinita y cada falta cometida era fielmente anotada en contra nuestra” (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 151).

Por lo tanto, Dios no solo era el escriba omnipotente, sino el guardián de las llamas. “Nuestro Padre celestial me era presentado como un tirano que se deleitaba en las agonías de los condenados; y no como el tierno y piadoso amigo de los pecadores, que amaba a sus criaturas con un amor que sobrepujaba todo entendimiento, y deseaba salvarlos en su reino”. Esta clase de pensamientos la llenaban de angustia, pues creía personalmente que tendría que “soportar las llamas del infierno para siempre” (*Notas biográficas*, pág. 34).

Mientras Elena se veía atrapada en aquel estado de ánimo, su madre le sugirió que se entrevistara con Levi Stockman, joven ministro metodista que había aceptado el millerismo. Stockman tranquilizó a Elena diciéndole que “sabía de cierto que, por el amor de Jesús, había esperanza” para ella. Su angustia, le dijo, era una evidencia positiva de que el Espíritu de Dios contendía con ella. El pastor continuó, según nos cuenta ella, hablándole “del amor de Dios para con sus hijos extraviados, y me explicó que él, en vez de complacerse en la ruina de ellos, anhelaba atraerlos a sí con una fe

y una confianza sencillas. Insistió en el gran amor de Cristo y en el plan de la redención" (*ibíd.*, pág. 41).

"Ve en paz, Elena" le dijo Stockman, "vuelve a casa confiada en Jesús, *pues él no privará de su amor a nadie que lo busque verdaderamente*". "Durante los pocos minutos en que recibí instrucciones del pastor Stockman", cuenta Elena, "aprendí más del amor y la compasiva ternura de Dios que en todos los sermones y exhortaciones que había oído antes" (*ibíd.*, págs. 41, 42; la cursiva es nuestra). Poco después del encuentro, la fe de Elena fue confirmada de manera práctica durante una reunión de oración en casa de su tío (*ibíd.*, pág. 42). Aunque esta última experiencia fue importante para ella, parece que fueron los consejos de Stockman acerca de la fe, la seguridad y el amor de Dios los que señalaron un nuevo rumbo para ella, pues inmediatamente después de relatarla, volvió a subrayar las ideas teológicas de Stockman (*cf. Notas biográficas*, pág. 45 con páginas 41, 42). Por esa misma época, Elena logró también una mejor comprensión del infierno, de que solo Dios es inmortal y que los pecadores morirán eternamente (ver *ibíd.*, págs. 53-55).

Su entrevista con Stockman y su nueva comprensión del infierno se entrelazaron para crear en ella un nuevo concepto de Dios. "Cambié la opinión que tenía del Padre", escribió. "Empecé a considerarlo como un padre bondadoso y tierno más bien que como un severo tirano que fuerza a los hombres a obedecerlo ciegamente. *Mi corazón sentía un profundo y ferviente amor hacia él. Consideraba un gozo obedecer su voluntad*, y me era un placer estar en su servicio" (*ibíd.*, pág. 43; la cursiva es nuestra). Desde ese momento, su vida se centraría en el servicio dedicado más que en el temor a perderse. En otras palabras, se había liberado de la preocupación por su condición espiritual y se centraba ahora en el servicio a Dios y a los demás.

A partir de esta garantía del amor de Dios, Elena G. de White nunca dio un paso atrás. Tuvo momentos de desánimo y altibajos espirituales como todos, pero su relación con Dios desde ese momento se ancló en la fe más que en sentimientos. Esto supuso el punto de inflexión definitivo de su experiencia cristiana.

Retrospectivamente, podemos decir que los importantes consejos de Stockman tuvieron varias consecuencias en Elena. No solo

le revelaron a un Dios de amor, cuya experiencia no se basa en sensaciones sino en la fe, sino que iniciaron un proceso que la separó paulatinamente del concepto metodista de la segunda bendición. Entendió que Dios la aceptaba y que tenía la vida eterna desde que había aceptado a Jesús, sin necesidad de alcanzar “alguna condición más elevada” (*ibíd.*, pág. 32). De esta forma, comenzó a librarse de “la maligna esclavitud del temor y de la duda” que había experimentado respecto a su salvación (*ibíd.*, pág. 42). Es probable que Stockman también la haya ayudado a entender la correcta relación entre la fe y las obras. Elena dejó de sentirse obligada a servir en “ciega obediencia” a un Dios severo. Ahora, consciente y gozosa de que sus “pecados estaban perdonados”, le resultaba “un placer estar en su servicio” en el contexto de su fe ya madura (*ibíd.*, pág. 43). Al haber dejado de hilvanar sus acciones en una caricatura del cristianismo llena de ansiedad, comenzó a vivir lo que Pablo denominaba “la fe que obra por el amor” (Gálatas 5:6).

Esa seguridad del amor de Dios y de su gracia salvadora se convirtió en el fundamento de su vida y de su ministerio. Aunque siempre se opuso a quienes afirman con ligereza “soy salvo” pero en el fondo no se entregan del todo a Dios, tenía claro que los cristianos no solo pueden estar confiados de la amorosa bondad del Padre, sino de su propia salvación. En 1901, por ejemplo, les dijo a los delegados del congreso de la Asociación General: “Cada uno de vosotros debe estar convencido de que tiene un Salvador vivo [...]. No hace falta que os pongáis en la tesitura de decir ‘No sé si soy salvo’. ¿Creéis en Cristo como vuestro Salvador personal? Si lo hacéis, entonces regocijaos. No nos regocijamos ni la mitad de lo que deberíamos hacerlo” (*General Conference Bulletin 1901*, pág. 183). Además, en 1892 declaró en *Signs of the Times*: “Nadie puede mejorarse a sí mismo, sino que debemos acudir a Jesús tal como somos, deseando de corazón ser limpios de toda mancha de pecado y recibir el don del Espíritu Santo. No podemos dudar de su misericordia y decir ‘no sé si me salvaré o no’. Debemos aferrarnos a su promesa a través de una fe viva, porque él ha dicho, ‘si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana’” (*Signs of the Times*, 4 de abril de 1892).



## *Conversión y búsqueda de seguridad*

Tales afirmaciones reflejan el nivel de seguridad que logró obtener Elena G. de White siendo solo adolescente. Su seguridad, sin embargo, no tenía nada que ver con la mentalidad de “una vez salvo, siempre salvo”. Sus escritos dejan claro que podemos escoger abandonar la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo. Sin embargo, aquellos creyentes que continúen caminando con Dios en la fe, pueden tener absoluta certeza de su salvación.



## Capítulo 11

# Mujer de fe y oración

**J**ESÚS COMO NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR fue la piedra angular en la vida de Elena G. de White. Desde el momento de su conversión, su fe en él le dio sentido a su existencia. Ella dedicó su vida a presentar la eficacia salvadora de la gracia de Dios y el glorioso panorama de la segunda venida de Cristo. Así, su vida fue tanto cristiana como adventista al mismo tiempo.

Pero la fe en Dios fue mucho más que una doctrina en la mente de la Sra. White. Fue una experiencia que influyó y fue la tónica en su vida diaria según iban desenvolviéndose las alegrías y tristezas de su existencia terrenal.

### VIVIR LA VIDA DE LA FE EN UN MUNDO REAL

Tal vez la calidad de la fe de las personas se aprecie más en las crisis de la vida diaria que en las “grandes” cosas que hacen. En este capítulo sería fácil ilustrar la fe de Elena G. de White con historias como la de su cruce en trineo en noviembre de 1856 por el traicionero y frágil hielo del Mississippi, con 30 centímetros de agua fluyendo sobre la superficie, tan solo para rescatar de su enfriamiento espiritual a dos líderes adventistas guardadores del sábado en Waukon, Iowa (J. N. Loughborough y J. N. Andrews). No muchos pensaron

que podría lograrlo, pero ella estaba convencida de que Dios los llevaría hasta el otro lado del río (ver *Ellen G. White*, de Arthur L. White, tomo 1, págs. 345-349). O quizá podríamos resaltar su fe cuando dirigió lo que parecía ser un intento imposible por adquirir la propiedad de Loma Linda, pues estaba segura que ésa era la voluntad de Dios (ver *Ellen G. White*, de Arthur L. White, tomo 6, págs. 11-32).

Sin embargo, tal vez la mayoría de nosotros no se identifique con estos aspectos “heroicos” de la fe tanto como con las variedades más prosaicas. Por ello, este capítulo presentará ejemplos de la fe de Elena G. de White que se asemejan más a la clase de problemas que nosotros enfrentamos a diario. Así, debemos tener presente que su vida seguía el mismo patrón básico que la nuestra. Ella experimentó críticas, crisis, y tentaciones como nosotros; y tuvo que tomar decisiones a la hora de enfrentarlas.

Uno de los problemas recurrentes en su vida tuvo que ver con serios problemas de salud. Durante su primer año en Australia, por ejemplo, se hizo presente una devastadora racha de enfermedades. “Durante once meses”, escribió, “sufrí de fiebres palúdicas y reumatismo inflamatorio. Durante ese período, experimenté el sufrimiento más terrible de mi vida”. Luego, continúa enumerando todas las afecciones que la aquejaron y añade que “en medio de todo esto, había algo positivo. Mi Salvador parecía estar más cerca de mí. Sentía su sagrada presencia en mi corazón y estaba contenta. Esos meses de sufrimiento fueron los más alegres de mi vida gracias a la compañía de mi Salvador [...]. Le estoy muy agradecida por esta experiencia, porque ahora estoy más familiarizada con mi precioso Señor y Salvador. Su amor llenó mi corazón. Durante mi enfermedad, su amor y tierna compasión fueron mi alivio y continuo consuelo” (*Manuscrito 75*, 1893).

Para que no se diga que se trataba de alguien diferente a nosotros a la hora de enfrentar situaciones difíciles, analizaremos otro documento que muestra su actitud en medio de su enfermedad. La anécdota nos ayudará a ver la manera de razonar de su mente durante un proceso que pudo haber terminado en desánimo y autocompasión, o en fe y confianza. Fue escrita cuando llevaba sufriendo ocho de los 11 meses que duró su enfermedad, cuando aún no se vislumbraba el final de la misma.

## Mujer de fe y oración

“Cuando me encontré por primera vez en una condición de impotencia”, le escribió al Dr. J. H. Kellogg, “lamenté profundamente haber cruzado el ancho océano. ¿Por qué no estaba en los Estados Unidos? ¿Por qué me hallaba en este país [Australia] a un costo tan elevado? Varias veces oculté la cara entre las frazadas y lloré abundantemente. Pero no me complací por mucho tiempo en el desahogo superfluo proporcionado por las lágrimas.

“Me dije a mí misma. ‘¿Qué quieres decir, Elena G. de White? ¿Acaso no has venido a Australia porque pensabas que era tu deber ir a donde la asociación consideraba que era mejor que fueras? ¿No ha sido ésta tu costumbre?’

“Contesté: ‘Sí’.

“¿Entonces por qué te sientes casi abandonada y desanimada? ¿No es ésta la obra del enemigo?”

“Dije: ‘Creo que lo es’.

“Sequé mis lágrimas tan rápidamente como pude, y dije: ‘Ya es suficiente; no volveré a contemplar el lado oscuro. Sea que viva o muera, encomiendo la protección de mi alma al que murió por mí’.

“Luego creí que el Señor haría todas las cosas bien, y durante estos ocho meses de desvalimiento, no he tenido ningún desaliento ni duda”.

En la misma carta había reseñado con anterioridad la relación de su vida de oración con su actitud positiva. “En las prolongadas y tediosas horas de la noche”, escribió, “cuando no me viene el sueño, he dedicado mucho tiempo a la oración; y cuando cada nervio parecía gritar de dolor, cuando en el momento en que pensaba en mí misma me parecía que perdería la calma, la paz de Cristo ha inundado mi corazón a tal punto que me he sentido llena de gratitud y reconocimiento. Sé que Jesús me ama, y yo amo a Jesús” (*Mensajes selectos*, tomo 2, págs. 267, 268).

En otra ocasión, cuando la primera esposa de Guillermo moría de tuberculosis, Elena se preocupó mucho porque algunas personas le habían dicho a María que si ella tenía suficiente fe, Dios la sanaría. La Sra. White, conociendo la profundidad de la fe de María, le pidió “que no se preocupara por lo que ellos dijiesen, que descansara en los brazos de su Salvador, quien la amaba y haría todo de

acuerdo a sus intereses eternos” (Ella White Robinson, entrevista por James Nix, 25 de julio de 1967).

Si las enfermedades forman parte de las experiencias que permiten a las personas desarrollar su fe, la muerte también lo es. Elena G. de White no solo sepultó a dos hijos, sino que también perdió a su esposo en 1881. Dirigiéndose a los asistentes a su funeral, confesó que mientras él moría llegó a sentir un dolor inmenso. “Le imploré a Dios”, les dijo a los que lloraban su pérdida, “que no lo apartara de mi lado, que no se lo llevara y me dejara trabajando sola” (*Life Sketches of James and Ellen White*, edición de 1888, pág. 448).

No obstante, al reflexionar sobre el estado de Jaime, reconoció que era inútil continuar con su dolor. Eso “no me traerá de vuelta a mi esposo, y si pudiera hacerlo, no sería tan egoísta como para sacarlo de su pacífico sueño y engancharlo de nuevo en las batallas de esta vida. Como un guerrero cansado, él ha rendido su vida”.

Luego, le afirmó a su atento auditorio que se centraría en las promesas de Dios “que alumbran hacia adelante como rayos de luz celestial, para confortar, fortalecer y bendecir mi vida [...]. No visitaré los sepulcros de mis amados para llorar y lamentarme. No pensaré ni hablaré acerca de la oscuridad del sepulcro. Me presentaré ante mis amigos la feliz mañana de la resurrección, cuando el Dador de la vida abra los féretros de los cautivos y los llame a la inmortalidad gloriosa. Jesús pasó por el sepulcro a fin de que nosotros pudiésemos contemplar gozosos la mañana de la resurrección. Haré mi obra en solitario, con la absoluta confianza de que mi Redentor estará conmigo”. La mejor manera de honrar la memoria de Jaime, según ella, era retomando su obra “donde él la había dejado, y, fortalecida en Jesús, seguirla hasta completarla” (*In Memoriam: A Sketch of the Last Sickness and Death of Elder James White*, págs. 55, 56).

Elena G. de White enfrentó su propia muerte con la misma fe resuelta. Unos dos meses antes de su fallecimiento, le dijo a Guillermo: “Estoy muy débil. Estoy convencida de que ésta es mi última enfermedad. No me preocupa la idea de morir. Me siento tranquila en todo momento, pues el Señor está muy cerca de mí. No estoy ansiosa. La hermosura del Salvador ha sido evidente para mí.

Él ha sido un amigo" (*Review and Herald*, 17 de junio de 1915). Sus últimas palabras para su hijo fueron "Yo sé en quién he creído" (*Notas biográficas*, pág. 492).

### "PADRE MÍO"

Aunque existe mucho material sobre lo que Elena G. de White pensaba de la oración no tenemos, curiosamente, muchas descripciones de Elena G. de White orando, ni muchos ejemplos de sus oraciones. Una de las mejores descripciones de Elena G. de White en oración es la de H. M. S. Richards. Cuando Richards tenía 16 años, la Sra. White asistió al congreso al aire libre de Colorado, donde su padre cumplía labores de pastor.

Ella llevaba predicando unos treinta minutos cuando su hijo Guillermo se le acercó y le recordó que tenían un largo viaje por delante, por lo que debía concluir para guardar energías. Pero, incluso a sus 81 años, ella no era fácil de detener. "Aún no quiero terminar", le replicó. "No he orado, y quiero hacerlo". La predicación se extendió unos tres minutos más, para luego arrodillarse a orar. Richards no recuerda mucho su sermón, pero la oración lo impresionó profundamente. "Sus primeras palabras fueron", según se acordaba él, "¡Oh, Padre mío!" Ella no dijo 'Padre nuestro, dijo 'Padre mío'. En cuestión de dos minutos un poder impresionante llenó todo aquel lugar [...]. Ella estaba conversando con él. Se había olvidado de nosotros por completo. Oró de cinco a seis minutos como máximo, pero mientras lo hacía, surgían llantos por toda la congregación de gente que lloraba por sus pecados" (*Ministry*, octubre de 1976). Recordaba Richards en 1958 que esa oración lo convenció de que Elena G. de White era profetisa. "Cuando oró," observó, "supe que era la sierva de Dios. Hablaba con él como si lo conociera personalmente. Me di cuenta que ella era todo lo que afirmaba ser cuando la oí orar" (*Spirit of Prophecy Treasure Chest*, pág. 180).

La Sra. White parece haber sido exactamente igual de ferviente en sus oraciones privadas que en las públicas. Alma McKibben, amiga personal, escuchó en una ocasión una de sus oraciones matutinas. "Nunca había escuchado a nadie hacer una oración como ésta en sitio alguno pronunciada por nadie", afirmó. "Le pedía a Dios por ti y por mí, por el pueblo de Dios; para que no dejemos de hacer la

obra que se nos ha encomendado. Conversaba con Dios acerca de nuestras debilidades y nuestras fallas, y pedía que su Espíritu hablase a cada corazón para que pudiésemos reformarnos y apresurarnos a obrar por las almas perdidas en el mundo. Esa noche aprendí que la gran carga de la Sra. White era por este pueblo". La oración de Elena G. de White, según contó Alma, es "la más apasionada que he escuchado en mi vida" (Alma E. McKibbin, *Manuscrito "Yo conocí a la hermana White"*, 1972; Alma E. McKibbin, entrevistada por James Nix, 30 de septiembre de 1967).

La esposa de Guillermo da fe de que las oraciones de su suegra no solo eran "fervientes" sino que "parecía que estaba conversando con alguien" (Ethel May Lacey White Currow, entrevistada por James Nix, 11 de junio de 1967). Aparentemente, Elena G. de White vivía la descripción de la oración que hizo en *El camino a Cristo*. "Orar es el acto de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo" (*El camino a Cristo*, pág. 138). Las pocas oraciones que tenemos impresas de ella reflejan ese enfoque, aunque fuesen oraciones públicas. Como decía Richards, para ella Dios no era "Padre nuestro". Ella empleaba con regularidad la expresión "Oh, Padre mío, Padre mío" en varias de las oraciones que se han preservado. (No hay espacio aquí para reproducir un muestreo representativo de estas oraciones, pero para quienes deseen documentarse más acerca del tema, sugerimos *Sermons and Talks*, tomo 1, págs. 378-383; *Manuscrito* 126, 1902; y *General Conference Bulletin* 1903, págs. 56-58, 91).

La oración fue una parte fundamental en la vida de Elena G. de White desde su juventud hasta su vejez. Cuenta que incluso en su adolescencia pasaba "noches enteras en fervorosa oración" por sus amigas, durante el punto culminante del movimiento millerita (*Notas biográficas*, pág. 46). Esta preocupación por el prójimo la acompañó hasta sus últimos años. "Oro mucho por las noches", le contaba a una amiga en 1902, "cuando la condición de las iglesias me preocupa, al punto de no poder dormir [...]. Las últimas noches he dormido hasta las tres. Pero cuando comienzo a pensar en el peligro de las almas y en el estado de nuestras iglesias, me siento tan profundamente conmovida y oprimida que no puedo seguir durmiendo" (*Carta* 68, 1902).





Obrera  
de la Iglesia

*Cuarta parte*



## Capítulo 12

# La imagen de mensajera de Dios que tenía de sí misma

**E**LENA G. DE WHITE nunca dudó de la naturaleza especial de su llamamiento. Al referirse a su primera visión en diciembre de 1844, afirmó abiertamente “el Espíritu Santo descendió sobre mí” (*Primeros escritos*, pág. 14). En relación a su segunda visión, dijo, “El Señor [...] me dijo que yo debía ir y relatar todo cuanto él me había revelado” (*Notas biográficas*, pág. 76). Desde el mismo comienzo, ella afirmó que Dios la había llamado a un ministerio profético especial para el pueblo adventista.

### ¿NO ERA PROFETISA?

Si tenía tan claro su papel profético, entonces ¿por qué no se atribuyó el título de profetisa? El 3 de octubre de 1904, Elena G. de White dijo ante dos mil quinientas personas reunidas en Battle Creek que no pretendía ser profetisa. Como era de esperar, su comentario causó considerable nerviosismo en una iglesia previamente dividida por el caso Kellogg, al igual que en un ámbito más general. Los periódicos de Battle Creek proclamaron la noticia de que la mujer que los adventistas tenían como profetisa había dicho que no lo era. Ella, junto a otras personas, aclararon más adelante lo que había querido decir, pero la controversia causada por su afirmación

del 3 de octubre se prolongó durante casi un año. Finalmente, en julio de 1906, Elena G. de White publicó una explicación aclarando su controvertida afirmación y lo que ella percibía como su papel dentro la Iglesia Adventista.

“Algunos”, escribió, “han tropezado en el hecho de que dije que no pretendía ser profetisa y han preguntado: ¿Por qué?”

“No he tenido otra pretensión sino la de que *se me ha indicado que soy la mensajera del Señor*; que él me llamó en mi juventud para ser su mensajera, para recibir su palabra y dar un mensaje claro y decidido en el nombre del Señor Jesús.

“En mi temprana juventud se me preguntó varias veces: ¿Es Ud. profetisa? Siempre he respondido: Soy la mensajera del Señor. Sé que muchos me han llamado profetisa, pero no he pretendido ese título”. Sin embargo, afirmó, “Si otros me llaman así, no les discuto” (*Mensajes selectos*, tomo 1, págs. 35, 36, 39).

“¿Por qué no he pretendido ser profetisa?” Ante esta pregunta, ofreció dos respuestas. Primero, “porque en estos días muchos que osadamente pretenden ser profetas son un baldón para la causa de Cristo”. En segundo lugar, “porque mi obra incluye mucho más de lo que significa la palabra ‘profeta’” (*ibíd.*, pág. 37). En otra ocasión observó, en relación a la controversia generada por su afirmación, que “[mi] misión abarca la obra de un profeta, pero no termina allí” (*Mensajes selectos*, tomo 3, pág. 83).

Quizá esta última observación captura la esencia del asunto, tal y como lo entendía Elena G. de White. Dios la había llamado a lo que la mayoría de la gente entendía como un papel profético, pero su obra no se limitaba a esa función.

El llamamiento, sin embargo, no implicaba asumir la posición de líder de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. “Nadie”, afirmó, “me ha oído jamás pretender la dirección de la denominación. Tengo una obra de gran responsabilidad que hacer y es la de impartir por la pluma y a viva voz la instrucción que me ha sido dada, y debo transmitirla no solo a los Adventistas del Séptimo Día, sino al mundo. He publicado muchos libros, grandes y pequeños, y algunos de ellos han sido traducidos a varios idiomas. Ésta es mi obra: exponer las Escrituras a otros como Dios me las ha expuesto a mí. [...] He sido comisionada para recibir y comunicar sus mensajes. No he de

## *La imagen de mensajera de Dios que tenía de sí misma*

aparecer delante de la gente con otro puesto que el de mensajera que tiene un mensaje" (*Testimonios para la iglesia*, tomo 8, págs. 247, 248). Ella tenía, como veremos al final de este capítulo, un entendimiento claro de la diferencia entre su papel y el de los dirigentes de la iglesia. Cabe resaltar que esta separación no existió en las mentes de otros que pretendieron el don profético en el siglo XIX, como Joseph Smith o Mary Baker Eddy.

Aunque Elena G. de White nunca ocupó ningún puesto administrativo en la Iglesia Adventista, fue ordenada ministro y desempeñó su responsabilidad durante buena parte de su vida. Sin embargo, dejó claro que su ordenación no vino de manos humanas, sino del mismo Dios (*Daughters of God*, pág. 252). Los hermanos de la década de 1870 no tenían ningún problema en llamarla "predicadora" (*Defence*, págs. 9, 10). Y, aunque es cierto que fue probablemente la predicadora más influyente del adventismo durante la mayor parte de su vida, no debemos confundir su papel con el de otros miembros del clero. Ella era, según sus propias palabras, una mensajera de Dios que daba a conocer lo que él le había mostrado a través de su Espíritu. Por lo tanto, reivindicó y ocupó un lugar único en el adventismo.

### COMPROMETIDA A DAR EL MENSAJE DE DIOS

Si alguien le hubiese preguntado a Elena G. de White cuál era la parte más importante de su ministerio, probablemente habría respondido "mis escritos". Durante su vida, tuvo un ferviente deseo de imprimir su mensaje, no porque fuese suyo, según afirmó, sino porque Dios se lo había entregado para su pueblo. Refiriéndose a los conceptos plasmados en *Patriarcas y profetas*, *El conflicto de los siglos* y *El Deseado de todas las gentes*, dijo: "El Espíritu Santo grabó estas verdades en mi corazón y mi mente en forma tan indeleble como la ley fue grabada por el dedo de Dios en las tablas de piedra" (*El colportor evangélico*, pág. 175). Mientras escribía el manuscrito de *El conflicto de los siglos*, "a menudo estaba consciente de la presencia de los ángeles de Dios" (*ibíd.*, pág. 178). Dadas estas experiencias, estaba convencida de que "la Hna. White no es la originadora de estos libros. Ellos contienen la instrucción que durante el período de su vida Dios le ha estado dando. Contienen la luz preciosa y

consoladora que Dios ha concedido generosamente a su sierva para ser dada al mundo" (*ibíd.*, pág. 173).

Saber que estaba escribiendo los consejos de Dios constituía un pensamiento solemne para ella. Sentía el deseo de honrarlo en su misión. "Camino temblorosa delante de Dios", le escribió en 1892 al presidente de la Asociación General. "No sé cómo expresar o plasmar con la pluma el gran tema del sacrificio expiatorio. No sé cómo registrar los asuntos con el mismo poder vivo con el que se presentan delante de mí. Tiemblo al pensar que podría minimizar el gran plan de salvación con palabras baratas. Inclino mi alma en temor y reverencia delante Dios y digo, '¿Quién es apto para estas cosas?' ¿Cómo puedo hablar, y cómo puedo escribir a mis hermanos, de manera que puedan captar los rayos de luz que emanan del cielo?" (*Carta 40*, 1892).

El ministerio literario de Elena G. de White ocupó gran parte de su vida. Generalmente, se iba a dormir a las ocho de la noche y se levantaba de madrugada muy temprano a escribir. En relación a sus momentos de escritura, comentó en 1896: "Estoy despierta a la una o a las dos. Ésa es la hora en que puedo escribir. Mi mano se desliza rápidamente sobre el papel y mi mente está clara. Mi espíritu se siente profundamente agitado. A veces creo que las impresiones de la verdad y los importantes eventos que se avecinan me privarán de la fortaleza física y me dejarán postrada con la sensación de las realidades eternas que se abren delante de nosotros" (*Carta 59*, 1896). Sus palabras transmiten un sentido de su ahínco.

Otra descripción a modo de muestra de su hábito de escribir de madrugada es del año 1906. Después de haberse acostado temprano el sábado de noche, se despertó a las diez y media de la noche. "Había recibido instrucciones", le escribió a una amiga, "y rara vez puedo seguir durmiendo después que me han llegado mensajes de ese tipo [...]. Dejé mi cama y escribí durante cinco horas, tan rápido como mi mano podía trazar las líneas. Luego descansé [...]. Dejé el asunto en manos de mi copista y el lunes por la mañana ya estaba listo [...]. Escribo la mayoría de las cosas cuando los otros miembros de la familia duermen. Enciendo la chimenea y comienzo a escribir ininterrumpidamente, a veces durante horas" (*Carta 28*, 1906).

Había ocasiones, por supuesto, en las que no contaba con esos pacíficos momentos por la mañana; pero aún así, sentía la necesi-

## *La imagen de mensajera de Dios que tenía de sí misma*

dad de escribir su mensaje. Cuenta su esposo que en una ocasión escribió seis páginas de testimonios mientras J. N. Andrews predicaba. “Ella se sentó”, escribió Jaime, “a poco más de un metro del púlpito, y usó su Biblia como mesa. [Después] cuando se le preguntó qué opinaba del hermano Andrews como predicador, contestó que no podía opinar, pues hacía mucho tiempo que no lo escuchaba” (*Review and Herald*, 8 de diciembre de 1863). Según parece, no solo fue una mujer de ahínco, sino que tenía una capacidad de concentración excepcional.

La Sra. White escribió un gran número de libros durante toda su vida, y también redactó material para más de cinco mil artículos periódicos, ocho mil cartas (algunas muy largas) y manuscritos (en su mayoría sermones, testimonios para varios grupos o individuos, y anotaciones en su diario). Al mismo tiempo administró un hogar, crió dos hijos propios y otros ajenos, y ofreció charlas periódicas a auditorios de diversos tamaños. Una anotación en su diario del 28 de enero de 1868 nos da una idea de cómo estas responsabilidades adicionales interferían con su trabajo literario: “El hermano [J. O.] Corliss (un joven converso) me ayudó a preparar el desayuno. Todo lo que tocábamos estaba congelado. Todas las cosas que había en el sótano estaban congeladas. Preparamos nabos y papas, todo congelado [...]. Horneé ocho bandejas de panecillos, barrí las habitaciones, lavé los platos y ayudé a Guillermo [de 13 años] a poner nieve en la caldera. Esto último requería de varios baldes, pues no contamos con agua de pozo o cisterna. Luego arreglé mi armario y me sentí cansada. Descansé por unos minutos. Preparé cena para Guillermo y para mí. Apenas habíamos terminado, llegó mi esposo con el hermano Andrews y no habían cenado. Comencé a cocinar de nuevo y pronto les tuve listo algo para comer. El día casi había terminado y ni una línea escrita. Me entristecí por esto. Estoy excesivamente agotada. Mi cabeza está cansada” (*Manuscrito 12*, 1868; la cursiva es nuestra). Con días así, no es difícil imaginar por qué desarrolló ya en su juventud el hábito de levantarse tan temprano a escribir.

La escritura sería su pasión hasta el final de su vida. En 1913, a sus 86 años, aún supervisaba la publicación de sus obras. “Ya no tengo las energías que tenía antes”, le comentó a los estudiantes del Pacific Union College en el norte de California, “pero mientras

viva, no me quitaré la armadura” (Alma E. McKibbin, *Manuscrito* “Mis memorias”, 15 de febrero de 1956).

El ministerio de oratoria de Elena G. de White fue tan extenso como su obra literaria. Solicitada en todo momento, viajó incesantemente para atender todas las invitaciones que recibía, en una época en la que viajar se convertía en una actividad pesada y agotadora. Un ejemplo de su entrega como predicadora se dio en 1885, cuando cruzó los Estados Unidos en tren por lo menos 24 veces desde California hasta el este del país. Debemos tener en cuenta que los viajes transcontinentales en tren llevaban en funcionamiento apenas 16 años y que representaron únicamente una pequeña parte de sus viajes por Norteamérica, buena parte de Europa, Australia y Nueva Zelanda.

También aquí la impulsaba su convicción de que Dios le había encomendado una misión. “Cuando me presento delante de grandes congregaciones”, le contaba al presidente de la Asociación General en 1902, “pareciera como si estuviese delante del gran trono de Dios para responder por las almas que han sido presentadas delante de mí, y que aún no están preparadas para recibir en paz al Señor” (Carta 138, 1902). En el próximo capítulo volveremos a la faceta de Elena G. de White como oradora.

Hasta ahora hemos visto que ella no tenía ninguna duda de que era la mensajera de Dios y de que era guiada por él en sus escritos y sus predicaciones. Pero esta circunstancia, sin embargo, no implicaba que su entendimiento religioso o sus expresiones permanecieran inalterables con el correr del tiempo. Sus escritos acerca del tema de la gran controversia, por ejemplo, se tornaron cada vez más complejos y sofisticados durante los sesenta años que trató el asunto. Además, también tenía momentos en los que, al igual que nosotros, actuaba demasiado rápido y tenía que admitir que se había equivocado (ver *Testimonios para la iglesia*, pág. 490). Por otra parte, en algunos temas su entendimiento evolucionaba al punto de llegar a creer lo opuesto a lo que una vez había sostenido. La hora de comenzar el sábado y el hecho de que realmente algo ocurrió el 22 de octubre de 1844 son dos ejemplos. En tales casos, el estudio bíblico y sus visiones la ayudaron a refinar sus percepciones (ver *Ministry*, octubre de 1993). A veces también recibía luz de conversaciones con otros diri-



## *La imagen de mensajera de Dios que tenía de sí misma*

gentes adventistas sobre cómo mejorar, implementar e incluso comprender lo que había escrito. En resumen, ser la mensajera de Dios no significaba que Elena G. de White fuera omnisciente. Era como nosotros, en el sentido que obtenía entendimiento y desarrollaba sus puntos de vista a través del tiempo, hasta en los temas espirituales. Su don no la convirtió en una especie de ser sobrehumano infalible.

### UNA MIEMBRO DE IGLESIA FIEL

Como mencioné, Elena G. de White nunca ocupó ningún puesto oficial de dirigente de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Su función, según ella la entendía, era presentar los mensajes de Dios a los dirigentes para que los aprovecharan. Aparte de eso, fue una miembro de iglesia fiel que creía que Dios podía revelar su voluntad a través de la iglesia. Un ejemplo de esto lo vemos en los dos años que vivió en Europa, de 1885 a 1887. Ella no quería irse a Europa. Fue más bien que la Asociación General lo solicitó. Llevaba meses orando por conocer la voluntad de Dios. Sin embargo, no obtenía respuesta clara sobre lo que debía hacer. Al final, “decidió actuar según el criterio de la Asociación General, y partir confiando en Dios”. Solo después, observó ella, estuvo segura “de que estaba actuando de acuerdo con la voluntad de Dios” (*Review and Herald*, 15 de septiembre de 1885). Dicho brevemente, creía que Dios había usado la iglesia para revelar su voluntad.

Durante su misión a Australia de 1891 a 1900, demostró claramente su convicción de que Dios utiliza a la iglesia para revelar su voluntad. Igual que con ocasión de su viaje a Europa, ella no quería ir. Había estado orando al respecto, pero no recibía luz que pudiera considerarse la voluntad de Dios. Además, a sus 64 años, no tenía deseos de dar comienzo a un nuevo ministerio en un país lejano. Sin embargo, aceptó porque la iglesia se lo pidió. Más tarde, mirando su experiencia retrospectivamente, describió su proceder en este tipo de casos: “Obedecí las indicaciones de la Asociación [General], como siempre he procurado hacer cuando no tenía yo misma una comprensión clara” (*Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 274). Días después de esta afirmación, escribió: “El Señor, en su providencia, nos ha traído aquí en el momento justo, a pesar de todas las pruebas y aflicciones que han venido sobre nosotros” (*Carta 40*, 1892).

Ella había luchado a brazo partido por la organización de la iglesia en la década de 1850 y por su reorganización en 1901; y pensaba que la estructura de la iglesia, aunque no era perfecta, era mejor que las alternativas. En 1909, cuando A. T. Jones (famoso a raíz de lo de 1888) y otros trataron de implantar una forma de gobierno congregacional en el adventismo, ella expresó lo siguiente ante el congreso de la Asociación General: “Algunos consideran que todos los esfuerzos hechos para hacer reinar el orden son peligrosos, y los tienen por restricción de la libertad personal, algo que debe ser temido como el papismo. Estas almas engañadas consideran que es una virtud jactarse de su libertad de pensar y de actuar independientemente”. Tales ideas, afirmó, tenían una inspiración diabólica. “Oh, cómo se regocijaría Satanás si lograra tener éxito en sus esfuerzos para penetrar entre este pueblo y desorganizar la obra en un tiempo en que la organización esmerada es esencial” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 9, pág. 206).

“Algunos”, continúa ella, “han sostenido que a medida que nos acercamos al fin del tiempo, cada hijo de Dios actuará independiente de cualquier organización religiosa. Pero el Señor me ha indicado que en esta obra no es posible que cada hombre sea independiente”. Incluso las estrellas, señalaba ella, son guiadas por una ley común que controla sus acciones. A estos cristianos que buscaban obrar independientemente los comparó con caballos no amaestrados, que, cuando son uncidos, tiran en direcciones diferentes, creando confusión. “Los que llevan el yugo de Cristo” añade ella, “no pueden tirar por separado” (*ibíd.*, pág. 207).

Fue aún más lejos al afirmar que “Dios ordenó que tengan autoidad los representantes de su iglesia de todas partes de la tierra, cuando están reunidos en el congreso de la Asociación General” y que frente a las normas que se decidan en tales sesiones “la independencia y el juicio particulares no deben sostenerse con terquedad, sino entregarse” (*ibíd.*, págs. 208, 209). Deberíamos observar que ella buscó con sumo cuidado un equilibrio entre tales afirmaciones y otras que sugerían que los dirigentes de la iglesia no debían tratar de controlarlo todo, sino que necesitaban dejar sitio para la individualidad (ver *ibíd.*, págs. 207, 208).

Elena G. de White no se hacía ilusiones en cuanto a la perfección de la iglesia. De hecho, dada su posición, probablemente sabía

*La imagen de mensajera de Dios que tenía de sí misma*

más que nadie acerca de los problemas de la misma. Pero esto no la llevó a apartarse de ella, ni siquiera en los diezmos. En 1890 escribió que “puede que ministros indignos reciban parte de los fondos así recogidos, pero ¿se atreverá alguien por ello a retener fondos que pertenecen a la tesorería y enfrentar la maldición de Dios a causa de esto? Yo no me atrevo. Yo pago mi diezmo alegremente y con libertad, y digo, como David, ‘de lo recibido de tu mano te damos’” (*Manuscrito 3*, 1890).

En conclusión, podemos afirmar que Elena G. de White no solo era una mensajera de Dios dispuesta a presentar sus verdades a la iglesia a través de sus escritos y predicaciones, sino también una miembro de iglesia fiel que creía en ella y la apoyaba a pesar de sus defectos.



# Capítulo 13

## Conferencista

**H** M. S. RICHARDS escuchó a Elena G. de White en 1909 en un galpón con techo metálico que albergaba a unas mil personas, en Boulder, Colorado. “La recuerdo”, cuenta él, “como una dulce mujer entrada en años, con apariencia maternal. Sostenía una gran Biblia blanda, y, apenas inició su sermón, comenzó a llover. Imaginen el sonido de la lluvia sobre el techo metálico. Ella no tenía un amplificador, pero sí una tremenda voz para predicar [...]. Se la podía escuchar claramente a pesar de toda esa lluvia cayendo sobre el techo [...]. Ella se concentraba en los textos de su Biblia, pero no se detenía para mirar y leer. Conocía y citaba cada texto que usaba, uno tras otro, con gran naturalidad” (*Ministry*, octubre de 1976).

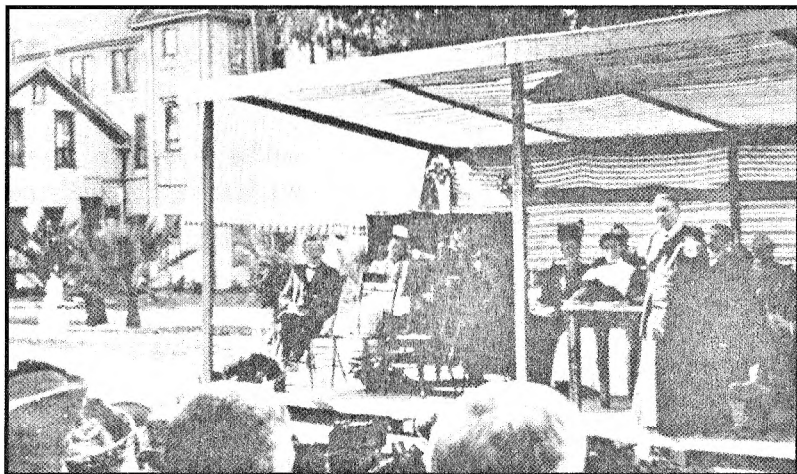
### UNA VOZ ENÉRGICA

El recuerdo de Richards ofrece una vívida imagen de la oratoria de una persona a quien la mayoría conoce únicamente por sus escritos. Aún en su tiempo, Elena G. de White era una predicadora muy solicitada que ofreció miles de sermones a toda clase de auditorios. Durante el proceso, desarrolló un estilo admirado por muchos, tanto dentro como fuera del adventismo.

## *Pasajando con Elena G. de White*

L. H. Christian, quien la escuchó por primera vez en Minneapolis en 1888, nos da otro ejemplo de la capacidad oratoria de la Sra. White. Recordaba que “ella comenzó a hablar con su voz suave, placentera y melodiosa, acerca del plan de Dios y de su propósito de salvar a la humanidad. [...] Simplemente nos habló acerca del maravilloso amor de Dios y de sus esfuerzos por salvar al mundo. Habló de Jesús de una manera casi nueva, como si se tratase de un amigo muy querido. Nunca he escuchado otro sermón como ése desde entonces...”

“Algo que me impresionó fue su voz. Era hermosa y natural. Cualquiera podría pensar que le hablaba a personas a solo uno o dos pies [de distancia] de donde estaba. Yo me preguntaba si las demás personas podrían oír. Más tarde, en el congreso de Takoma Park [...] tuve ocasión de probar su voz. Ella estaba en un gran estrado frente a una concurrencia de cinco mil personas, algunos al final de la gran carpa. Me senté al frente y me dije, ‘los que están al fondo no deben de tener ni idea de lo que está diciendo’. Entonces, escabulléndome, salí de la tienda y me encaminé hasta la parte de atrás. Cuando entré, me quedé de pie detrás de la gran multitud y podía oír cada palabra y casi cada sílaba de cada palabra con tanta claridad como cuando estaba al frente” (*Fruitage of Spiritual Gifts*, págs. 45, 46).



Elena G. de White pronunciando el discurso inaugural en el sanatorio de Loma Linda en 1906

Entre 1957 y 1959, Horace Shaw, profesor de oratoria, interrogó a 366 personas que habían escuchado hablar a Elena. Su estudio coincide con la descripción de Richards, Christian y los informes dados por otras personas estando ella aún viva. Muchos de los interrogados resaltaron la capacidad de transmisión de su voz, aspecto esencial de todo orador de éxito en los días previos al micrófono. Otros notaron que hablaba claro, de forma deliberada y lentamente. Además, era experta a la hora de modular su voz y variar sus entonaciones para lograr los matices deseados.

Curiosamente, todos los interrogados dijeron que ella hacía muy poco uso de movimientos de manos y brazos. En vez de moverse por el estrado, rara vez se apartaba de detrás del púlpito. “No había nada de extraordinario”, concluye Shaw, “en su estilo en el estrado”. Su voz era su principal herramienta de comunicación. La utilizaba con una profunda intensidad y sinceridad, con una convicción que atrapaba a sus oyentes y los mantenía atentos, pese a que a menudo hablaba de 60 a 90 minutos o más. Normalmente no empleaba notas, aunque a veces (dependiendo del propósito que tuviese) leía de un manuscrito.

Shaw cuenta varios incidentes que demuestran su capacidad para mantener la compostura en el estrado, incluso frente al peligro para su persona y la confusión. En varias ocasiones, fanáticos y personas trastornadas trataron de atacarla mientras predicaba. Uno de estos individuos se sentó en el balcón lo más cerca posible del estrado. “Justo en medio del servicio”, apuntó G. W. Pettit, “un individuo se lanzó con la intención de caerle encima. Cayó de espalda como a un metro de ella [...]. Varios pastores lo agarraron y lo sacaron de la iglesia. Ella continuó hablando como si nada hubiese pasado, totalmente tranquila”. En otras ocasiones, la policía tuvo que intervenir para sacar a esta clase de sujetos, pero, uno tras otro, los informes indican que Elena G. de White mantenía siempre la compostura, ni siquiera refiriéndose a veces al incidente mientras proseguía su charla (véase H. L. Shaw, “Análisis retórico de la oratoria de Elena G. de White”, págs. 507-528).

Elena G. de White, como era de esperarse, hacía buen uso de frases e ilustraciones pintorescas. Cierta vez, por ejemplo, calificó a un ministro que era grande para la acción pero pequeño para la pla-

nificación de ser tan eficaz como una “formación de cañones cuáqueros”\* (Carta 31, 1886). En otra ocasión, dirigiéndose a un grupo de educadores, ilustró a través de una anécdota personal el problema de los maestros que no saben controlarse a sí mismos. Cierta vez, mientras se encontraba sentada junto a un estudiante molesto, recordaba, “el maestro lanzó una regla para golpear al estudiante en la cabeza, pero me golpeó a mí, causándome una herida considerable. Yo me levanté de mi asiento y abandoné el aula. Cuando salí de la escuela y me dirigía hacia mi casa, él me siguió y me dijo, ‘Elena, cometí un error, ¿no me vas a perdonar?’

“Yo le dije: ‘Sí lo haré, pero ¿cuál fue el error?’

“Yo no quise golpearlo’, me respondió.

“Entonces yo le contesté: ‘Es un error que golpee a cualquier persona. Prefiero tener esta brecha en la frente a que otro hubiese resultado herido’” (Manuscrito 8b, 1891).

Entonces, procedió a explicar que un maestro eficaz no solo debe ser perspicaz, sino que debe saber controlarse.

Aparte de su agilidad con las palabras, la hermana White era verdaderamente ferviente. Ella afirmó: “Dios me ha encomendado un testimonio para su pueblo que no le ha dado a nadie más. Soy la portadora de ese testimonio, que es como fuego encerrado entre mis huesos” (Carta 36, 1878). Los diarios de Minneapolis de 1888 captaron ese vigor. El *Journal* publicó que “ella habló en un tono pausado, de forma clara e impactante. Cada palabra pronunciada parecía causar impresión”. Unos días antes, el mismo periódico había dicho que ella se expresaba con “todo el fuego” de un hombre (*Minneapolis Journal*, 20 y 13 de octubre de 1888). Su nieta Ella también nos da una idea del fervor de Elena G. de White. La Sra. White había estado refiriéndose al amor sin igual de Cristo, cuando repentinamente “detuvo el sermón, y exclamó, ‘Oh, Jesús, ¡te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!’” para después continuar su mensaje (*Youth’s Instructor*, 30 de marzo de 1948).

La esposa de Guillermo describe una curiosa característica del fervor de su suegra (al menos en sus últimos años): su transpiración. Después de hablar durante una hora, recuerda May, “se empapaba de sudor. No se quedaba a conversar con nadie, y teníamos que lle-

\* N del T: Cañones simulados hechos con troncos de madera que se utilizan para engañar a un enemigo. Su nombre proviene de la tendencia pacifista de los cuáqueros.



varla a una habitación para secarla con una esponja. Había que llevarle ropa interior fresca, porque la suya se humedecía por completo. Sencillamente lo mojaba todo con el sudor". Esto pasaba especialmente ante públicos grandes en los que tenía que hacerse escuchar sin altavoces (Ethel May Lacey White Currow, entrevistada por James Nix, 11 de junio de 1967).

#### LA PROMOCIÓN DE LA TEMPERANCIA Y SUS AUDITORIOS MÁS NUTRIDOS

Algunos de los auditorios más multitudinarios de Elena G. de White se dieron en reuniones de temperancia. La más grande fue sin duda la de Groveland, Massachusetts, en agosto de 1876. Las personas llegaban al congreso al aire libre en tren y en barco tanto desde Boston, como desde Haverhill. Cada día partían dos barcos a vapor y 18 trenes con paradas en el congreso al aire libre. Las reuniones del sábado estuvieron muy concurridas, pero el siguiente día trajo una marea inesperada de gente. "El domingo", escribió su sobrina, "fue un día muy movido en el congreso al aire libre. Varios trenes especiales salieron desde Lawrence, Newburyport, Haverhill y otras ciudades; y a las 9 de la mañana el lugar estaba lleno de intelectuales a quienes la Hna. White les predicó cerca de una hora.

"La gente seguía llegando desde los pueblos circunvecinos, así como los trenes con su carga viviente. Después de un intermedio de 30 minutos, la Sra. White subió al estrado en medio del silencio de la vasta multitud y se dirigió a la gente acerca del tema de la temperancia cristiana" (*Signs of the Times*, 14 de septiembre de 1876).

Acerca de este encuentro, Elena escribió "¡Qué tremenda escena se presenta delante de mí! Se estima que unas veinte mil personas están congregadas en este campo. El tercer tren, con quince vagones, acaba de llegar. Todos los asientos estaban ocupados, igual que cualquier zona en la que se pudiese estar de pie, hasta en el estrado y los escalones. Un mar de cabezas humanas se extiende frente a mí y continúan llegando carruajes. [...] Hay muchos carruajes que se están yendo porque no encuentran un lugar donde poder escuchar la predicación" (*ibíd.*).

Después de su charla del domingo, una delegación especial la invitó a hablar en el ayuntamiento de Haverhill. Allí, según cuen-

ta, las personas más importantes y sofisticadas de la ciudad la acompañaron en el estrado. “La Reina de Inglaterra”, escribió ella, “no podría haberse sentido mejor honrada. [...] Mil personas de las más elegantes y selectas de la ciudad estaban ante mí, y varias veces fui interrumpida por aplausos y zapateos. Nunca antes había tenido una victoria tan señalada. [...] Nunca había visto un entusiasmo como el que manifestaron estas nobles personas descollantes en la reforma a favor de la temperancia a raíz de mi charla sobre la temperancia” (*Carta 42*, 1876).

El siguiente año sucedió algo similar en Groveland. Allí, el *Haverhill Daily Bulletin* informó: “Trenes de todas las procedencias llevaron multitudes inmensas al lugar, que literalmente parecía un enjambre de personas. La Sra. White les habló acerca de la temperancia cristiana. Esta dama es una oradora impresionante y contundente que se apodera del auditorio con aseveraciones claras y una lógica convincente” (*Haverhill Daily Bulletin*, 27 de agosto de 1877, citado en *Ellen G. White*, tomo 2, de Arthur L. White, pág. 67).

Elena G. de White también desempeñó un ministerio para no adventistas en Europa, no solo sobre asuntos de temperancia sino también en áreas más claramente religiosas. En Noruega, por ejemplo, fue invitada a una reunión de temperancia que se realizó en un gimnasio militar, ya que éste era el mayor salón de la ciudad. Allí, agradeció a los organizadores el gesto de haber colocado una bandera estadounidense como dosel sobre el púlpito, aparentemente en su honor. Entre los asistentes se encontraba un obispo de la iglesia estatal y representantes del clero.

En una ciudad noruega no encontraban un auditorio lo suficientemente grande, así que los funcionarios locales dispusieron un salón de baile para su charla. La tarima la armaron uniendo seis mesas de cerveza y colocando una gran alfombra cuadrada sobre su superficie. Encima, montaron una séptima mesa a modo de púlpito. “Dudamos”, bromeó ella, “que a este salón y a las mesas se les haya dado un mejor uso anteriormente. El público llegó, llenando los asientos, las galerías y todo el sitio disponible para estar de pie. Escucharon con mucha atención mientras yo les hablaba del amor de Cristo y de su vida de sacrificio” (*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists*, pág. 207).

## *Conferencista*

La Sra. White fue una vigorosa oradora hasta los ochenta y pico años. En noviembre de 1909 le escribió a su hijo Edson: “El viernes 26 de noviembre cumpliré 82 años. Muchos se sorprenden de que a mi edad sea capaz de hablar ante grandes agrupaciones de personas. Pero es el Señor quien me sostiene” (*Carta 144*, 1909). Su pasión por el evangelismo perduró hasta el final de sus días. En 1904 escribió, “no creo que mis labores deban dirigirse principalmente a nuestro pueblo, sino a quienes aún no tienen la luz de la verdad” (*Carta 195*, 1904). En el próximo capítulo examinaremos su faceta como evangelista.



## Capítulo 14

# Evangelista y obrera a nivel personal

**D**ESDE CIERTA perspectiva, podríamos definir la vida de Elena G. de White como una campaña continua de evangelismo de uno u otro tipo. Las páginas de sus escritos están llenas de anécdotas de evangelización. El 28 de junio de 1903, por ejemplo, le contaba a un hermano adventista: “En nuestra localidad estamos haciendo todo lo posible por llevar la verdad a nuestros vecinos. Hemos hecho tres reuniones al aire libre en el parque Hot Springs en Calistoga [a unos kilómetros de su hogar del norte de California]. Hablé en cada una de ellas. El objetivo es alcanzar a los que no asisten a la iglesia”. La carta continúa diciendo que la siguiente semana harían otras reuniones en el pueblecito de Santa Helena, a mayor distancia, bajando por el valle del Napa, cerca de Calistoga. Elena G. de White también asistió a reuniones en la sede de los excombatientes, cerca de Yountville. “En derredor nuestro por todas partes”, escribió, “hay almas que necesitan el evangelio. ¿Quién podría necesitarlo más que estos hombres de edad avanzada?” Ella pensaba que allí podría hacerse una buena obra. “Todos debemos hacer lo posible por llevar a las almas al conocimiento del evangelio. Trabajemos por nuestros vecinos. Hay mucho que hacer. Que Dios nos ayude a obrar tanto por los que están cerca, como por quienes están lejos” (*Carta 122, 1903*).

### TRABAJAR POR LOS DEMÁS

Aparte de ser una predicadora efectiva, como lo vimos en el capítulo 13, la Sra. White era entusiasta y persistente en el evangelismo personal. La pregunta número 17 del impreso de información biográfica que cumplimentó para la Asociación General en 1909 decía: “¿Cuándo, dónde y en calidad de qué comenzó a trabajar para la causa?” Ella respondió: “En Maine, 1842, predicándole a unas jóvenes amigas”.

Cuenta Elena que poco después de su conversión, “procuré aprovechar toda oportunidad de ejercer influencia en mis amigas para guiarlas hacia la luz”. Con esto en mente, programó reuniones para ellas. Algunas eran mayores, otras estaban casadas y otras eran “vanidosas e irreflexivas”. “Mis experiencias les parecían cuentos y no escuchaban mis exhortaciones”. Pero a pesar del rechazo, la joven Elena resolvió “perseverar en el esfuerzo hasta que esas queridas almas, por las que tenía vivo interés, se entregasen a Dios. Pasé noches enteras en fervorosa oración...

“Algunas se reunían con nosotras por curiosidad de oír lo que yo diría. Otras se extrañaban del empeño de mis esfuerzos, sobre todo cuando ellas mismas no mostraban interés por su propia salvación. Pero en todas nuestras pequeñas reuniones yo continuaba exhortando a cada una de mis amigas y orando separadamente por ellas hasta lograr que se entregasen a Jesús y reconociesen los méritos de su amor misericordioso. Y todas se convirtieron a Dios” (*Notas biográficas*, pág. 46).

Otro ejemplo de Elena como evangelizadora personal se dio en Nimes, Francia, donde, según cuenta, “hicimos de la tarea de ganar almas nuestra obra”. Un joven converso se había desanimado, en parte, por la forma en que los miembros más antiguos lo habían tratado. Como resultado, había abandonado su fe en el sábado y se había buscado un trabajo de relojero. La Sra. White utilizó esta última circunstancia como medio para contactarlo. Después de todo, observó, podía mandar su reloj a reparar.

Aparentemente, no solo habló con él en la relojería, sino que lo invitó a las reuniones en las que ella sería la oradora. Cuenta que el joven “asistía a la reunión cuando pensaba que yo iba a hablar y se sentaba con sus ojos fijos en mí durante todo el discurso”. Apro-

## *Evangelista y obrera a nivel personal*

vechando su interés, habló con él por espacio de dos horas. “Le presenté con instancia el peligro de su situación. Le dije que el hecho de que sus hermanos habían cometido un error no era razón para que él entristeciera el corazón de Cristo, que lo había amado tanto, que había muerto para redimirlo... [...] Le rogué entonces con lágrimas que cambiara el rumbo de su vida, que dejara el servicio de Satanás y el pecado [...], que regresara como el hijo pródigo a la casa de su Padre”.

Pero si el joven decidía guardar el sábado, perdería su empleo. Elena G. de White no se apartó de él en medio de este dilema. Más bien, lo instó “a que tomara una decisión inmediata”. Entonces, oró fervientemente con él y le dijo que no se “atrevía a que él cruzara el umbral de la puerta hasta que, ante Dios, los ángeles y las personas presentes, dijera: ‘Desde este día seré cristiano’. ¡Cómo se regocijó mi corazón cuando él lo dijo!”. Al día siguiente renunció a su trabajo y comenzó a guardar el sábado (*El evangelismo*, págs. 329, 330).

Elena G. de White tenía una agilidad mental impresionante. Disponía de varios “trucos” de evangelización bajo la manga que estaba dispuesta a utilizar si se le presentaba la oportunidad. Un tal Radley, granjero que vivía cerca de Castle Hill (hoy en día un barrio periférico de Sidney, Australia) casi había aceptado el mensaje adventista, pero se había echado para atrás. La Sra. White sintió la necesidad de visitarlo con algunos de sus libros, cosa que hizo. “Hablé con él”, les contaba a los delegados del congreso de la Asociación General de 1901, “como si él estuviera con nosotros. Le hablé acerca de sus responsabilidades” con sus vecinos, puesto que tenía conocimiento de la verdad de Dios.

“Me miró en forma extraña, como si quisiera decirme: ‘Yo no creo que Ud. sabe que he abandonado la verdad, [...] que no guardamos el sábado’. Pero yo lo sabía. Sin embargo, le hablé como si él estuviera con nosotros. Le dije: ‘Le ayudaremos a comenzar a trabajar por sus vecinos. Deseo obsequiarle algunos libros’”. Cuando procuró evitar recibir los libros alegando que podía conseguirlos en la biblioteca, Elena lo presionó a aceptarlos de todas maneras, ya que, según lo expresó ella, él no había estado usando la biblioteca. Finalmente aceptó. Entonces, recuerda Elena, “nos arrodillamos y oramos, y cuando nos levantamos, él dijo mientras las lágrimas corrían

por su cara: 'Me alegro porque Ud. ha venido a verme. Le doy las gracias por los libros"'. Gracias a esa visita, él y su familia se unieron a la iglesia y los libros que ella le obsequió sirvieron para llevar a otros al adventismo (*ibíd.*, págs. 330, 331).

#### LLAMAMIENTOS AL CORAZÓN DESDE EL CORAZÓN

Elena G. de White era igual de hábil haciendo llamamientos en público como lo era en privado. En 1876, por ejemplo, le contó a Guillermo que después de hablar durante más de una hora en una reunión pública en Maine, llamó "adelante a todos los que no se habían entregado al Señor, a los que se habían apartado de él y a quienes sentían que tenían sobre sí pecados que los separaban de Dios. Antes de que terminase nuestra exhortación, se adelantaron sesenta y cinco personas. Un profundo sentimiento se apoderó de la reunión. Hubo mucha contrición y confesiones hechas entre lágrimas. Los padres rogaban por sus hijos y los jóvenes exhortaban a otros jóvenes a que entregaran sus corazones a Dios. Permanecí de pie cerca de cuatro horas hablando y llamando a los pecadores" (*Carta 44*, 1876).

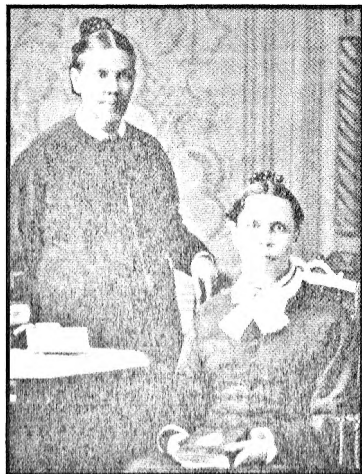
Sin embargo, para Elena G. de White, un llamamiento evangelizador público de no era algo que ella hiciese únicamente desde el estrado de orador. Ella siempre estaba dispuesta a mezclarse con el auditorio. Por ejemplo, después que una parte de la congregación había pasado al frente durante un llamado hecho desde la plataforma en Hobart, Tasmania, les contó a sus lectores, "bajé y me metí entre las personas, y, caminando hasta el último asiento de la carpa, me dirigí a varios jóvenes. Los invité a entregar sus corazones a Jesús, y los cinco pasaron al frente". Luego se acercó a varias jovencitas que lloraban, las invitó y ellas también respondieron (*Review and Herald*, 11 de febrero de 1896).

De todos los llamamientos espirituales que Elena G. de White realizó en su vida, uno de los más conmovedores fue el que le hizo a su hermana gemela, unos meses antes de su muerte en 1891. Como vimos en el capítulo seis, Lizzie fue probablemente la única de los siete hermanos de Elena que nunca hizo profesión de religión durante su madurez. Ella había aceptado el movimiento millerita, pero su injusta expulsión en 1843 de la Iglesia Metodista por sus



creencias en el segundo advenimiento, aparentemente le creó un rechazo hacia la religión para el resto de su vida. Puesto que el llamamiento que hizo Elena, de gemela a gemela, es tan conmovedor, citaré buena parte de él.

Después de hablarle del amor de Jesús y de su capacidad para salvar a todos los que acudan a él, Elena le imploró a su achacosa gemela: “¿No crees en Jesús, Lizzie? ¿No crees que él es tu Salvador, el que ha evidenciado su amor por ti al entregar su preciosa vida para que puedas ser salva? Lo único que se te pide es que aceptes a Jesús como tu



COLECCIÓN DE LA FUNDACIÓN ELLEN G. WHITE

*Elena G. de White con su gemela Elizabeth a la edad de 51 años*

precioso Salvador. Pido de corazón que el Señor Jesús se revele ante ti y Rubén. Tu vida en este mundo no ha sido de placer, sino de dolor. Pero si no dudas de Jesús, y crees que él murió para salvarte, y acudes a él tal como eres, y te entregas a Jesús, y te aferras de sus promesas mediante una fe viva, él será para ti cuanto puedas desear.

“A cualquiera que me pregunta ‘¿Qué debo hacer para ser salvo?’ yo le respondo, Cree en el Señor Jesucristo. No dudes ni por un momento que él desea salvarte tal como eres. [...] Nadie se verá obligado a ser salvo. El Señor Jesús no fuerza la voluntad de nadie. Él nos dice a todos, Escogeos hoy a quién sirváis...”

“Cristo llevó por nosotros la maldición del pecado para que no pereciésemos. Él fue tratado como transgresor para que el pecador pudiese obtener su justicia. Él fue condenado por nuestros pecados, de los que él no había participado; para que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la que no teníamos parte”.

Tú, “mi querida hermana” y tu esposo “tienen razones para confiar en su misericordia y para creer que Jesucristo puede salvarlos. ¿Por qué? ¿Porque están libres de culpa? No, sino porque sois pecadores. Jesús dijo ‘no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento’. Cuando el diablo os susurre al oído que no

hay esperanza, decidle que sabéis que sí la hay, porque ‘de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna’. ¿Qué más podría hacer Dios por ti para que lo ames, que lo que ha hecho? *Lizzie, cree, simplemente cree que Jesús cumplirá lo que ha dicho. Toma su palabra, y pon tu alma indefensa en manos de Jesucristo.*

“Querida hermana, no tienes que hacer nada extraordinario. Ahora te sientes pobre, doliente y afligida. Jesús invita a todos los que están en esa condición a venir a él. ‘Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar...’. No desperdiciéis una promesa tan hermosa como ésa. Las manos que fueron clavadas en la cruz por ti están extendidas para salvarte. No debes temer mientras yaces en esa cama de enfermedad y de muerte. Tus amigos podrán sentir pena, pero no pueden salvarte. Ni siquiera tu médico puede salvarte. Pero hay uno que murió para que puedas vivir por las edades eternas. Solamente creed que Jesús escuchará vuestra confesión, recibirá vuestra penitencia y perdonará cada pecado para haceros hijos de Dios. Jesús intercede en tu favor. *¿Te entregarás a él con fe? Quisiera tomarte en mis brazos y acomodarte sobre el pecho de Jesucristo. Estoy orando por todos vosotros, para que derramáis vuestros corazones en vista del amor de Jesús, y que aceptéis su amor y tengáis su paz, su gozo y su justicia... Con Jesús como tu bendito amigo, no tienes por qué temer a la muerte, pues ésta será para ti como cerrar los ojos aquí y abrirlos en el cielo. Entonces, nos reuniremos para nunca más separarnos. Debes aceptar a Jesús. Él anhela darte su paz y la luz de su rostro. Lizzie, mi corazón anhela verte confiada en Jesús, porque él puede darte su gracia para soportar todos tus agudos sufrimientos. Él te ama y desea salvarte*” (Carta 61, 1891; la cursiva es nuestra).

Tal era el dolor de una hermana por su gemela. Desgraciadamente, parece que cayó en oídos sordos. Lizzie murió el 21 de diciembre de 1891 en Gorham, Maine, el mismo lugar donde nació. Aunque eran gemelas, es difícil imaginar dos trayectorias más diferentes.

## Capítulo 15

# Sobrellevar la frustración y enfrentar la oposición

**D**E VEZ EN CUANDO se ha dado la circunstancia para la mayoría de los dirigentes de la iglesia de que sus palabras se hayan visto tergiversadas, o que hasta sus pensamientos hayan sido distorsionados deliberadamente por parte de alguien que quiere demostrar que tiene razón. Elena G. de White no estuvo exenta de este problema. Sin embargo, en su caso el asunto era mucho más serio, pues sus defensores afirmaban que sus pensamientos estaban inspirados por Dios. Por lo tanto, sus consejos tenían más “peso” a la hora de probar una u otra cosa.

### FRUSTRADA POR SUS “AMIGOS”

El mismo empleo indebido de los escritos de Elena G. de White que la persiguió durante toda su vida sigue aquejándonos hoy. Algunas personas, por ejemplo, utilizaban sus consejos como un garrote para reformar a otros. En 1900, D. H. Kress le escribió a Elena G. de White acerca de esta práctica en relación al Dr. J. H. Kellogg. “Algunos de nuestros hermanos”, decía, “han usado los testimonios dados para corregir y salvar [a Kellogg] a modo de garrote para destruirlo a él y su influencia”. Ese uso indebido de sus escritos, según Kress, estaba creando en el doctor aversión hacia la Sra. White,

pues la estaba asociando con quienes lo atacaban, y no con su verdadero deseo de ayudarlo (Daniel H. Kress a Elena G. de White, 18 de octubre de 1900).

En 1881 la Sra. White expresó su propia frustración hacia la mentalidad del “garrote”. “Algunos”, indicó, “están tomando la luz presentada en los testimonios sobre la reforma pro salud y convirtiéndola en una prueba [de disciplinado]. *Seleccionan declaraciones* hechas con respecto a algunos artículos del régimen alimentario que son presentados como objetables, declaraciones escritas como advertencia e instrucción para ciertas personas que han entrado o estaban entrando en el mal camino. Ellos se espacian en estas cosas y *las hacen tan estrictas como es posible*, intercalando sus propios rasgos de carácter peculiares y objetables en esas declaraciones y presentándolas con gran fuerza; *hacen de ellas una prueba*, y *las dirigen adonde producen solo daño*.

[...] Vemos a personas que *seleccionan* de los testimonios *las declaraciones más fuertes*, sin explicar o prestar atención a las circunstancias en las cuales las palabras de alerta y amonestación fueron dadas, y las aplican en todos los casos. *Así producen impresiones desfavorables en la mente de la gente*. Siempre hay personas que están listas para tomar cualquier cosa de un carácter tal que ellos puedan usar para imponer a la gente una prueba estricta y severa, e introducirán elementos de su propio carácter en las reformas. [...] *Comienzan la obra con un ataque a las personas*. *Escogen algunas declaraciones de los testimonios, las aplican a todo el mundo*, y disgustan a las personas en vez de ganarlas. Producen divisiones donde podrían y deberían traer paz.

[...] Que los testimonios hablen por sí mismos. *Que ninguna persona reúna las declaraciones más fuertes*, dadas para algunos individuos y familias, y *esgriman estas cosas porque desean usar el látigo y porque quieren tener algo para esgrimir*” (*Mensajes selectos*, tomo 3, págs. 325-327; la cursiva es nuestra).

Vemos entonces cómo Elena G. de White tuvo que vérselas en su tiempo con compiladores independientes (o selectores de citas), que indudablemente eran sinceros, pero que estaban errados en el uso de sus obras. Demasiado a menudo, su visión negativa de la religión los llevó no solo a emplear sus escritos indebidamente, sino a

## *Sobrellevar la frustración y enfrentar la oposición*

amoldarla dentro de un reflejo de las propias imágenes desequilibradas que ellos tenían.

Como un grito de frustración fue lo que Elena G. de White le escribió a los dirigentes de la Asociación General en 1900: “Lo que yo diga en una conversación privada suele ser repetido de tal manera que signifique exactamente lo opuesto a aquello que los oyentes hubieran entendido si tuvieran una mente y un espíritu santificados. *Tengo miedo de hablar aun a mis amigos, porque luego oigo decir: ‘La Hna. White dijo esto’ o ‘La Hna. White dijo aquello’.*

*“Mis palabras se tuercen tanto y se entienden tan mal, que estoy llegando a la conclusión de que el Señor quiere que yo me mantenga al margen de las grandes asambleas y rechace entrevistas privadas. Lo que digo es repetido en una forma tan pervertida que resulta nuevo y extraño para mí. Se mezcla con palabras habladas por hombres que sostienen sus propias teorías”* (*ibíd.*, pág. 91; la cursiva es nuestra).

Durante sus últimos años, Elena G. de White procuró evitar este problema a través de Dores E. Robinson, quien se sentaba en sus entrevistas privadas y “taquigrafiaba la conversación, para que no fuese tergiversada [...] por los que estaban ansiosos de que ella dijera lo que ellos querían oír” (Ella White Robinson, entrevistada por James Nix, 25 de julio de 1967).

Pero Elena se sentía frustrada no solo por quienes leían sus escritos o escuchaban sus sermones a través de “sus propios prejuicios” o presuposiciones, sino también por quienes distorsionaban su significado mediante la transmisión descuidada de sus ideas. En referencia a esto escribió: “El que no ha captado bien el sentido de lo que dijo un orador, repite una declaración o aseveración, dándole su propia interpretación a lo que oyó. Crea una impresión en el oyente igual a sus prejuicios e imaginaciones”. Para evitar tales problemas, aconsejó a las personas que no dieran “por ciertos los informes infundados respecto a lo que la hermana White ha hecho, dicho o escrito. Si deseáis saber lo que el Señor ha revelado por medio de ella, leed sus obras publicadas” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 5, pág. 650, 651). Tal fue el consejo de una mujer frustrada por sus propios seguidores. (Si desea más información sobre la búsqueda de una comprensión equilibrada de los escritos de Elena G. de White, consulte *Cómo leer a Elena G. de White*, otro de los libros de esta serie.)

#### VER EL LADO POSITIVO DE LAS EXPERIENCIAS NEGATIVAS

Debido a la naturaleza de su afirmación de ser la mensajera de Dios, y dada la naturaleza controvertida de algunos de sus consejos, Elena G. de White se convirtió en un pararrayos natural para la oposición y la crítica durante toda su vida. Aunque hubo ocasiones en las que creyó necesario defenderse, como en la crisis de Kellogg a principios del siglo XX (ver *ibid.*, tomo 6, págs. 89-103) y otras en las que permitía que otros se pusieran de su parte, como cuando fue acusada públicamente de dar a luz a dos niños antes de casarse (ver *Ellen G. White*, de Arthur L. White, tomo 1, pág. 284) su actitud, por lo general, fue la de evitar la defensa propia por completo.

En 1854, su esposo señaló la norma que ella seguiría en la mayoría de las situaciones que se le presentarían durante su largo ministerio. “No es nuestro deber”, escribió Jaime, “dejar de lado la obra de Dios para contender con personas insensatas. Eso es lo que Satanás quisiera que hiciéramos, pero Dios tiene para nosotros mejores cosas que atender. Es nuestro deber señalar y advertir al rebaño sobre la necesidad de estar alertas ante la influencia de quienes causan divisiones y después dejar el asunto en manos de Dios” (*Review and Herald*, 5 de septiembre de 1854).

Elena G. de White llevó esta filosofía un paso más allá cuando afirmó que “la mejor forma de tratar con el error es presentar la verdad, y permitid que las ideas descabelladas mueran por falta de atención. Contrastada con la verdad, la debilidad del error resulta clara para toda persona inteligente. Cuanto más se repitan los asertos erróneos de los opositores [...] tanto mejor se sirve la causa del error. Cuanto mayor sea la publicidad que se da a las sugerencias de Satanás, tanto más se agrada a su majestad satánica” (*Testimonios para los ministros*, pág. 165).

Su estrategia frente a la crítica no se limitó a la forma negativa de evitarla, sino a la positiva de abogar por la verdad. Así, cuando Miles Grant [adventista del primer día quien fue uno de sus primeros críticos durante las décadas de 1870 y 1880] organizó varias reuniones simultáneas a las de ella en el mismo edificio, ella anotó en su diario: “Yo podría responderle y justificarme, pero ni siquiera mencionaré su nombre. Seguiré procurando hablar la verdad con amor a quienes deseen escucharla [...] Mi anhelo es

## *Sobrellevar la frustración y enfrentar la oposición*

que las personas conozcan la verdad tal como es en Jesús" (*Manuscrito 29*, 1885).

Unos años después, manifestó el mismo enfoque positivo cuando afirmó: "Una y otra vez se me recuerda que no debo tratar de aclarar la confusión y contradicción en la fe y los sentimientos de incredulidad que se expresan. No debo sentirme deprimida, sino que debo hablar las palabras del Señor con autoridad, y entonces dejar con él las consecuencias" (*Mensajes selectos*, tomo 3, pág. 83).

Aunque sí hubo ocasiones en las que las circunstancias demandaban algún tipo de defensa, las citas anteriores ilustran los principios generales que ella mantuvo en la mayoría de los casos de oposición. Estos principios, como vemos, resaltaban lo positivo y dejaban que lo negativo se extinguiera por falta de atención.

Pero tal vez el principio más importante detrás de su estrategia ante la crítica tuvo que ver con su actitud espiritual. "*Deseo enormemente que ninguna disputa o incredulidad*", escribió en 1905, "*pueda causarme el más mínimo deseo de represalia en contra de quienes se oponen a mi obra, pues no puedo permitirme el lujo de perturbar mi paz mental [...]. Nada es más precioso para mí que saber que Cristo es mi Salvador*" (*Manuscrito 142*, 1905; la cursiva es nuestra).

¡Qué palabras más apropiadas para terminar este libro sobre Elena G. de White como persona, ya que captan el sentimiento que se erguía en el centro mismo de su vida y ministerio!

¡ALABADO SEA DIOS POR TODAS SUS BENDICIONES!

## CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE



ELENA G. DE WHITE fue una persona real que vivió en el mundo real. Demasiadas personas la perciben algo así como la “Virgen María vegetariana”.

El lector se sorprenderá al descubrir cuán parecida a la nuestra fue su vida. ¿Tiene usted problemas en su matrimonio? Ella también los tuvo. ¿Tiene usted un hijo problemático? Ella tuvo uno. ¿Disfruta usted de un buen chiste? Ella también lo hacía. ¿Tiene usted luchas en su vida cristiana? Ella las tuvo.

CAMINANDO CON ELENA G. DE WHITE muestra el lado humano de alguien a quien muchos conocen solo como escritora. Acompañe a George R. Knight en un viaje a través de los aspectos más resaltantes de su vida.



GEORGE R. KNIGHT es catedrático de Historia Eclesiástica en el Seminario Teológico Adventista del Séptimo Día de la Universidad Andrews y autor de muchos libros, incluyendo *A User-friendly Guide to the 1888 Message* (Una guía práctica para comprender el mensaje de 1888), *Breve historia de los Adventistas del Séptimo Día* y los primeros tres títulos de esta serie: *Conozcamos a Elena G. de White*, *Cómo leer a Elena G. de White* y *El mundo de Elena G. de White*.



ISBN 978-987-567-617-6



9 789875 1676176